
DOC SAVAGE
KENNETH ROBESON
LOS MONSTRUOS
AUDACES
20

Los monstruos

Kenneth Robeson
Doc Savage/17

CAPÍTULO I

LOS «CABEZA DE ALFILER»

SOBRE el día quince de cada mes, Bruno Hen realizaba una operación que fue, al cabo, su primer paso en falso, causa del desastre que no le afectó sólo a él sino asimismo a muchas otras personas.

Bruno Hen solía vender sus pieles en dicha ocasión.

El «stock» de que disponía, en su mayor parte de pieles de rata almizclera robadas con sin igual frescura a la línea de trampas colocadas por sus vecinos.

De éstos el principal perjudicado era Carlos MacBride, hombrón un poco tardo de inteligencia pero honrado a carta cabal.

Los hurtos se llevaban a cabo con una astucia sin precedentes, pues Bruno era el zorro más ladino nacido en los bosques del Michigan septentrional.

Sin embargo, el buenazo de Carlos no sospechaba de él.

Y no porque le agradase el vecino. En cierta ocasión le había sorprendido en el acto de ir a matar un pollo para la comida.

El mestizo estrangulaba el ave complaciéndose en su agonía con un alborozo bestial.

Desde entonces Carlos le tuvo por el ser más desalmado de la región.

El día en que Bruno las llevó al mercado, la demanda de pieles fue persistente, de modo que obtuvo pingües beneficios y decidió celebrarlo.

Esta decisión fue su segundo error.

Casualmente se exhibía en Trapper Lake el “Atlas Congress of Wonders”.

El Atlas no alcanzaba la categoría de circo, pero, de momento,

era la única atracción de Trapper Lake. Así, Bruno Hen pensó en entrar para distraerse un poco.

Tal fue el tercer paso en falso. El cuarto, impensado como los anteriores, fue su detención ante un "stand" determinado.

—¡Señoras y caballeros! —decía a voz en cuello el empresario—. Vean el espectáculo tremebundo, fantástico, extraordinario, de unos seres nacidos en el África tenebrosa. ¡Vedles, buena gente! ¿Verdad que no parecen humanos? ¡Pues lo son! Son salvajes, caníbales, oriundos del África. Pertenecen a la tribu de los cabezas de alfiler.

El «Atlas Congress of Wonders» no estaba muy por encima del nivel de sus congéneres en punto a veracidad. Sin duda en más de una ocasión habría engañado al público con la exhibición de falsos caníbales o salvajes.

Mas, por casualidad, los cabezas de alfiler, eran, en aquella ocasión, artículos genuinos importados de un lejano continente por un circo de mayor importancia quebrado recientemente.

Bruno se acercó a la plataforma con objeto de ver más de cerca a los caníbales. ¡Qué seres más espantosos!

El más alto de los tres apenas hubiera alcanzado al nivel del primer botón del chaleco de Bruno: Todos eran rechonchos y cuadrados.

Hubiérase dicho que eran simios pelados teñidos de negro y después embetunados como los zapatos.

Pero, sobre todo, el contorno de sus cabezas era impresionante, pues en lugar de afectar la forma redonda que es corriente, se levantaban sobre la frente terminando en aguda punta.

Al propio tiempo eran pequeñísimas, no guardando proporción con el resto del cuerpo.

Lanzaban en torno recelosas miradas furtivas como las de un animal salvaje y, de vez en cuando, saltaban sobre la plataforma o emitían sonidos semejantes a los maullidos de un gato aunque eran palabras, evidentemente.

Mientras les observaban, los buenos habitantes de Trapper Lake estaban convencidos de que actuaban de acuerdo con el empresario.

Pero, se engañaban.Verdaderamente eran seres faltos de inteligencia.

Bruno Hen les contempló y una sonrisa le ensanchó la boca de oreja a oreja.

La idea de que hubiera seres humanos tan castigados por la naturaleza le hizo mucha gracia y lanzó una carcajada.

La carcajada llamó la atención de los pobres salvajes, que le miraron. Su sonrisa era insultante, mas, los cabezas de alfiler no se dieron cuenta de ello a causa de su pobre inteligencia.

Es más: la tomaron por un acto de simpatía.

A su vez sonrieron a Bruno, dando grandes saltos y golpeándose los pechos con los ridículos puños, que es el modo de demostrar amistad en las selvas del África.

Bruno soltó una segunda carcajada estrepitosa igual a aquella que le oyera MacBride en el momento de ir a matar al ave.

La crueldad que implicaba movió al empresario a terminar de modo brusco su arenga al público y miró fijamente al mestizo.

En Bruno Hen vio a un ser voluminoso de tez color tabaco. Llevaba el traje deshilachado y mugriento, holgado en demasía, altas botas de piel de ciervo hechas por él mismo, a juzgar por las apariencias, y se cubría la cabeza con un sombrero verde, nuevecito, lo mismo que la corbata, de un color amarillo rabioso.

El empresario era un alma de Dios. Por ello no le había agradado la carcajada de Hen, que le hizo estremecerse y decidió encolerizarle para obligarle a que se quitara de en medio.

Plantándose de un salto junto a uno de los salvajes, fingió escuchar con atención las palabras ininteligibles que decía.

—¡Atención, señoras y caballeros! —gritó luego—. ¡Acaba de suceder una cosa sorprendente! Estos caníbales del África tenebrosa, me dicen que acaban de ver, en este momento, a un miembro de la tribu, desaparecido hace muchos años.

Alzó un brazo y señalando a Bruno con un ademán, concluyó:

—Los cabezas de alfiler han descubierto en ese individuo al compañero perdido.

La multitud prorrumpió en una unánime, estrepitosa carcajada.

Los salvajes saltaban sobre la plataforma riendo y gritando. Eran felices.

En apariencia asentían a lo dicho por el empresario aunque en el fondo no hubieran entendido ninguna de sus palabras.

A Bruno Hen se le encendió la sangre. Uno de los negros repitió el ademán del empresario. Alzó el brazo y le señaló, mascullando palabras extrañas.

El hombre voceó:

—¡Vean, señores, cómo el salvaje del África declara que el sujeto ese del sombrero verde y la corbata amarilla podría pasar por su hermano gemelo! ¡Basta con echarle una ojeada!

La frase hizo patear de rabia al mestizo, con gran satisfacción de su contrario. De un puñetazo se hundió el sombrero hasta los ojos y luego se apartó de allí arreglándose el nudo de la corbata.

Pero tenía el pescuezo como la grana y murmuraba entre dientes. Prueba de su estupidez era lo convencido que estaba de la verdad de lo dicho por los salvajes, según el empresario, y de acuerdo con ello estaba muy enojado.

Algo más abajo, a mitad de la calle, halló instalado al Hércules de la feria.

—¡He aquí al hombre de los músculos más potentes del mundo entero! —gritaba el hombre que le exhibía—. ¡Venid a verle actuar! La entrada cuesta diez centavos, décima parte de un dólar solamente. Es el hombre más fuerte del globo. Él solo podría competir con el famoso Doc Savage. Pero, por desgracia, jamás se ha celebrado un encuentro entre los dos. Por consiguiente, no se pueden establecer comparaciones.

Bruno Hen frunció el ceño.

—Como jamás llegaréis a ver a Doc Savage, entrad y presenciaréis las proezas del hombre más fuerte del mundo…

Hen trató de recordar a la persona de Doc Savage. El nombre no le era desconocido, por lo menos.

Pronto llegó delante de otro «stand» donde se exhibía una maravilla mental, un hombre que afirmaba podía responder a cuantas preguntas se le dirigiesen sin consultar antes un libro de referencias. Era un sábelo todo.

—Únicamente Doc Savage podría competir con él…

Hen se rascó la cabeza y trató de hacer memoria.

—¿Conocéis a Doc Savage, amigos? Supongo que no. En tanto entrad a ver cómo actúa el hombre de inteligencia privilegiada que aquí veis.

De pronto se hizo la luz en la mente de Bruno. Recordaba la persona de Doc.

Era un ser casi legendario, misterioso, que vivía en Nueva York, pero del cual se afirmaba que era capaz de correr del uno al otro

confín de la Tierra para castigar a un malvado.

Era el protector de los seres débiles e indefensos.

En los almacenes de pieles de Trapper Lake había oído narrar a los viajantes historias fantásticas relativas a Doc Savage.

Ni remotamente podía imaginar que precisamente el ser de quien se contaban cosas tan novelescas iba a jugar un papel importante en el futuro de Trapper Lake.

Tras de recorrer el terreno ocupado por el circo se halló, sin querer, entre las tiendas y carros que servían de habitación a sus componentes.

Allí hizo alto, con los ojillos de cerdo brillantes de satisfacción. Su rostro asumió una sonrisa franca, de placer.

Hacia él venía una mujer joven, de cabellos sorprendentes, tanto que Bruno no recordaba haber visto otros parecidos en el mundo.

Tenían el matiz del acero. Su dueña los llevaba sujetos a modo de toca estrecha en torno a la cabeza, excepto en la frente, sobre la cual caían en varios bucles sedosos.

Calzaba botas altas, con «leggis», y vestía una chaqueta de color rojo escarlata. De su cintura pendía un pequeño revólver.

Bruno era atrevido. Se preparó a abordar a la muchacha. Ésta, que evidentemente conocía las costumbres de los hombres de su calaña, le evitó dando media vuelta.

Bruno la siguió sin avergonzarse. Pero se detuvo en seco cuando la vio tomar una silla y penetrar, tranquilamente, en una jaula donde se paseaban varias fieras de larga melena, que acogieron su llegada con sonoros rugidos.

La muchacha del cabello color acero era, pues, una domadora de leones.

Plantado ante la jaula, se maravillaba Bruno de que no la mataran las fieras y después asistió al acto de cerrar la jaula para llevarla dentro del «Big Top», el circo propiamente dicho, donde ya el empresario gritaba:

—Y ahora vamos a presentar a ustedes una muestra admirable, jamás igualada, del domino de los nervios que sobre sí misma tiene la señorita Jean Morris.!Hela aquí con su “troupe” de leones salvajes!

Bruno Hen dio varias vueltas en torno a la tienda de lona, con objeto de volver a ver a la muchacha del maravilloso pelo gris.

Pero no comparecía. Sin duda habría salido por otra puerta.

Entonces volvió a pensar, sin querer, en los cabezas de alfiler y se le reavivó la rabia. Saliendo del terreno reservado al circo, adquirió varias provisiones en una tienda de Trapper y se dirigió a su casa.

No tenía aún la más mínima idea de que su actuación de aquel día iba a constituir el fundamento del desastre que le amenazaba.

Su cabaña estaba situada muy cerca de la playa del lago Superior, y consistía en una trabazón de troncos, madera y brea. Sólo constaba de una habitación. El rústico hogar hacia las veces de estufa y de cocina.

Para la ventilación de la cabaña se había abierto en ella una ventana, además de las rendijas usuales.

A excepción del buen Carlos MacBride, que vivía a medía milla de distancia de la playa, no tenía más vecinos. En la cabaña no había, tampoco, un teléfono ni Bruno leía jamás el periódico.

De aquí que, cuando el «Atlas Congress» se declaró en quiebra después de haber contado su Director los beneficios de su último día, de representación, no lo supiera Bruno hasta bastante después.

Al día siguiente de su visita al circo, robó diestramente una red acabada de colocar en el punto preciso por Carlos MacBride.

De ella sacó solamente los peces que se iba a comer; mas, en lugar de dejar el resto dentro de la red, los revolvió y acabó por echarlos a un lado.

No vaya a creerse que trató con bondad a los peces, sin embargo, pues antes de desecharlos les asestaba a cada uno un buen golpe en la cabeza.

Su cerebro no funcionaba bien y ello motivaba el deleite que sentía al cometer esos actos.

En los días subsiguientes se ocupó en arreglar la canoa, poniéndola una o dos cuadernas nuevas y aplicándoles luego una capa de estopa.

Se aproximaba la estación de la pesca. Con el arribo del verano usualmente se dirigía hacia el Sur, a un distrito más habitado, y allí ofrecíase como guía.

Fue durante la semana subsiguiente al día de su visita al circo, cuando Bruno Hen dio un paso más camino del desastre. Era algo tarde y todavía estaba preparando la cena, cuando oyó un ruidillo

particular. Freía pescado.

Sobre el chisporroteo del aceite hirviendo creyó oír un gemido.

Con rápido gesto apagó la luz. Como era malo por temperamento, siempre pensaba mal de sus semejantes.

Sus ojos se acostumbraron pronto a la oscuridad. Aun cuando no había luna, el cielo estaba despejado y las estrellas despedían un resplandor más que suficiente para la visión.

Miró por la ventana. El cristal necesitaba un buen fregado, mas aun así, distinguió algo en el exterior, a consecuencia de lo cual se le pusieron los pelos de punta. De un salto atravesó la cabaña y tomó el rifle.

Luego se lanzó al exterior. Lo que había visto desde la ventana había sido una odiosa aparición y, no obstante, no le era desconocida. Perladas gotas de un sudor frío brotaron de su piel mientras se adentraba en la noche.

—¡Por todos los diantres! —exclamó, pues el horrible espectador de la ventana no era otro que un cabeza de alfiler.

El caníbal no estaba solo. Bruno vio a sus dos compañeros acurrucados, como un grotesco montón de huesos, junto a la ventana de la choza.

Los tres temblaban como animales asustados.Como se diera cuenta de que le temían, se sintió más atrevido.

—¿Qué queréis? —les preguntó.

La respuesta fue una serie de sonidos inarticulados hilvanados en rápida sucesión. Bruno no pudo comprender ni una palabra.

No podía suponer que a causa de la quiebra del circo, los infelices salvajes, extraviados, iban muriéndose lentamente de hambre.

Como desconocían el idioma de la nación y su inteligencia no les sugería el modo de darse a entender mediante signos, los cabeza de alfiler se hallaban en un verdadero aprieto.

Bruno los contempló con el ceño fruncido, pensando en la mortificación a que le sometieran en el circo.

—¡Largo de aquí! —exclamó.

Por toda contestación, los salvajes agitaron frenéticamente los brazos y tornaron a su jerga incomprensible. Se morían de hambre.

Uno se postró delante de Bruno y trató de asirle por las rodillas.

Bruno le asestó un puntapié tan violento que le envió rodando a

unos pasos de distancia. Aparentemente complacido por el sonido de su pie al entrar en contacto con la carne humana, el mestizo le asestó otro puntapié.

Luchó contra los pobres salvajes, valiéndose del rifle y de los puños.

Debilitados por la falta de alimento, los cabezas de alfiler evadieron tan sólo unos cuantos golpes. Lesionados, sangrantes, se retiraron al fin.

—Como volváis por aquí, será todavía peor la medicina —les gritó Bruno.

Los salvajes desaparecieron en el bosque, dirigiéndose al Sur.

El mestizo permaneció inmóvil, iluminado por la luz de las estrellas, hasta que se apagó el rumor de sus pasos. Sólo entonces penetró riendo en la cabaña.

Posiblemente unos diez minutos después, llegaron a sus oídos apagados alaridos.

Aquellos alaridos procedían, al parecer, de la dirección tomada por los cabezas de alfiler. Duraron sólo un momento y se apagaron con inquietante prontitud.

—Probablemente dos de ellos se habrán comido al tercero —dijo Bruno.

Lo ignoraba, y no obstante, acababa de dar el paso final hacia el desastre.

CAPÍTULO II

TERROR

PASARON los meses. Bruno se había dirigido al Sur durante la estación de la pesca, como de costumbre, mas aquel año no le fue tan beneficioso como los años pasados.

Obtuvo, sí, dos contratos en calidad de guía, que duraron sobre unas diez semanas o cosa así. Finalmente se le ofreció otro, ventajoso.

Sin embargo, como cometiera el error de intentar «limpiar» a su patrón una gruesa cartera que llevaba en el bolsillo del pantalón, fue descubierto.

Con su habilidad de costumbre logró evadir el tiro que se le dirigió a quemarropa; mas, para no ir a la cárcel, tuvo que correr a ocultarse en lo profundo del bosque que le servía habitualmente de morada.

Si su vuelta repentina sorprendió al noblote MacBride, éste no lo manifestó.

En el transcurso de las semanas pasadas sus redes habíanse llenado mucho más que de costumbre, pero aun así, no había caído todavía en la cuenta del motivo.

Pero si no le había sorprendido el regreso inesperado del mestizo, sí le sorprendió, y no poco, la visita que le hizo su vecino varias noches después.

¿Qué pasaría? Desde luego algo extraordinario. Se lo dijo la actitud del mestizo, cuyos ojos erraban, inquietos, al propio tiempo que, aun cuando la noche era fría, sudaba abundantemente.

También reparó en el abultado bolsillo de su americana.

—¿Ha oído algo? —le preguntó Bruno sin más preámbulos—. No hace unos minutos que ha sonado.

MacBride meneó la cabeza. Jamás empleaba un monosílabo cuando lograba hacerse entender mediante un gesto. Había oído, sí, los rumores usuales nocturnos. La segunda pregunta de Bruno le sorprendió más, si cabe, que la primera.

—¿Qué sucede cuando un hombre se vuelve loco?

Pero MacBride no se rió.

—¡Qué sé yo! Supongo que le asaltarán ideas extravagantes —replicó.

—¿Ve cosas raras?

—Me lo figuro.

El visitante se enjugó el sudor de la frente con el revés de la mano y enseguida se secó ésta en los pantalones de pana. De pronto se llevó la mano al abultado bolsillo y la sacó llena de billetes de Banco.

—Es usted el hombre más honrado que conozco —dijo a MacBride—. ¿Quiere hacerme un favor?

MacBride semejaba a una montaña enrojecida por los muchos vientos y sus ojos eran tan azules como el lago Superior. Miró plácidamente los billetes y contestó:

—No tengo inconveniente... siempre que sea sin interés.

Bruno depositó los billetes sobre la mesa.

—En ese caso, tómelos —le suplicó—. Por si me ocurre algo desagradable, deseo que los utilice para alquilar los servicios del mejor detective del mundo.

MacBride abrió mucho los ojos.

—Quiero que se encargue de investigar lo que pueda ocurrirme —siguió diciendo el mestizo—. Quiero que sea el mejor de todos los que andan por ahí.

Aquí hay dinero en cantidad más que suficiente para el caso.

MacBride dirigió una ojeada a los billetes. Realmente sumaban una cantidad considerable, muchos miles de dólares. Comprendió que debían ser los ahorros hechos por el mestizo en el transcurso de su vida.

—Pero, ¿qué le pasa? Sepamos —observó, muy serio—. Todo eso me parece raro.

Bruno tragó saliva, desasosegado. Una oleada de rubor le oscureció la tez cobriza.

—Es posible que sea una tontería mía, después de todo —

repuso,— mas, si desea complacerme, recuerde lo que le encargo.

—Lo haré —prometió MacBride.

Bruno se despidió de él sin responder a las lentas preguntas que le dirigía su concienzudo vecino. Llevaba consigo una lámpara de bolsillo que mantuvo constantemente encendida mientras atravesaba el bosque.

Durante todo el camino asestó sus rayos ora aquí, ora allá, como si temiera ser atacado súbitamente por algún habitante de la selva.

Desde la puerta de la cabaña MacBride contempló cómo se alejaba, e hizo un movimiento pausado con la cabeza.

—Algo le pasa a ese mozo —gruñó. Pensativo, manoseó los billetes—. Se conduce lo mismo que si hubiera visto al diablo.

No soñaba siquiera lo mucho que se acercaba a la verdad, al afirmarlo.

Después de haber entrado en su casa, Bruno cerró la puerta con llave.

Arrancó trozos al entarimado y, con las toscas tablas, atrancó los postigos de la ventana. Una vez realizada la operación descolgó el rifle, dejándolo sobre la mesa, al lado de la caja llena de cartuchos.

Cargó los dos cañones del arma, dispuso un pequeño montículo de balas sobre la, mesa, cargó también el revólver y se lo puso al cinto.

No cerró los ojos en toda la noche, ni siquiera se sentó en una silla. Presa de una nerviosidad manifiesta, paseaba por el reducido interior de la cabaña, deteniéndose con frecuencia para atisbar por las rendijas.

La luna brillaba con luz resplandeciente en las alturas. Sólo una brisa ligera, agitaba suavemente el arbolado que circundaba la cabaña.

Desde muy lejos llegaban hasta él, en ocasiones, aullidos de linces que luchaban entre si y el lamento melancólico del lobo solitario.

Con la brisa venía mezclado el olor perfumado de los pinos.

Sin embargo, la paz de aquella deliciosa noche no tranquilizó a Bruno.

¡Cosa extraordinaria! Durante el día siguiente no salió de la cabaña. Tantas veces que no se podrían contar atisbó el exterior, presa de mortal expectación.

Era evidente que la noche anterior al día de su visita a MacBride había visto algo terrible. Y cuanto más pensaba en ello, más miedo tenía.

A mediodía durmió un poco. La noche la pasó otra vez en vela. Con el nuevo día arribó MacBride al claro.

—Vengo a ver cómo le va —dijo.

Bruno le miró desde el otro lado de la ventana, enrejada y no le invitó a entrar. Es decir, no dijo nada. El voluminoso MacBride se coló de rondón.

Con paso tardo recorrió el interior de la casita, convertida por Bruno en una pequeña fortaleza.

—¿Teme algún ataque? —preguntó.

El mestizo frunció el ceño.

—Métase en sus asuntos —dijo.

Pero esto no desconcertó a MacBride. El honrado trampero sonrió con agrado.

—Traigo conmigo el dinero. ¿Quiere que se lo devuelva? —le propuso.

—No, guárdelo. Si algo me ocurriera, empléelo en procurarse un detective, como ya le he dicho.

—En cierta revista se habla de un sujeto extraordinario que, al parecer, se dedica a enderezar entuertos. Quizás le conviniera —explicó MacBride.

—¿Cómo se llama?

—Doc Savage.

Bruno recordó las lisonjas dedicadas a Savage por los empleados del circo Atlas. Le habían calificado de ser maravilloso, inteligente, de prodigio de fuerza muscular.

—Sí, me conviene —confesó.

—O. K. —exclamó MacBride—. Y ahora, dígame, Bruno: ¿qué es lo que tiene?

—Nada. Lárguese.

—Usted está chiflado —replicó MacBride. Y partió.

Bruno recompensó la bondad del gigante dejando la cabaña, por la tarde, y devastando una de las redes tendidas por MacBride.

Tras escoger entre los pescados unas cuantas lubinas muy hermosas, dejó ir el resto al agua. Pensativo, tornó enseguida a refugiarse en la choza.

—Debí contarle a MacBride lo que he visto rondar por aquí la otra noche —se dijo, pausadamente—. Pero no. Creería que estaba loco.

Una vez dentro de su casa, atrancó la puerta. El ejercicio había adormecido un poco sus temores. Se tendió en el lecho y se quedó dormido.

La noche estaba muy avanzada cuando abrió los ojos. No se movió, de momento. Permaneció tendido, con el cuerpo rígido, y aplicó el oído.

¿Qué era lo que le había despertado?

¡Ah, sí! Un viento singular que soplaba fuera, por lo visto. Un viento que soplaba a rachas espaciadas.El mestizo temblaba de pies a cabeza.

Aquel rumor era muy extraño. Poniendo especial cuidado en no hacer el menor ruido, se levantó de la cama, tomó el rifle con una mano, empuñó el revólver con la otra, se acercó a la ventana y atisbó por una rendija.

Lo que vio le movió a lanzar un grito de horror.

De un salto retrocedió y levantó el rifle a la altura de los ojos. Era un arma excelente, destinada a la caza del alce. Hizo fuego.

La bala atravesó las tablas como si hubieran sido de papel. Tornó a disparar. Se mantuvo derramando sobre la pared de la cabaña una lluvia de plomo, hasta vaciar la cámara del rifle.

Entonces se proveyó de nuevos cartuchos y continuó disparando sin cesar.

—Esto es peor todavía —balbuceó, refiriéndose a lo que había visto en el claro.

Por encima de los estampidos del rifle y de los gemidos del mestizo, sonaron en la cabaña espeluznantes chasquidos, estallidos inverosímiles.

Bruno levantó la vista, loco de terror.

Estaban arrancando parte del techo de la choza. Gruesas tablas saltaban por el aire o eran separadas con violencia. Las vigas se estremecían al empuje de una fuerza catastrófica. Sin dejar de hacer fuego, Bruno corrió a situarse al otro lado de la pieza. Una parte del techo se desprendió, de pronto, entre chirridos de clavos arrancados y crujidos de madera rota.

Algo surgió a través del boquete abierto.

El mestizo lanzó toda una serie de alaridos, en rápida sucesión. Corría enloquecido, de un extremo a otro de la cabaña, semejante al conejo caído en la trampa.

MacBride, su vecino, tenía el sueño ligero, cosa poco común dada su corpulencia. Así, oyó los alaridos y el ruido de los disparos hechos por el desgraciado mestizo.

Saltando del lecho, tomó un rifle del armario y corrió al lugar de la catástrofe. Pero mucho antes de que llegara al claro, se extinguieron los gritos de Bruno. La extinción fue acompañada de una especie de balido penetrante.

Llegado al claro, le sorprendió un espectáculo nunca visto. La casa de troncos se había convertido en un momento en informe montón de madera y hierros. Encendió un fósforo y describió una vuelta en torno.

Casualmente posó la mirada sobre una viga gruesa como el muslo de un hombre y lanzó un ligero silbido de asombro, pues algo —podía imaginar lo que podía haber sido— la había aplastado como si fuera una simple brizna de paja.

Se detuvo y aplicó el oído. De las ruinas de la choza salían ligeros chasquidos, pero más lejos, como si procediera del lago, oyó leve un chapoteo. Después ya no oyó más.

El estrépito producido por el derrumbamiento de la casa había sido de tal magnitud que, asustadas, callaban las aves nocturnas, los insectos, los animales todos del bosque.

MacBride escarbó ahora en el montón de escombros y descubrió una sanguinolenta piltrafa. Tuvo que examinarla por espacio de unos segundos antes de convencerse de que tenía delante los restos mortales del mestizo.

Carlos MacBride describió amplio círculo en torno a la cabaña y registró sus alrededores.

—Esta faena es digna de Doc Savage —murmuró.

CAPÍTULO III

COMPAÑEROS DE VIAJE

LOS aeroplanos modernos de pasajeros son inventos eficientes. No sólo desarrollan gran velocidad, sino que sus cabinas acolchadas permiten conversar en un tono de voz normal. Lindas camareras sirven a los pasajeros café y sandwiches.

El buen Carlos MacBride ocupó un asiento a bordo de una de estas naves aéreas en su viaje a Nueva York.

Trataba de aparentar indiferencia, sosteniendo la taza de café en la palma de la mano y un pedacito de sándwich con dos dedos de la otra.

Entre sorbo y sorbo, miraba las nubes que les rodeaban.

Era la primera vez que viajaba de aquel modo. De las impresiones de toda su vida en los bosques suponía que las nubes eran sólidos objetos; en aquellos momentos descubría que eran de una substancia vaporosa, diáfana, con poca más densidad que el humo de un cigarrillo.

Un pasajero vino a interrumpir el hilo de sus pensamientos.

—Observo que le gusta leer los anuncios de las revistas —le dijo.

Carlos MacBride volvió el rostro, y vio a un individuo alto, pecoso, de cabellos rojos lo mismo que los bigotes. Estos últimos eran una creación.

Parecían de cera. El desconocido vestía un sencillo traje oscuro y parecía bien acomodado. Sin duda había estado leyendo un periódico, pues lo tenía doblado al desgaire sobre las rodillas.

De él era visible un anuncio particular. Consistía simplemente en grandes letras negras que campeaban sobre un fondo blanco:

“Atención. Ya llegan los monstruos”...

Mas, como no estaba colocado a la altura de los ojos de

MacBride, éste no lo leyó. Como en su fuero interno asociaba a los individuos pecosos con la flor y nata de la simpatía, sonrió al viajero y le dijo:

—Desde luego. Sobre todo cuando son de actualidad.

—Veo que lee usted un artículo dedicado a Doc Savage —continuó diciendo el otro.

—¡Oh, sí! —replicó MacBride.

—Es un tipo interesante ese Doc Savage, ¡Ah, perdón! Aún no me he presentado a usted. Me apellido Caldwell.

—¿Le conoce? —interrogó MacBride.

—¡Oh, no! Pero me agrada mucho. ¿A usted le ocurre lo propio, verdad?

—¿Ha leído sus hazañas?

—Sí. Por lo visto es un gran detective.

—¿Detective? —Caldwell lanzó una carcajada—. No: no lo es.

MacBride abrió un palmo de boca. Estaba francamente sorprendido. Lo único que sabía de Doc Savage era lo que acababa de leer en la revista.

Según ésta, Doc, ayudado por un grupo de cinco hombres resueltos, sus ayudantes, acababa de reducir a una banda de asesinos. Y, en la creencia de que era, detective, se dirigía también a Nueva York, para rogarle que investigara la causa de la muerte de Bruno Hen.

—Conque, ¿no es detective? —repitió.

—No lo es en el estricto sentido del vocablo —corrigió sonriendo Caldwell—. Es más bien, ¿cómo le llamaría yo?, un arréglalo todo. Se dirige hasta el confín de la tierra, hace en él justicia a los malhechores, y socorre a los desamparados.

Carlos MacBride respiró con mayor desahogo. Quizás, después de todo, se interesara por la suerte de Bruno.

—¿Qué es lo que sabe de Doc Savage? A ver —suplicó a su compañero de viaje—. Porque en esta revista no se explica gran cosa de su historia.

—Pues lo que conoce todo el mundo, naturalmente. Se le ha dado una educación especial para la ocupación a que hoy se dedica. Su difunto padre fue sobre todo su mentor. Y, como resultado, es casi un superhombre, física y mentalmente.

—¿Un superhombre? ¿Qué quiere decir eso? —Inquirió

MacBride, a quien confundiría el desconocido vocablo.

—Pues que es un hombre dotado de una extraordinaria fuerza muscular —le explicó Caldwell—, y en materia de inteligencia ha estudiado intensamente casi todas las ramas de la Ciencia. De modo que hay es una maravilla en cuestión de sabiduría.

El aeroplano se inclinó de pronto y descendió. Caldwell asomó la cabeza por la borda.

—¡Hola! —exclamó—. Ya llegamos.

Mas, aun cuando MacBride no había estado nunca en Nueva York, aquello demostró un interés de buena crianza por la vasta metrópoli.

—Hábleme, hábleme de Doc Savage.. —suplicó a su compañero con ávida curiosidad—. ¿Qué más sabe usted de él?

—Poco más —replicó, amablemente, Caldwell—. Sé, por ejemplo, que le ayudan cinco caballeros, cada una de los cuales es perito en una materia distinta. Se dice que uno de ellos es abogado famoso, otro químico, otro ingeniero, y los dos restantes uno electricista y el otro geólogo.

—¡Caramba! —exclamó el trampero.

Caldwell le miró con atención.

—Veo que le interesa a usted mucho Doc Savage —observó Caldwell.

—Muchísimo —confeso el trampero, sonriendo—. Como que voy a verle.

La declaración pareció impresionar a Caldwell, pues frunció expresivo las cejas.

—Vaya, vaya —exclamó—. ¡Esto sí que es interesante!

El tono lisonjero de aquella frase envaneció a MacBride, que se pavoneó con orgullo. Como, en el fondo, deseaba hablar con alguien de la muerte de Bruno Hen, procedió a hacerlo así, sin pensar más. Cantó detalladamente su historia a Caldwell, y, después, le mostró un recorte de periódico.

—Pertenece al periódico “Clarion”, de Trapper Lake —le explicó —. Vea usted este nombre en la parte superior del recorte.

Caldwell leyó el trozo de papel.

—Aquí dice que un tornado muy especial demolió y derribó la cabaña del mestizo, cogiéndole a él debajo —observó.

—¡Bah! Ese reportero no sabe lo que dice —exclamó MacBride;

y asumiendo un tono confidencial, agregó:— Mire usted: mi cabaña se encuentra a poca distancia del claro y no me di cuenta de que soplara el huracán. Además, el cielo estaba tan limpio como el cristal.

Caldwell le devolvió el recorte.

—Así, ¿viene a la ciudad para pedirle a Doc Savage que se encargue de esclarecer el misterio?

—Eso es. El propio Hen me dio el dinero necesario. Por ello cumplo con su última voluntad y con un deber de conciencia al dirigirme en busca de Doc Savage.

—Es muy cierto —convino Caldwell. Luego se puso a mirar a una mujer que bajaba por el pasillo, procedente del tocador.

Carlos le imitó. Miró, a su vez, a la muchacha que parecía una pintura arrancada de un cuadro. Sus cabellos tenían el color exacto del acero, y llevaba un vestido de viaje, algo usado, pero limpísimo.

El contacto de MacBride con las mujeres hermosas se había limitado casi exclusivamente a la contemplación de sus rostros en las revistas.

Pues bien: aquella joven era tan seductora como cualquiera de las fotografías que recordaba haber visto.

Muy seria, pasó por delante de ellos —sus pupilas tenían un matiz acerado que armonizaba con el color de sus cabellos,— y fue a sentarse delante.

A su lado, sobre el asiento, reposaba un raído maletín. MacBride tenía vista de lince, y leyó el marbete que pendía del maletín:

«Juana Morris. "Premier" mundial. Domadora de leones. Atlas Congress of Wonders.»

Sobre el nombre del circo se había trazado una línea prolongada y debajo ponía:

«ciudad de Nueva York».

El Atlas Congress of Wonders era el circo declarado en quiebra al llegar a Trapper Lake meses atrás. Y recordó que, con el circo, iban tres salvajes pertenecientes a la tribu de los cabezas de alfiler, que, despedidos, habían desaparecido misteriosamente.

La voz de Caldwell quebró el hilo de sus pensamientos:

—Vea, es el aeropuerto de Nueva York.

En la excitación del desembarque se encontró separado de su nuevo amigo.

Si hubiera podido seguirle hubiera sentido la sorpresa mayor de su vida. Caldwell se dirigió a un punto desierto del campo de aviación, anejo a las oficinas, y, una vez a cubierto de miradas indiscretas, abrió la maleta de viaje.

De ella extrajo dos grandes revólveres automáticos que metió en las fundas sobaqueras correspondientes y luego una granada de mano, estriada, como las que se utilizaron durante la gran guerra.

A continuación salió de la maleta un banjo. El largo cuello y la panza redondeada de este instrumento musical consistía en dos secciones separadas que encajaban una dentro de la otra y encerraban una silente, ingeniosa escopeta que se disparaba pulsando las cuerdas del banjo.

Rápidamente, Caldwell se atusó los bigotes, les aplicó un tinte y, hecho esto, vertió una buena parte del líquido sobre su cabeza.

Bigote y cabellos adquirieron al punto un intenso color negro. De la misma maleta sacó y se puso una mugrienta chaqueta; después echó a andar.

Convertido en músico ambulante, moreno y un tanto cargado de espaldas, se llegó a un taxi de los que aguardaban a la salida del campo.

Nueva York alberga en su seno muchísimos curiosos y el taxista concibió en el acto mala opinión de él al oírle decir, con aire gazmoño, que aguardara, para arrancar, a que se hubiera diseminado la multitud congregada con motivo de la llegada del aeroplano de pasajeros.

Pero, aun así, no le permitió que moviera el taxi hasta que Carlos MacBride no hubo tomado otro taxi y salido, dentro de él, hacia la parte comercial de la ciudad.

Entonces recibió órdenes precisas del músico, dadas con tal habilidad que no se enteró de que iba con el auto en seguimiento del honrado trampero.

Cuando hubieron recorrido de este modo el trayecto equivalente a unas veinte o treinta manzanas, se convenció el falso Caldwell de que MacBride se dirigía al despacho de Doc Savage.

Entonces ordenó al taxista que detuviera el coche y penetró en un estanco, se metió en la cabina del teléfono y pidió un número.

Lo mismo él que la persona a quien llamaba se reconocieron por la voz.

Ni uno ni otro mencionaron nombre alguno.

—Está sucediendo exactamente lo que habíamos supuesto, patrón —dijo el falso Caldwell—. Ese tunante de trampero se dirige a casa de Doc Savage.

—¿Estás seguro? —respondió la voz, al otro lado de la línea—. Piensa que sólo en último extremo podemos ocuparnos de él. No hay tiempo para más.

—Es que es necesario, patrón. He sondeado al mozo durante el viaje en aeroplano, y sé lo que piensa hacer.

—¿Te ha dicho que va en busca de Doc Savage para que éste investigue lo sucedido a Bruno Hen?

—Esas han sido sus palabras.

—Bueno, pues hay que impedirlo a todo trance.

—Aquí llevo una granada de mano, mi «gato» y el banjo. Creo que con este arsenal lograré pararle los pies en el propio despacho de Savage.

—No. Sería una imprudencia —le advirtieron—. No le pierdas de vista y «clávale» por el camino si te es posible.

—Se dirige por carretera a Nueva York. Quizá logre detenerlo.

—Eso es. Detenlo por el camino.

Caldwell se colocó el banjo debajo del brazo y corrió a meterse en el taxi.

—Deprisa, pimpollo —ordenó al taxista—. Corre, por tu vida que aquí tengo para ti un billete de propina.

Váyalo preparando —replicó el taxista.

CAPÍTULO IV

EL ASESINO

CARLOS no había puesto jamás los pies en una ciudad de la importancia de Nueva York. Así, la contempló, interesado, mientras se dirigía al núcleo de los rascacielos, cuya masa impone al espectador y le sobrecoge de un temor respetuoso.

Pero, sobre todo, le llamó la atención un edificio semejante a una saeta de metal y ladrillo que se levantaba por encima de los techos de los demás rascacielos.

De pronto, se le ocurrió que iba a serle difícil localizar a Doc Savage.

Allá, en su selvático país, basta dar una vuelta por la población e inquirir por el paradero de uno de sus habitantes, para saberlo en el acto, porque todos se conocen. Pero en la ciudad no es lo mismo.

—¿Cómo se encuentra en esta ciudad a la persona a quien se desea ver? —interrogó al taxista.

—Busque en la lista de teléfonos, será lo mejor —le indicó el interrogado.

—Quizá haya oído nombrar a la persona que busco. Se llama Doc Savage.

El taxista se volvió a mirarle y la acción desvió el coche de rumbo, de modo que estuvo en un tris que no se metiese en la acera.

Tras de enderezarlo, el taxista, le señaló el rascacielos que admirara.

—Aquí conoce todo el mundo a ese caballero —replicó—. Se aloja en el piso octogésimo sexto de ese edificio.

El hecho de que conociera el domicilio de Savage no impresionó a MacBride, lo que era de esperar. Ignoraba que en Nueva York

cada cual conoce solamente un reducido círculo de personas, a saber: sus amigos y los compañeros de oficina.

—¿Le ha señalado una hora de visita? —le preguntó el taxista.

—No. ¿Es indispensable ese requisito?

No se le había ocurrido que lo fuera. En su país era cosa rara que se fijara una entrevista de antemano. Había tiempo para todo.

—No conozco personalmente a Doc Savage —siguió diciendo el taxista, y sólo le he visto una o dos veces. Mas, como es un gran señor, será bueno que solicite verle de antemano.

—Y eso ¿cómo se hace?

—Pues por teléfono, si gusta.

—Eso es. Le llamaré por teléfono. Pare usted.

El taxi se detuvo ante un estanco que tenía teléfono público. De él saltó corriendo un vendedor de periódicos y, animado por la esperanza de colocar su mercancía, colocó un diario debajo de las narices del trampero diciendo:

—Lea usted el último anuncio misterioso respecto al advenimiento de los monstruos.

Con ello excitó la curiosidad de MacBride, que le compró un ejemplar. El misterioso anuncio campeaba sobre un inmaculado espacio en cuadro de la primera plana, con gruesos y negros caracteres:

¡CUIDADO! YA LLEGAN LOS MONSTRUOS

—¿Qué quiere decir esto? —preguntó al vendedor.

—Nadie lo sabe —replicó el hombre—. Todas las redacciones de la ciudad están recibiendo en la actualidad estos anuncios, junto con el dinero de su impresión. Quizá sea un ardid, la ingeniosa invención de un empresario que desea hacerle cartel a una película.

MacBride arrugó la frente y con el periódico en la mano se metió en la cabina. Allí hojeó el listín, hasta dar con la dirección deseada.

Como el aparato era de disco y, por consiguiente, nuevo para él, halló cierta dificultad en sus manejo.

Sin embargo, al cabo logró marcar un número. Una voz sonora que llegó a sus oídos desde el otro extremo de la línea le impresionó de tal suerte que juzgó que debía pertenecer al propio Doc Savage.

Resonaba con acento profundo, vibraba como una campana. MacBride no había oído otra igual.

—Deseo que me señale hora para una entrevista, mister Savage —le dijo—. Es importante. Me llamo MacBride.

—No es necesario que le señale hora ninguna —replicó Savage —. Puede pasar por aquí el día y hora que le convenga.

MacBride pensó que el taxista le había informado mal.

—Perfectamente —contestó a Doc.

—Si quiere, puede hablarme de eso ahora mismo —le insinuó la voz.

Tan impresionado estaba que no pudo contestar, de momento.

—No. Prefiero hablarle personalmente —repuso al fin.

—Muy bien.

Y aquí terminó la conversación por teléfono. MacBride volvió al coche y éste se dirigió en línea recta al edificio donde se domiciliaba Doc Savage.

No lo sabía, naturalmente, pero aquella detención con objeto de hablar por teléfono acababa de salvarle la vida.

Caldwell había pasado por delante del estanco mientras él estaba dentro de la cabina y aun ahora concertaba su muerte entre juramentos y maldiciones.

«No he podido hacer fuego sobre él —se decía, apretando los dientes.— Bueno, pues le atraparé en el despacho de Savage, suceda lo que quiera»

Al apearse delante del hermoso edificio en que tenía instalado su despacho Doc Savage, MacBride quedó todavía más impresionado por él que la primera vez.

Echó atrás la cabeza, y, con la boca abierta, contempló su exterior imponente. Luego, al entrar en el grandioso vestíbulo que hacía las veces de portería, se sintió tan pequeño e insignificante como una hormiga.

El asombro que le inspiraba la contemplación del imponente rascacielos fue, sin duda, el que le impidió reparar en el individuo moreno que, con el banjo debajo del brazo, había ido a meterse en un rincón del vestíbulo.

Sin prestarle atención se instaló en uno de los ascensores, diciendo:

—Al despacho de míster Savage.

Con la rapidez de una centella fue elevado hasta el piso octogésimo sexto, y allí, sobre una puerta, descubrió en pequeñas

letras de bronce el nombre y apellido de la persona que buscaba.

La puerta tenía un timbre, mas como se veían pocos inventos de esta clase en Trapper Lake, MacBride llamó a ella con los nudillos. La puerta se abrió.

La voz poco corriente oída por teléfono había preparado al trampero a afrontar la vista, frente a frente, del hombre que buscaba, pero, aun así, le sorprendió tanto su persona que abrió la boca, sorprendido.

Evidentemente le había abierto la puerta valiéndose de algún ingenioso mecanismo pues no estaba junto a ella, sino de pie en mitad de su despacho.

Esta que era muy espaciosa, estaba amueblado con una mesa de tablero lujoso, una enorme caja de caudales y diversos sillones.

Que el hombre de bronce poseía una fuerza poco común era evidente, a juzgar por los tendones enormes que sobresalían de su cuello y surcaban sus manos. Era un gigante, pero un gigante de tan armoniosas proporciones que, colocado de pie, como estaba, en mitad de la pieza, parecía poco mayor que un hombre de estatura mediana.

Sus ojos llamaron sobre todo la atención del trampero. Sus cabellos eran de un matiz ligeramente más oscuros que el color de sus ojos, e iba vestido con un traje sencillo.

—¿Tengo el gusto de hablar con Doc Savage? —Interrogó MacBride, a pesar de estar convencido de ello.

—Yo soy —replicó el notable gigante.

MacBride avanzó un paso. Simultáneamente se abrió la puerta del ascensor, en la parte baja del pasillo y, por el hueco, asomó la cabeza de un hombre.

El desconocido sujeto tenía un bigote tan negro como sus cabellos y traía un banjo debajo del brazo. En el momento de asomar la cabeza, situó el instrumento a la altura de sus ojos y pulsó con fuerza una de sus cuerdas.

Sonó un “chang” metálico y, al propio tiempo, surgió una lengua de fuego de un agujerito casi imperceptible situado en la parte lateral del banjo.

MacBride abrió la boca y de ella salió una bocanada de sangre. Se le doblaron las rodillas.

Se palpó con ambas manos la nuca, donde la escopeta silente de

Caldwell acababa de abrir un agujero, y cayó de bruces sobre la alfombra del pasillo.

CAPÍTULO V

EL RECORTE DE PERIÓDICO

CALDWELL, su asesino, se hallaba situado de tal suerte que veía perfectamente, desde el ascensor, el interior del despacho de Savage. Divisó, pues, al gigante, y sorprendió la expresión terrible de sus pupilas.

Comprendiendo que, como testigo del crimen, constituía una amenaza, le apuntó con el banjo y pulsó la cuerda. El arma invisible vomitó fuego y balas en aquella dirección.

Sin embargo, a Caldwell se le desencajaron los ojos, pues acababa de sucederles a las balas algo extraordinario.

Al llegar a mitad de camino, cuando sólo tenían que recorrer unos pies de distancia para llegar a la meta, se habían disuelto en el aire, transformándose en una nubecilla de humo gris.

Continuó disparando sin cesar hasta vaciar la cámara del arma y entonces sacó los dos automáticos y con ellos hizo fuego sobre la puerta del despacho.

Los dos tronaron y se estremecieron, escupiendo en torno a Caldwell los cartuchos vacíos.

Todas las balas corrieron suerte parecida a la de la segunda bala del banjo.

Se deshicieron en menudos fragmentos en el aire, o cayeron, desprovistas de fuerza, al suelo del corredor. Caldwell dio media vuelta y huyó.

Se volvió a meter en el ascensor y, amenazando con el banjo al «botones» que lo ponía en movimiento, le obligó a descender.

Mientras la caja descendía, oyó el final de una nota singular, fantástica, que penetraba con sorprendente claridad en el ascensor, sin que se supiera de dónde procedía.

No logrando identificarla, el asesino la atribuyó a una ilusión de sus oídos.

Se engañaba. La extraña nota había salido de boca de Doc Savage.

El curioso observador que ignore la habilidad singular y los métodos puestos en juego por el hombre de bronce hubiera supuesto, dada la gravedad del momento, que iba a lanzarse en seguimiento del falso Caldwell.

Allí, en el mismo piso, tenía a su disposición un vertiginoso ascensor capaz de situarle al nivel de la calle antes de que su perseguido hubiera puesto el pie en ella.

Sin embargo, no lo hizo. Por el contrario, pasó a una habitación contigua, al despacho. En el suelo de esta habitación veíanse cajas a docenas y adosadas a las paredes estanterías abarrotadas de libros.

Era la biblioteca de Doc, que contenía la colección de obras científicas más completas de cuantas existen hoy en el mundo. Doc avanzaba sin prisa aparente, pero adelantaba con prodigiosa rapidez.

Detrás de la biblioteca había una segunda habitación sumamente vasta.

Esta encerraba hileras resplandecientes de tubos de vidrio, probetas, redomas y filtros de toda especie.

El suelo estaba ocupado, casi en toda su extensión, por hornos eléctricos y costosas herramientas de metal. En el centro de aquel gran laboratorio hizo alto Doc Savage, frente a un aparato muy parecido a un armario.

Junto a él pendía, de la pared, un micrófono. Encajado en el armario había un palo cuadrado de una materia semejante al cristal esmerilado.

Doc habló por el micrófono, interrogando:

—¿Habéis presenciado lo que acaba de suceder frente a la puerta del despacho? —interrogó.

La réplica surgió de un altavoz cuya enrejada garganta apenas era visible en la pared del armario. Una voz débil, infantil, le dijo desde allí:

—Sí. Hemos presenciado la escena Ham y yo. Ahora salimos.

Doc extendió una mano y tocó una llave. Instantáneamente se iluminó el cuadro de cristal y en él vio retratados paredes de

hormigón, suelos y toda una hilera de coches parados.

En la habitación había una puerta y por ella vio salir precipitadamente a dos hombres. Cerrando la llave del aparato de televisión mediante el cual acababa de comunicarse con aquellos dos hombres, regresó al despacho.

En él había también, hábilmente disimulado, otro aparato televisor.

Era éste el que había transmitido la imagen de lo ocurrido en el despacho a los dos hombres con quienes acababa de hablar.

Gracias al ingenioso invento, Doc y sus camaradas mantenían entre sí estrecho contacto, siempre que lo consideraban oportuno y, en ocasiones, habían escapado de este modo al peligro que les acechaba.

Porque tenían muchos enemigos.

Para aproximarse al cuerpo exánime de MacBride, Doc tuvo que dar un rodeo con objeto de evitar el choque con el misterioso agente que había detenido en el aire las balas del falso Caldwell.

En realidad no tenía nada de extraordinario. Consistía en un cristal irrompible, sumamente diáfano que actuaba a modo de mampara.

Doc tenía por costumbre resguardarse detrás de él siempre que recibía en casa a un desconocido, debido precisamente a los odios que le acarreaba el ejercicio de su profesión.

Para no ser blanco de miradas indiscretas —a aquella hora comenzaba a pasar gente por el corredor— cerró la puerta del despacho y examinó atentamente al infortunado trampero.

Lo primero que halló y sacó a la luz fue el voluminoso fajo de billetes de Banco que entregara al muerto Bruno Hen. Comenzaba a contar el papel moneda cuando le detuvo en su tarea un olor apenas ya perceptible.

Vibraron las aletas de la nariz y se llevó a ésta los billetes. Sí, aunque muy atenuado, percibió un tufillo singular. ¿Qué seria? ¡Ah, sí! Olía a rata almizclera.

Continuando su requisa cayó en sus manos el recorte de un periódico de Trapper Lake. Era el mismo recorte que el trampero le había enseñado a su compañero de viaje en el aeroplano. Doc lo leyó. Decía lo que sigue:

«UN HABITANTE DE TRAPPER LAKE ES VÍCTIMA DE UN

TORNADO SINGULAR.

»Falleció anoche Bruno Hen, conocido trampero y pescador de la localidad, habitante en la playa del lago, a cinco millas al norte de Trapper Lake, a consecuencia de un tornado, según parece y afirman las autoridades. Su cuerpo ha sido descubierto por su vecino, el trampero Carlos MacBride, debajo de los escombros de su cabaña.

»MacBride la oyó derrumbarse, corrió junto a ella y halló a su vecino aplastado. Pero afirma que la noche era estrellada y que en todo el día no dio señales la naturaleza de que se preparase ese espantoso ciclón.

»Sin embargo, el "coroner" y el "sheriff" están de acuerdo en aseverar que únicamente a un ciclón puede atribuirse el estado espantoso de la cabaña de Bruno.

»Se supone que el ciclón debió desencadenarse sobre la misma vivienda y, después de aniquilarla, arrancó la maleza y aplastó varios árboles pequeños del estrecho sendero que desemboca en las orillas del lago. Sobre sus aguas bramó así la tormenta, principalmente, sin ocasionar mayores daños. Bruno Hen es el mismo trampero que hace ya varios meses vendió en el mercado la colección de pieles de rata almizclera más completa que se conoce por aquí.»

Coincidiendo con el fin de la lectura del recorte, sonó en el despacho la nota musical de Doc. Tan débil en sus comienzos que apenas fue perceptible, vibró en el aire por espacio de tres o cuatro segundos y se apagó bruscamente.

Si Bruno Hen había vendido pieles de rata, era almizcle a lo que le olían los billetes y los había impregnado el contacto de los dedos de la persona que había desollado las ratas.

Doc Savage llevó el fajo al laboratorio y sacó las huellas dactilares dejadas en él. Descubrió sobre los billetes las huellas dejadas por los dedos de MacBride, mas, sobre todo abundaban otras huellas desconocidas.

Habiendo aspirado el olor a almizcle de unos billetes que MacBride apenas había tocado, era lógico deducir, y Doc dedujo, que el dinero había sido de Bruno Hen. El gigante de bronce tornó a registrar el cadáver.

Por la fecha de cierto billete que llevaba aún en el bolsillo descubrió que MacBride había arribado a la ciudad por vía aérea.

Tras del billete salió a luz el diario examinado someramente por

el trampero delante del estanco. Como no dominaba el arte de leer bien, el trampero había ido señalando con el índice las líneas concernientes a la llegada de los monstruos.

Todavía se conocían las rayas sinuosas dejadas por la uña sobre el papel.

ESTAD PREVENIDOS. CUIDADO CON LOS MONSTRUOS.

Doc examinó las dos frases con cierto interés. A continuación entró en la biblioteca y regresó al despacho trayendo sobre una bandeja varios recortes de periódico. En uno, procedente de Detroit, leyó:

CUIDADO, LOS MONSTRUOS TRAERÁN CONSIGO LA MUERTE Y LA DESTRUCCIÓN.

En otro, recortado de un diario de Chicago, se declaraba:

LOS MONSTRUOS INSPIRAN TERROR...

Y todavía había mucho más por el estilo. Pero en ninguno se decía a qué empresa se debían ni tampoco iban firmados.

Los había de San Luis, Cleveland y, en suma, de todas las capitales importantes de los Estados Unidos. Doc los contempló, pensativo.

Sus dedos, de tacto tan sensible, los recorrieron, veloces, no obstante su fuerza, y tornó a examinar el recorte donde se hacía mención de la misteriosa muerte de Bruno Hen.

El gigante de bronce procuraba estar al corriente de los sucesos acaecidos en la ciudad y fuera de ella. De este modo alejaba, en ocasiones, el peligro que le acechaba.

Había reunido todos aquellos recortes a causa de su siniestro significado y sabía, gracias a las relaciones que mantenía con los editores de la ciudad, que se desconocía en las redacciones a la persona que enviaba los misteriosos anuncios.

Desde luego, estaba convencido de que no se trataba de la propaganda de ninguna película.

Aquellos anuncios llegaban por correo a las redacciones y por el matasellos se había enterado de que todos habían salido de Trapper Lake en el Michigan.

CAPÍTULO VI

LA CASA MISTERIOSA

AL cabo de una hora, más o menos, sonó el timbre del teléfono y Doc atendió. Desde el otro lado de la línea le habló la misma voz infantil de antes.

—Te aguardo en Nueva Jersey, y, más exactamente, en la bifurcación de la Hill Road con la Hudsan Turnpike —le dijo, en voz baja.

—Voy al instante —respondió Doc.

Se metió en el ascensor particular y en él descendió al vestíbulo. Al salir del ascensor entró en el garaje instalado en los bajos del rascacielos.

El garaje era aquella misma pieza dotada de la hilera de coches que viera Doc en la pantalla del televisor.

Escogió un «roadster» pintado de oscuro y, al salir con él a la calle y arrancar, descubrió lo que ocultaba debajo del capó: un motor de una fuerza extraordinaria.

Por su color no atrajo la atención de las gentes al mezclarse al tráfico. Mas no podemos decir lo mismo de la persona que lo guiaba. Su aspecto era tan poco común que atraía la admiración general de cuantos lo veían.

El «roadster» se deslizó con suavidad por el puente de Jorge Washington, que une a Nueva Jersey con la isla de Manhattan y cuando decreció el tráfico adquirió una gran velocidad. Avanzaba con la precaución puramente indispensable.

En diversas ocasiones los agentes encargados de mantener la circulación iniciaron, sobresaltados, la acción de salir tras el coche, pero se detuvieron al reparar en su ocupante.

El más zote entre ellos sabía que se había dado la orden

imperiosa de prestar ayuda en todos los instantes al hombre de bronce.

La Hill Road se extendía de Este a Oeste; la Hudson Turnpike corría, por el contrario, de Norte a Sur. Y las dos se cruzaban en un punto lleno de estaciones de gasolina y de «stands» dedicados a la venta de «hot —dogs».

Doc hizo alto delante de una de aquellas estaciones y pidió gasolina.

Delante de él, separados por unos metros de distancia, vio un grupo de chiquillos que, exaltados, rodeaban a un hombre notabilísimo por su aspecto.

Más que hombre tenía todo el aire de un orangután.

El feísimo personaje divertía a las criaturas doblando monedas, para lo cual se servía solamente de dos dedos de la mano. Y por cierto que no parecía ocasionarle gran trabajo la tarea.

Miró a Doc y en el acto dejó de divertir a los niños. Echó a andar y se metió en un hermoso «sedán» que aguardaba delante de la estación. Al arrancar el coche, tomó la dirección de la Hill Road.

Doc Savage había pagado ya su adquisición de esencia y así echó a andar también en la misma dirección.

Ascendió por la primera colina que halló al paso y en el valle distinguió al hombre gorila que se había detenido allí con el coche. Doc hizo alto junto a él, y le dijo:

—¿Dónde está Ham, Monk?

Monk se sonrió y el gesto dejó ver una formidable dentadura. Monk le indicó con un gesto la Hill Road.

—Ahí, en una especie de granja, se ha metido el asesino. Ham le vigila. Estimo oportuno que vayamos a pie hasta ella, para no llamar la atención.

Doc paró el motor del «roadster». Tan silenciosamente había funcionado que sólo la súbita inmovilidad de la aguja les demostró que los cilindros habían cesado de funcionar. En compañía de Monk echó a andar calle arriba, dejando estacionados los dos coches entre la maleza, junto al camino.

—Ham y yo teníamos abierto el aparato televisor mientras limpiábamos el coche en el garaje —explicó el químico—. Pensamos que quizá necesitaras nuestra ayuda y que podrías llamarnos. Y, por lo visto, hemos hecho bien, ya que, gracias a ello, hemos

presenciado el crimen y reparado en el asesino. Le vimos la cara en el momento en que salía del rascacielos.

Doc bajó la cabeza, aprobando.

—Ya me figuraba yo que debíais tener abierto el aparato —dijo, complacido.

—¿Sabes tú por qué le habrá asesinado el desconocido? —inquirió Monk.

—Para cerrarle la boca, seguramente —replicó Doc—. Quizá el asesino sea un hombre pagado. Le he dejado escapar para que vosotros hicierais lo que habéis hecho: seguirle hasta el hombre que le ha alquilado, si es que existe.

Monk se manifestó satisfecho. Tenía las piernas tan arqueadas que andaba de un modo grotesco.

—¿Tienes alguna idea de lo que hay detrás de todo este caso? —tornó a preguntar a Doc.

—¿Te acuerdas de los anuncios misteriosos que aparecen en los periódicos de algún tiempo a esta parte?

—¿Te refieres a los que aluden a unos monstruos determinados?

—Precisamente. Esos anuncios se envían por correo a todos los periódicos de la nación y cada uno de ellos lleva en el matasellos del sobre el nombre de Trapper Lake, en el Michigan.

Monk abrió desmesuradamente los ojillos. Estaba enterado de la existencia de aquellos anuncios, pero ignoraba que se hubieran enviado a la ciudad desde Trapper Lake.

Ahora comprendía que, en el curso de su usual requisa de cosas siniestras, Doc había desenterrado el hecho.

—¿Con qué objeto te haría la víctima una visita, Doc?

—Pues posiblemente para hablarme de la muerte misteriosa de un trampero llamado Bruno Hen en los alrededores de Trapper —replicó Savage—. En el bolsillo lleva un recorte de diario que habla de esa muerte.

—¿Qué tiene de extraordinario?

—Según el informe oficial, Hen pereció a consecuencia de un tornado habido en una noche de luna. El ciclón no ocasionó mayor daño que la demolición de la cabaña de Bruno y la apertura de un sendero cerca del Lago Superior.

—¡Fenómeno singular! —exclamó Monk.

—Un tal MacBride, vecino de Bruno, afirmó que no había

habido tal tornado; es el hombre asesinado en mi despacho.

—¡Hum! Pues si no hubo tornado, ¿qué fue lo que provocó la muerte de Bruno y el derrumbamiento de la cabaña?

—Eso es lo que no dice el recorte.

Monk desvió la mirada. Sus ojillos en reposo eran casi invisibles, tan hundidos estaban en las órbitas cartilaginosas. La Hill Road era poco frecuentada en aquel punto. El hecho se debía, sin duda, a su suelo de macadam desgastado por la lluvia y el viento. Descuidados arbustos se alzaban a ambos lados del camino, a modo de pared.

—Si no recuerdo mal, ese picapleitos de Ham debe andar por aquí —observó en voz baja.

En efecto; a poco saltó de entre la maleza el abogado.

—¡Ya te daré yo, pillastrón! —susurró, airado, al oído de Monk —. Cualquier día de estos te arrancaré el pellejo y me haré con él una alfombra para los pies de la cama.

El simiesco Monk le dirigió una mirada humilde, dulzona.

—Siempre me está amenazando —observó, en tono lastimero, pero sin alzar la voz—. ¿Qué es lo que tienes ahora contra mí?

Ham agitó el bastón y se tornó del color de la púrpura. Accionaba sin hacer el menor ruido.

—Te has dejado atrás al cerdo y el asqueroso animalito no me deja un instante.

Monk pareció ofenderse.

—Sin duda te está tomando cariño el pobrecito —insinuó—. Nunca hubiera creído que tuviera la poca vergüenza de asociarse a un picapleitos como tú.

En aquel mismo momento surgió Habeas Corpus de la maleza. Miró a Ham, lanzó un gruñido cariñoso y corrió a él. Ham le acogió con la punta de la bota.

Al esquivar el puntapié, Habeas demostró una agilidad tan sorprendente como su aspecto. La voz de Doc interrumpió el altercado.

—¿Dónde se encuentra ahora el asesino, Ham?

—En el interior de una especie de granja que hay en lo alto de la colina.

A Doc le chocó la respuesta. Monk la había contestado de igual modo.

—¿Por qué es «una especie» de granja, Ham? —deseó saber.

Como muchos oradores, Ham acompañaba de continuos gestos la conversación. Ahora hizo lo propio, aun cuando sus palabras eran semejantes a un susurro.

—Te diré; estamos en el campo, ¿no? Bueno, pues no veo el motivo de rodear de muros una casa, como si se tratara de una fortaleza. El de la granja tiene una elevación de cuarenta pies por lo menos.

—¿Cuarenta pies? —repitió Doc, admirado.

—Eso es —aprobó Monk, terciando en el diálogo,— y yo me pregunto con qué objeto puede levantarse una pared tan alta en un punto como éste.

—He dado una vuelta en torno a la granja —siguió diciendo Ham, mirando a Habeas Corpus con el ceño fruncido—, y sólo tiene una entrada asegurada por una verja de hierro de las más fuertes que me ha sido dado contemplar.

Doc no hizo comentario alguno a aquellos informes sorprendentes y siguió andando. Ham y Monk fueron tras él, cambiando sombrías miradas.

En el fondo, de presentarse ocasión, cada uno hubiera dado, gustoso, la vida por conservar la de su compañero. Pero no lo parecía.

El cerdo acarició los talones de su dueño con las largas orejas y gruñó, contento.

—Punto en boca, Habeas —le ordenó el químico.

El cerdo guardó obediente silencio.

CAPÍTULO VII

LA RED ELECTRIZADA

AL llegar a la cima de la colina surgió delante de ellos el mencionado muro.

—Es de cuidado, ¿eh? —observó Ham.

Verdaderamente, era tan elevado que ocultaba lo que se hallaba detrás.

Parecía oponerse a la curiosidad del viandante como sombría barrera gris.

—Es de hormigón —murmuró Ham.

Los tres hombres abandonaron el camino. Allí la maleza estaba muy crecida y era muy espesa. Sin hacer ruido, se abrieron paso entre ella y llegaron frente a la verja de hierro, única salida, en opinión de Ham y de Monk, que tenía la casa.

Aquella verja, era de una altura notable y tan ancha como alta. Monk dijo, suspirando:

—Reparad en el grosor de los barrotes.

Él poseía unas muñecas peludas casi dos veces tan gruesas como la muñeca de un hombre corriente. Pues bien: los barrotes de hierro eran casi tan gruesos como sus muñecas.

Una hilera brillante de goznes macizos la mantenía adosada al muro y aparentemente se abría y cerraba mecánicamente.

—¡Diantre! —exclamó Ham—. Ni para encerrar a un elefante se emplean barrotes tamaños.

Pensativo, recorrió con el dedo en toda su extensión la negra caña de su estoque. Doc prestó oído atento, pero no oyó. Entonces avanzó en silencio y, con los ojos clavados en lo alto, rodeó el muro en toda su extensión.

Cuando le hubo dado una vuelta entera, comprobó que, en

efecto, la casa no tenía otra entrada. Pero el muro no abarcaba mucho más de un área de terreno. En unión de sus dos acompañantes, Doc se retiró a cierta distancia de la verja y, del interior de la chaqueta, sacó un gancho extensible de metal.

De su caña pendía una larga cuerda de seda. Doc tomó el gancho y, una vez extendido, lo lanzó al espacio con diestro movimiento. El gancho se clavó al otro lado de la pared.

Con velocidad y seguridad pasmosas Doc ascendió entonces por el cordón de seda. Antes de llegar a lo alto del muro se detuvo.

Otra vez de los bolsillos de la chaqueta extrajo un diminuto periscopio que usaba con bastante frecuencia. Su manga era poco mayor que el extremo de una cerilla, de modo que ni aún el ojo de vista más penetrante lo hubiera distinguido al proyectarse por encima del muro.

Sus lentes en miniatura eran modelo de perfección y funcionaban lo mismo que las de un periscopio de tamaño corriente. Sin mostrarse, Doc elevó el periscopio al muro.

Lo que vio le movió a lanzar la singular nota musical, impresionante, de que ya se ha hecho mención. Al propio tiempo se instaló a horcajadas sobre el muro. Después ordenó por señas a Monk y Ham que subieran allí.

Monk se apoderó del delgado cordón de seda. Ya hemos visto que doblaba, sin esfuerzo, las monedas de cobre. Sin embargo, por grande que fuera su fuerza, le costó trabajo remontarse por el cordón, lo que Doc había llevado a cabo con natural desembarazo.

Pero Monk, por el esfuerzo realizado, llegó arriba sudando copiosamente.

Dentro de la chaqueta, abotonada herméticamente, llevaba al cerdo. Ham luchó como un valiente para ascender por el sedoso cable.

Sin embargo, a pesar de sus ímprobos esfuerzos, no logró levantarse más de diez pies sobre el terreno.

Doc le ordenó, con gestos, que se atara con la cuerda por debajo de los brazos y, una vez lo hizo, tiró de él hacia arriba.

Los tres hombres contemplaron entonces el terreno cercado por el muro.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Monk, emocionado—. ¿Qué es esto?

Extendida sobre el área circundada por el muro vieron una red inmensa, de mallas de cobre sumamente gruesas.

—No comprendo su utilidad —balbuceó Ham. En la mano empuñaba el bastón estoque, del que no se había desprendido durante la ascensión. Tiró de la empuñadura hacia arriba y extrajo la fina, delgada hoja de acero.

—Reparad —dijo Doc— en los aisladores que separan los cables de la red. Eran de una materia de color castaño.

—Sin duda los cables conducen una corriente eléctrica de alto voltaje —insinuó Monk.

—Por sí acaso, no los toquéis —aconsejó Doc.

—Lo que me choca es la solidez de su construcción —observó el abogado.

De la red gigante la atención de los tres hombres se concentraba ahora en lo que tenían debajo. Era una casa de piedra caliza, sumamente vasta y antigua a juzgar por su arquitectura, pero bien restaurada.

Tenía la altura de dos pisos y el tejado casi tocaba a la red de metal.

—Por lo menos debe tener de cincuenta a setenta habitaciones —dedujo Monk, asiendo al propio tiempo al cerdo por una oreja para apartarle de los cables.

Rodeaba la casa un jardín descuidado y pisoteado en algunos puntos cuya hierba se había hollado; ni en los alrededores ni en el interior de la casa se veía vida o movimiento alguno.

—Desde aquí ofrecemos un buen blanco —dijo Ham, en tono sombrío.

El gancho de la escala había mordido en el borde del muro. Doc tiró de él y, manteniéndolo pendiente del extremo del cordón de seda, mal conductor de la electricidad, lo utilizó para abrir un corto circuito entre dos cables de la red. Sonó un chisporroteo y saltó una azulada chispa de los cables.

La red estaba electrificada.

—¡Diantre! ¡Ahí hay una corriente más que suficiente para electrocutar a un hombre! —exclamó Monk.

—¡Vigilad! —les ordenó Doc.

Monk y Ham le respondieron con un gesto de asentimiento. De sus bolsillos extrajeron unas armas de fuego semejantes, en el

tamaño, a unos automáticos mayores que los usuales.

Eran las ametralladoras inventadas y perfeccionadas por Doc. Doc calculó un momento la distancia y luego saltó a la red extendida. Mantenía el equilibrio a la perfección, avanzando mediante una serie de ágiles saltos.

Su posición no podía ser más peligrosa, pues de tocar simultáneamente con los pies dos de los cables perecería electrocutado sin remisión.

En cambio, estaba seguro mientras colocara un pie sobre un cable, apoyando el otro cuando el primero, al saltar, perdiera contacto con la red.

Poco tardó en hallarse sobre el tejado de la casa. Las mallas de la red eran suficientemente amplias para permitir el paso de su cuerpo y se dejó caer sobre el tejado sin hacer más ruido que el del murciélago al batir las alas.

Las tejas sobre las que se apoyaba eran muy viejas.

Se detuvo a escuchar y sus oídos, acostumbrados a percibir los ruidos más imperceptibles, captaron ligerísimos rozamientos. Al propio tiempo, su olfato registró un olor acre, olor a bestia salvaje.

Doc descendió pausadamente por la acentuada pendiente de la techumbre.

Desde ésta al suelo mellaba una respetable distancia. Doc la salvó con la facilidad del gato. Sus dos hombres continuaban encaramados sobre el muro, ojo avizor.

Monk le hizo una seña con la cabeza para indicarle que no había peligro en avanzar, pero de pronto aulló: —Mira.

Desde una ventana de la casa sonó el disparo de un rifle. A su vista notable, desarrollada y agudizada mediante el ejercicio diario, debió Doc la vida. Aun antes de que sonara el grito de alarma de Monk, había distinguido el cañón del arma con que le apuntaban. Y también miró el rostro que había detrás del arma. Era el semblante del asesino de Carlos MacBride.

Una fracción de segundo antes de que se disparase el arma, ladeó el cuerpo a la izquierda. La bala cayó silbando en el punto mismo que acababa de abandonar.

Sin apretar al parecer el paso se refugió en un ángulo resguardado de la casa.

Al propio tiempo desde lo alto del muro llegó a sus oídos un

ruido seco, ensordecedor. Monk y Ham se servían de las ametralladoras.

El hombre del rifle se ocultó con tan inusitada rapidez, que no le tocaron.

Apresuradamente, Monk y Ham colocaron en posición el gancho de hierro y se deslizaron por el cordón de seda abajo, teniendo cuidado de no rozar los cables de la red. Monk llevaba bajo el brazo a su cerdo favorito.

Llegaron al suelo. Ham tenía desenvainado el estoque. Monk le seguía, pisándole los talones. El cerdo iba en pos de Monk, tan excitado como el químico.

—Lo mejor será que entremos en la casa —les dijo Doc con acento seco— por si acaso a ese hombre se le ocurre tirar desde otra ventana.

Extendiendo el brazo en dirección a la ventana más próxima, asestó un golpe al bastidor con la palma abierta de la mano, se desprendió el cristal y Doc se metió por el hueco abierto. Monk y Ham le imitaron.

Luego, el químico agarró a Habeas por una oreja y le metió en la casa. Se hallaban en una gran habitación —probablemente el “fumoir”— amueblada de oscuro.

La madera de los muebles era maciza, de roble, y las sillas estaban tapizadas de cuero. Pero, sobre todas ellas había una espesa capa de polvo, y por encima de todos los muebles —lo cual demostraba una evidente despreocupación con respecto a su buena conservación,— se veían colillas de cigarro. La habitación no se limpiaba, ello era evidente.

¡Quién sabe el tiempo que debía haber permanecido en tal estado! Doc abrió una puerta. Comunicaba con un recibimiento tan falto de limpieza como la habitación en que se hallaban.

Avanzaron por él procurando no hacer ruido y deteniéndose de vez en cuando para aguzar el oído. Pero no oyeron nada.

Al cabo desembocaron en la pieza desde la cual se sabía disparado el rifle.

En el suelo, yacía todavía un cartucho vacío que olía a pólvora quemada.

EL tirador había desaparecido. Un ruido ahogado les llevó a la elevada región del segundo piso. Ascendieron por una escalera

alfombrada, levantando a su paso nubes de polvo, y al fin se hallaron en un corredor con muchas puertas alineadas. De él partían diversos pasillos.

—Se diría que la casa fue un hotel —observó Monk, sin aliento.

A su izquierda se abrió una puerta y por ella salió el cañón de un revólver.

Una resuelta voz femenina les ordenó, al propio tiempo:

—¡No se muevan!

CAPÍTULO VIII

LA EX DOMADORA DE LEONES

LA mujer era joven y esbelta. Un sencillo vestido de viaje ponía de relieve las curvas delicadas de su cuerpo, de manera casi tan real como un vestido de noche. Sus cabellos eran maravillosos.

Las mujeres atractivas no escasean. Sin embargo ninguno de los tres hombres había visto cabellos semejantes hasta aquellos momentos.

Tenían el matiz plateado del acero. Y los ojos de la bella armonizaban con sus cabellos. Eran del mismo metálico color.

Doc actuó, al propio tiempo que sonaba la orden. Con cegadora rapidez tendió el brazo en dirección al estoque de Ham.

La sorpresa aflojó la presión que sobre él ejercía la mano del abogado. Doc se lo arrancó y lo lanzó por el aire. Su empuñadura chocó con la diestra de la muchacha. Ella lanzó un grito y dejó caer el arma; luego trató de recogerla.

Doc se había levantado ya. Sus dedos rodearon la muñeca de la desconocida, no con presión suficiente para ocasionarle dolor, pero sí para que no se le escapara. La muchacha echó atrás la cabeza y exhaló un alarido.

—Ya lo haré. Ya lo haré —prometió con un gemido.

Que estaba realmente aterrada pudo juzgarlo Doc por el temblor de sus miembros. Sus firmes músculos se estremecían al contacto de la mano de Doc.

—¿Dónde está el hombre que acaba de hacer fuego sobre nosotros? —le interrogó.

La desconocida pareció sorprenderse. Cesó de luchar.

—¿Qué...? ¿qué?. Parecía confusa. ¿No son ustedes de la pandilla?

—¿Quién es usted? —interrogó Doc.

La muchacha le miró con recelo. Pareció sosegarse un poco al soltarla el hombre de bronce.

—Me llamo Juana Morris —explicó.

Ni aquel nombre ni apellido dijeron nada a Doc. Los oía por primera vez.

—Soy domadora de fieras —siguió diciendo—. Últimamente trabajaba con el Atlas Congress of Wonders, que se declaró en quiebra al llegar a Michigan.

—¿En Trapper Lake, tal vez?

—¿Cómo lo sabe?

—¿Conocía a un tal MacBride? —le preguntó Doc en lugar de responder.

La muchacha movió la cabeza, negando.

—No.

Monk se dirigió entonces a Habeas Corpus, el cerdo.

—Busca, Habeas —ordenóle—. Búscales.

El animal se alejó, a un trote corto.

La muchacha le contempló sorprendida por su prontitud en obedecer.

—Lo estoy adiestrando. Quiero que supere, en olfato, a un perro de caza —explicó Monk, riendo.

Doc penetró en la habitación de miss Morris. Era un dormitorio pobremente amueblado. El lecho carecía de colchón y las ventanas de cortinas.

En todas partes se ponía de manifiesto que la casa se hallaba deshabitada desde hacía tiempo.

Doc se acercó a la ventana, muy sucia, y miró al exterior, descubriendo que desde ella se podía vigilar la verja de entrada a la casa. Monk se había estacionado a la puerta del dormitorio.

Evidentemente, aguardaba el regreso del cerdo.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó Doc a miss Morris.

—En respuesta a un anuncio insertado en una revista profesional —respondió ella,— por el cual se ofrecía colocación a la persona que supiera el lenguaje hablado por la tribu de los cabezas de alfiler, oriunda de África.

—¿Y lo habla usted?

—Sí, un poco. El circo llevaba a tres africanos pertenecientes a

esa tribu, que me seguían a todas partes, y aprendí algo de su lenguaje.

Las facciones de Doc permanecieron inescrutables. Tornó a preguntar:

—¿Cuándo ha llegado a Nueva York?

—Hoy mismo, por vía aérea. Vea el telegrama que recibí antes de salir de Trapper Lake.

Introdujo la mano en un pequeño bolsillo de la chaqueta y de él sacó un papel amarillo.

—Aquí está.

Doc tomó el telegrama y leyó: "A Juana Morris Guide's Hotel. Trapper Lake, Michigan.

"Asegurado empleo. Tome inmediatamente aeroplano para Nueva York y venga a mi casa de la Hill Road, al norte de la ciudad —Griswold Rock."

—¿Es ese Griswold Rock el propietario de la casa?

—Eso me ha dicho el conductor del taxi —replicó la muchacha —, que me ha dejado a la puerta.

Monk aplicaba el oído por ver si oía regresar a Habeas Corpus. Ahora miró a la señorita.

—Griswold Rock... —repitió—. Me suena ese nombre.

—Es el Presidente y principal accionista da una compañía ferroviaria del norte de Michigan. Por eso no te es desconocido.

—Pues aunque aquí he visto a varios hombres, no creo que ninguno de ellos sea míster Griswold —declaró miss Morris.

—Ha dicho usted que con el circo iban tres africanos —le recordó Doc,— ¿sabe lo que ha sido de ellos?

—Han desaparecido.

—¿Hace mucho de eso?

—Casi un año.

—Así, ¿el circo quebró hace tiempo?

—Hace ya varios meses. Yo he trabajado hasta ahora en Trapper Lake como camarera de un hotel.

Con pausado ademán Doc le indicó el muro elevado y la red de cobre.

—¿Sabe lo que significa todo esto?

—No —miss Morris se estremeció—, y me causa horror.

—Algo debe haberle ocurrido a Habeas —gimió Monk,

interrumpiendo el diálogo.

—Quédense aquí los tres —dispuso el hombre de bronce. Y desapareció en la escalera. Descendió a los bajos de la casa.

Al llegar a la biblioteca miró en torno. Aunque de un estilo pasado de moda, los muebles no eran malos del todo. Pero aquí, lo mismo que en el resto de la finca, su estado indicaba la incuria más lamentable.

Doc se acercó a la pesada mesa escritorio, cubierta materialmente de cartas.

Desparramadas por el suelo había otras misivas con anuncios. Doc les echó un vistazo. Todas iban dirigidas a Griswold Rock. Entonces leyó algunas.

Pertenecían a la compañía ferroviaria a la que Griswold se había asociado.

De su texto desprendíase algo evidente: que Griswold Rock había dirigido sus asuntos desde lejos.

Al parecer hacía unos meses que no ponía los pies en las oficinas de la compañía y que llevaba la dirección de los negocios por carta, teléfono y telégrafo. En las cartas no había dato alguno que explicara el porqué de aquello. Doc abandonó la biblioteca y continuó sus pesquisas.

El cerdo tenía que haber vuelto ya junto a ellos y el hecho de que no lo hiciera le parecía de mal agüero. Examinó la cocina, un comedor y una gran despensa, sin encontrar alma viviente que le saliera al paso.

Sin embargo reparó que aquélla encerraba crecida cantidad de provisiones, lo cual indicaba que en la casa se albergaban gentes de buen apetito.

Se agachó y, a cuatro pies, aplicó el oído al suelo. La madera condujo hasta él los vagos rumores que se producían, sin duda, en alguna parte de la finca, pero no consiguió localizarlos. Mirando por una ventana, reparó en unos surcos abiertos por un coche o camión en el jardín.

Dichos surcos comenzaban junto a la maciza verja de hierro y venían a morir al lado de un ala de la casa. Esta ala no tenía ventanas y era poco mayor que una gran caja de madera.

Lo peculiar de su construcción era interesante por demás.

Doc Savage se encaminó en aquella dirección. Quería examinar

de cerca el ala. Una puerta cerrada y atrancada le obstruyó el paso.

Trató de forzarla empujándola con su hombro. A juzgar por su solidez debía estar forrada, al otro lado, con una plancha de metal.

Tampoco logró ver nada atisbando por el ojo de la llave, pues estaba tapado con un pequeño disco de metal giratorio, disco que no se movió ni aun después de introducir Doc en la cerradura un finísimo instrumento de metal.

Por más que trabajó en la cerradura con el fino metal, la puerta resistió; sólo consiguió descorrer el pestillo. Sin duda estaba atrancada por dentro.

En vista de sus inútiles esfuerzos se aproximó a una ventana, sacó la cabeza y miró a su alrededor. No se hacía ilusiones. A despecho de la tranquilidad aparente que reinaba en el interior de la casa, sabía que la muerte le acechaba.

Como no se veía a nadie, se descolgó por la ventana al jardín y fue a observar el ala del edificio que tanto le llamaba la atención.

En uno de sus ángulos descubrió una puerta pesada, maciza, herméticamente cerrada. No tenía ni la más pequeña hendidura por la cual pudiera atisbarse lo que había al otro lado.

Apoyó en ella un hombro y la madera rechinó. No consiguió más, a pesar de la fuerza de sus músculos gigantes.

El sol había descendido mucho sobre el horizonte. La red de cobre tendida sobre su cabeza proyectada la sombra de sus mallas metálicas sobre el techo y los muros de la casa.

De su interior llegaron hasta él los gruñidos de Habeas Corpus.

CAPÍTULO IX

EL HOMBRE DE GRASA

DOC volvió sobre sus pasos y tornó a entrar en la finca por la abierta ventana.

Los gruñidos del cerdo procedían de la parte baja. Doc atravesó, a buen paso, varias habitaciones. Buscaba la escalera que debía conducirle a la bodega. Monk y Ham disparaban en ella sus armas de fuego.

Estaban descendiendo. Evidentemente habían dejado a miss Morris porque no se oían sus pasos.

—Quedaos con la señorita —gritó Doc.

Monk y Ham hicieron alto. A sus espaldas sonó un estrépito espantoso.

Acababa de saltar una plancha de madera, otras se rompieron, se astillaron.

El estrépito apagó, de momento, los gruñidos de Habeas. Monk y Ham giraron sobre sus talones, ascendieron otra vez la escalera, para lanzarse dentro del «hall». De súbito se detuvieron, espantados.

El suelo se conmovía de manera fantástica. Era levantado como por una fuerza sobrenatural, subterránea. Sus vigas crujían y sus tablas se rasgaban.

Al otro lado de la brecha vieron a miss Morris. Luego la ocultó a sus miradas el pronunciado desnivel del pasillo. El «hall» estaba mal iluminado.

De su suelo comenzaba a elevarse e invadir el aire una espesa capa de polvo.

Ambos factores se unieron para impedir que Monk y Ham descubrieran la causa de aquella singular destrucción.

Lo que fuera, procedía del ala del edificio que el hombre de

bronce trataba en vano, de reconocer. Doc se reunió a sus camaradas.

—¡Parece un ser vivo… un monstruo! —balbuceó Monk—. ¡Oíd cómo respira!

En efecto; sonaban unos resoplidos semejantes a grandes ráfagas de viento.

Doc sacó su lámpara de bolsillo. Su luz iluminó las espesas nubes de polvo sin lograr penetrar en su seno. Detrás de ellos, en los bajos de la casa, gruñía, monótono, el cerdo. Después, presa del terror, oyeron gritar a miss Morris.

Monk y Ham levantaron las ametralladoras, mas no se atrevieron a usarlas por temor de herir a la muchacha. Sus balas eran inofensivas.

Con todo, de penetrar en un ojo, podían hacerle daño.

La polvareda que giraba iluminada por los rayos de la lámpara, se agitó de repente con mayor violencia. Trozos de ladrillos y de yeso, astillas y tablones, volaron en dirección a los tres hombres.

—¡Atrás! ¡Nos ataca! —gritó Doc.

Monk y Ham se sintieron asidos por un brazo. La presión se debía a la mano nervuda de Doc, y el hombre de bronce los arrastró escaleras abajo.

Por fortuna avanzaban velozmente; de otro modo les hubiera atrapado el monstruo que los andaba buscando, sin efecto.

Asfixiado por el polvo y contrariado por la resistencia que le oponían los recios tablones del entarimado, lo pensó mejor, sin duda, y retrocedió.

La muchacha de los cabellos grises, que había guardado silencio todo el rato, tornó a gritar de nuevo. Pero cesaron sus gritos, de pronto.

Era como si, todavía gritando, la hubieran metido dentro de una botella y hubieran taponado ésta con un corcho.

—El monstruo se la ha tragado —dijo Doc con acento sombrío —. Sin duda, la ha arrastrado consigo a la planta baja…

Monk enjugó el sudor que inundaba sus simiescas facciones. En los bajos, gruñía Habeas sin cesar.

—Voy a ver qué le pasa —murmuró su amo. Y salió. Doc trató de acercarse a la ventana. Antes de que hubiera llegado junto a ella, sonó una fuerte vibración que partía del ala misteriosa de la casa.

—¡Es un coche! —exclamó Ham.

Sonó ruido de maquinaria y se abrió de par en par la maciza puerta. Por ella salió un coche al exterior. Era un camión muy largo, cuya carrocería iba sobre cuatro ruedas vigorosas.

Esta carrocería era de acero y tenía a la zaga dos puertas que se hallaban, entonces, herméticamente cerradas. Su conductor era el hombre del cabello teñido de negro: el asesino de MacBride.

Ham alzó la ametralladora, y disparó. El arma vomitó fuego y enseguida cayeron en torno los cartuchos vacíos.

Pero sus balas se convirtieron en manchas grisáceas al llegar junto a las portezuelas del camión.

—¡Hum! —gruñó Ham, visiblemente disgustado—. Lleva cristales irrompibles.

Doc le arrancó el arma de la mano, vació su cámara con destreza y en lugar de cartuchos ordinarios, insertó en ella otros, especiales, que llevaba a prevención.

El camión corría sobre unos rieles invisibles relacionados, evidentemente, con el mecanismo de las puertas, porque antes de que hubiera llegado junto a ella se abrió la verja de los gruesos barrotes.

Doc levantó el arma. Su habilidad como tirador igualaba a la destreza demostrada en otras materias. Disparó el arma.

A ambos lados del coche surgieron nubecillas grisáceas, semejantes a pequeñas bolas de nieve dispersas por el viento. El camión cruzó el umbral de la puerta y desapareció.

—¡Maldición! —exclamó Ham.

Mucho tiempo después recordaba todavía aquella exclamación, debido a lo que le sucedió, pues, de pronto el suelo pareció hundirse bajo sus pies y luego saltó en dirección vertical. Las paredes oscilaron.

Una terrible explosión les hirió los tímpanos. Un diluvio de escombros inundó en un santiamén la parte de la escalera que llevaba al segundo piso.

La pared se abrió como fruto maduro. Los muros laterales de la casa se agrietaron y dejaron escapar bocanadas de humo y rojas llamaradas.

El techo del ala por la cual acababa de salir el camión se partió por el medio y se dobló, como la tapa de una caja, hacia afuera.

Impulsados por la explosión, humo, llamas y escombros, se elevaron a la altura de la red de cobre. Doc y Ham fueron lanzados, con violencia, al extremo opuesto de la habitación que ocupaban.

Sus tímpanos, tensos por efecto del sonido que acompañara a la explosión, registraron el golpe seco y blando con que tornaban a caer, los escombros, en torno.

Doc Savage miró a través del deteriorado rectángulo de la ventana. La explosión había aniquilado totalmente el ala misteriosa de la casa.

Por encima de sus cabezas oían caer astillas y tablones sobre la red metálica.

El polvo originado por la reciente explosión giraba en grandes remolinos sobre la finca.

—¡La señorita! —balbuceó Ham—. ¡No es posible que haya sobrevivido a esto!

La nube de polvo se posó, comenzó a diseminarse y surgieron grandes llamas. El fuego lamía el ala destrozada.

—¡La explosión origina un incendio en el patio! —exclamó Doc.

En unión del currutaco abogado se descolgó por la ventana y corrió junto al fuego. Un calor de horno salió a su encuentro y les obligó a retroceder con presteza. Extinguir aquel infierno les pareció de todo punto imposible y le rodearon, buscando con la mirada.

Varias cosas dignas despertaron su interés. Sobre todo multitud de fragmentos de vidrio, que se mezclaban a los escombros.

Innumerables tubos y probetas de vidrio aparecían aplastados por doquier.

Aquí y allá veíanse, diseminadas, las diminutas piezas de complicados aparatos.

—Por lo visto, el ala encerraba una especie de laboratorio —comentó Ham.

Ni él ni Doc mencionaron un hecho trascendental: la desaparición de miss Morris. Ni siquiera se comunicaron lo que ambos esperaban: que hubiera salido de la casa en el camión.

Tampoco Monk aparecía. Se hallaba ausente desde poco antes de producirse la explosión, cuando se había lanzado en busca de Habeas.

—Tenemos que encontrarle —gimió Ham.

Su acento traicionaba la angustia de que estaba poseído y contrastaba de manera notable con el sarcasmo que empleaba para hablarle a Monk.

Regresó a la casa en pos de Doc. Los dos hombres descubrieron, más allá de la puerta de la cocina, una escalera por la que descendieron a la región de la bodega. Un rumor sordo, continuado, les atrajo hacia la derecha.

Los bajos estaban llenos de humo que les cegó e irritó los pulmones. Los sonidos del incendio invadieron sus oídos con su constante murmullo.

Mezclada a ellos sonaba una queja persistente; el sonido de un motor eléctrico. Entonces divisaron a Monk. El químico vulgarote se apoyaba contra una puerta que, por las trazas, no se conmovía ante sus esfuerzos.

En la puerta veíase una mirilla pequeña, cuadrada, que, aparentemente, servía para ventilar la habitación del otro lado. Por allí salían el continuo gruñido del cerdo y también el gemido del motor.

—No encuentro nada que me sirva de ariete para echar esta puerta abajo —les dijo Monk con un lamento.

Doc introdujo su lámpara por la mirilla. En el interior de una pieza espaciosa, desnuda, de hormigón, danzaba el cerdo de aquí para allá.

En ella, vio el hombre de bronce un motor inmenso que debía servir para suministrar energía eléctrica a los cables de la metálica red del patio.

Doc dio una vuelta a la bombilla de su linterna y como resultado se dilataron sus rayos, iluminando la pieza en toda su extensión.

—¡Por todos los demonios del infierno! —exclamó Monk.

Pues en su centro yacía, tendido, un hombre con los vidriosos ojos clavados en el techo. Reposaba junto al gran motor eléctrico.

El desconocido era bajito y grueso, de carnes fofas. Sus manos, parecidas a pequeñas almohadillas mantecosas, descansaban en el suelo.

Sus abiertas mandíbulas componían grasiento conjunto con las orejas.

Tenía arrugado el sencillo traje oscuro, manchada la camisa. No llevaba corbata. Ni se movía, ni siquiera cerraba los ojos

desmesuradamente abiertos.

Doc introdujo la mano por la mirilla y palpó la puerta.

—Está forrada de acero —explicó a sus camaradas.

Examinó después la cerradura. Se cercaba con llave, desde luego, pero por dentro. Abrirla iba a costarle mucho trabajo.

En sus manos aparecieron, inesperadamente, dos pequeños frasquitos.

Valiéndose del extremo de una cerilla extrajo una pizca de pólvora del primer frasquito y lo introdujo en el ojo de la llave. A continuación le aplicó unas gotas del líquido que encerraba la segunda botella.

—¡Atrás! —ordenó vivamente.

Sus hombres le obedecieron. Simultáneamente una deslumbrante llamarada iluminó la pieza y sonó una explosión.

De la cerradura de la puerta salieron en forma de surtidor retorcidos trozos de metal y pequeñas astillas. Los dos reactivos químicos usados por el hombre de bronce habían originado la explosión.

Doc abrió la puerta de un empujón. Por ella salió Habeas, que se echó en brazos de su amo con gruñidos de placer. El hombre se agitó en el suelo, gimió y cerró los ojos para volverlos a abrir de nuevo. Actuaba como quien despierta de un profundo sueño.

Doc le asió por el brazo regordete y tan suave que le produjo la sensación de que sus dedos oprimían un tubo de goma semi —desinflado.

Le levantó del suelo, se lo echó a la espalda y le sacó de la habitación.

—Lo mejor será que salgamos de aquí cuanto antes —advirtió a sus compañeros—. El fuego se extiende muy deprisa.

Monk tomó en brazos al cerdo.

—Me gustaría saber —dijo—, cómo se ha podido meter ahí dentro el animal.

Sin replicar, Doc subió la escalera y salió al exterior con el hombre a cuestas.

Monk y Ham le siguieron.

Una vez en el jardín, corrieron hacia la puerta que continuaba abierta.

Antes de salir al camino, Ham les indicó con un movimiento del

bastón la red de acero que se extendía sobre sus cabezas; luego los altos muros de piedra de la cerca.

—Este edificio no es más que una jaula gigante —observó.

—¡Qué casualidad! Pensaba yo lo mismo —declaró Monk—. De tener aquí a ese Griswold Rock, le cogería por el cuello y no le soltaría hasta que me hubiera explicado el motivo de todo ese tinglado.

El desconocido echado sobre la espalda de Doc, gemía con voz débil.

—Yo soy Griswold Rock —les comunicó.

CAPÍTULO X

EL PRISIONERO

LO mismo el hombre de bronce que sus dos ayudantes escucharon tan sorprendente noticia mientras atravesaban, corriendo, el umbral de la puerta.

Doc dejó al hombre en el suelo y salió, escapado, sin decir a dónde iba.

—Bueno. ¿Qué idea se le habrá ocurrido de pronto? —murmuró Monk.

—Ha llenado la cámara de mi ametralladora de unas balas especiales —le comunicó Ham—, y ha hecho fuego sobre el camión que partía. Ignoro qué es lo que se le ha ocurrido, mas tal vez tenga algo que ver con lo que te digo.

Entretanto Doc ascendía la colina, bajaba al valle y alcanzaba el "roadster".

A una velocidad que cualquier campeón corredor hubiera tenido por notabilísima, acababa de recorrer un cuarto de milla sin que se le acelerase la respiración.

Dentro del coche había un transmisor y un receptor radiotelefónico. Doc abrió la llave.

—¡Renny! —llamó junto el aparato.

Del altavoz surgió, en respuesta, una voz tonante, parecida al rugido del león.

—¡Presente, Doc!

—¿Dónde estás, Renny?

—En tu despacho. Acabo de llegar.

—¿Se hallan también ahí Long Tom y Johnny?

—Sí. Están a mi lado...

Los compañeros nombrados pertenecían al grupo de asociados

del hombre de bronce. Rápidamente, les transmitió sus órdenes.

—Deseo que localicéis un camión muy hermoso pintado de rojo —les dijo.

—¡Diantre! Así hay en Nueva York unos mil por lo menos —observó Renny.

—Valeos de los aeroplanos —siguió diciendo Doc, sin conmoverse—. Volad por encima de la Hill Road y de la Hudson Turnpike. Buscad un camión rojo y muy grande, y una vez que le hayáis descubierto, valeos de la lente del fluoroscopio e iluminadlo con los rayos ultravioletas.

—Comprendo —dijo Renny.

Doc cerró el aparato y regresó al punto donde había dejado a Monk y a Ham.

Grandes nubes de humo ascendían ahora por encima del muro de hormigón.

Doc sorprendió al abogado presumido y al agradable Monk, contemplando embobados al hombre gordo.

—¿Ha hablado? —les preguntó señalando con un gesto al prisionero.

Ham meneó la cabeza.

—Me obligaron a beber —tartamudeó Griswold Rock,— poco después de haberse encaramado ustedes al muro. Apenas hube probado el líquido, se me fue la cabeza.

—¿Dónde sucedió eso?

—Arriba.

Monk aprobó con un ademán, como si de pronto se hubiera hecho la luz en su entendimiento.

—Eso es. Después le llevaron abajo y Habeas lo siguió. Esto explica que estuviera encerrado con usted.

Mediante un pausado movimiento del brazo, abarcó el recinto de la finca que humeaba como gigantesca chimenea, e interrogó:

—¿Es de su propiedad?

—Sí; mas no parece la misma de antes. Obligado por ellos he levantado ese muro.

—¿Qué... le han obligado? —repitió Ham.

—Eso es —respondió Griswold Rock—. Hace un año que soy su prisionero y con objeto de conservar el pellejo he tenido que hacer lo que me han mandado.

—¿Quiénes son los que le retenían preso?

—Una banda al mando de Pere Teston.

—¿Pere Teston?

—Es un antiguo empleado de ferrocarriles —explicó el hombre gordo,— que ha trabajado a mis órdenes en el ramal de Michigan. Le despedí porque demostraba poco interés por su trabajo.

Levantó el brazo y les señaló, con airado ademán, el muro de hormigón y la red de metal.

—Me han obligado a dirigir mis asuntos desde ahí dentro por correo, telégrafos y teléfono. A mi lado se mantenía siempre un individuo de la banda, revólver en mano.

—¿Sabe usted el motivo que les movió a levantar ese muro y a tender la red metálica? —le interrogó Doc.

—Sé únicamente que me obligaron a adquirir el motor que electriza esa red —respondió Griswold.

—¿Ha visto andar a algún monstruo por la casa?

—¡Monstruos! —exclamó Griswold Rock, estremeciéndose—. No. Pero quizás esto explique los rumores que oía a veces.

—¿Qué clase de rumores?

—¡Oh! Me sería difícil explicarlo. Pero Teston me ha tenido encerrado en una cámara sin ventanas de los bajos; sin embargo, repito que he oído andar en torno a ella, en ocasiones. El suelo vibraba, estremecido, como hollado por unos pies inmensos.

—¿Les ha oído hablar del anuncio insertado en los periódicos?

—¡Sí, sí! ¡Han insertado anuncios en todos los diarios de la nación! Pero no sé lo que dicen ni por qué los publican.

—¿Es Pere Teston un hombre alto, pecoso, de cabellos negros?

—No; tiene el rostro arrugado, marchito, y la tez pálida. Basta verle una vez para no olvidarle jamás.

El fuego había progresado rápidamente. Una pared de la casa se derrumbó sembrando de chispas el muro de hormigón.

De la lejanía llegó hasta los cuatro hombres el sonido lamentoso de una sirena. Evidentemente algún vecino o transeúnte acababa de telefonear a los bomberos.

Doc se acercó a la verja. De la misteriosa profundidad de sus bolsillos salió un tubo irrompible y con el polvo que contenía espolvoreó los barrotes de la verja. Se vieron así unas huellas dactilares.

Savage no trató de fotografiarlas. Se limitó a estudiarlas fijando, indeleble, en su mente, las particularidades que ofrecían. Transcurrirían muchos meses antes de que volviera a verlas; sin embargo, todavía recordaría su configuración debido a la atención con que procuraba grabarlas en su memoria. Sobre todo dedicó su atención a unas huellas determinadas.

Luego se reunió a sus compañeros. Griswold Rock estaba diciendo:

—No soy valiente y me están aterrando de veras...

—¿De modo que no trató de escapar en ninguna ocasión? —interrogó Monk.

—¡Oh, sí! Varias veces. Pero, por lo visto, no poseo un gran ingenio. Mis esfuerzos jamás dieron resultado. Sólo ayer logré acercarme a la verja y quizás hubiera podido escapar, de no sorprenderme el mecanismo que la mueve. No he logrado descubrir todavía cómo funciona, a pesar de pasar un buen rato observando la puerta.

Doc extendió bruscamente su brazo y le asió por la rolliza muñeca, volviendo la palma de la mano de modo que pudiera inspeccionarle la punta de los dedos. Sus ojos experimentados se dieron cuenta, en el acto, de sus particularidades.

—Por, eso ha dejado sus huellas en la puerta —observó en tono seco.

Griswold Rock arqueó las cejas, asombrado.

—Acabo de descubrirlas —le explicó el hombre de bronce—. Y ahora, salgamos de aquí cuanto antes. ¿Oyen la alarma?

Griswold le miraba con atención. Lanzando un juramento sonoro, exclamó:

—Ahora sé quién es usted: Doc Savage, el desfacedor de entuertos.

Doc les indicó por señas que le siguieran y echó a andar. Se metió en el "roadster". Monk, Ham, Griswold Rock y el cerdo, ocuparon el segundo coche. Los bomberos se aproximaban, haciendo sonar la sirena.

El grupo capitaneado por Doc partió en opuesta dirección. Huyó sin ser visto de los bomberos, rehuyendo con la silenciosa fuga un inevitable interrogatorio.

Nadie relacionó la presencia de Doc con la misteriosa mansión

amurallada y presa de las llamas. Hasta después de haber transcurrido mucho tiempo no habló Doc de la casa, y si se exceptúa a sus ayudantes, no contó a nadie lo ocurrido en aquel lugar fantástico, como tampoco dijo que sirviera de cárcel a un monstruo nunca visto.

Sin embargo, su historia fue descubierta y relatada por un desaprensivo reportero que apareció impensadamente en escena.

Este individuo tenía una imaginación muy viva y despierta y se hallaba empleado en la redacción de un periódico dedicado a la caza de noticias sensacionales.

Tras examinar el muro de hormigón y la misteriosa red metálica, corrió al teléfono público más cercano y la edición del diario apareció al día siguiente ornada de tremendos y negros epígrafes.

SE DESCUBRE LA GUARIDA DE LOS MONSTRUOS. CASA MISTERIOSA DEVORADA POR LAS LLAMAS.

A continuación venía el relato de lo visto, un tanto vago en los detalles, pero interesante, desde luego.

En él se descubría que la finca era propiedad de un tal Griswold Rock, presidente de una Compañía ferroviaria, y se añadía que el caballero mencionado no aparecía desde hacía varios meses atrás por el club de que formaba parte.

La Policía debía encargarse de hacer las gestiones propias del caso.

Concluía su historia, sugiriendo que tal vez guardaran cierta relación con la casa incendiada los anuncios concernientes a los monstruos, que con frecuencia aparecían últimamente en los periódicos neoyorquinos y de provincias.

Mas, a causa de los malos artículos que publicaba el periódico, no estaba muy acreditado en la ciudad y, en consecuencia, nadie tomó en serio el relato.

Los periódicos más moderados de Nueva York enviaron a sus reporteros a la Hill Road y más tarde le tomaron por base de sus novelas escritas en tipo menudo en las páginas interiores del diario.

Que el reportero relacionara el misterio de la mansión en llamas con la futura aparición de los monstruos, podía atribuirse a la indiferencia con que el público había acogido los anuncios. Y así, nadie tomó en serio el artículo.

Y puesto que los periódicos no relacionaron nunca la casa

amurallada de Griswold Rock, con la espantosa amenaza de los monstruos que tan pronto iban a proyectar su sombra siniestra sobre las ciudades de los Estados Unidos, permanecieron en la bendita ignorancia de que por el mero hecho de despreciar los informes de un colega habían pasado por alto, lo que muy fácilmente podía convertirse en la primera página de una historia que no pasaría de moda.

Es más: el mismo diario dejó de aprovechar la cuestión que se le ofrecía porque su cronista carecía de la habilidad detectivesca de seguirles la pista a las posibilidades sugeridas por su misma imaginación y tal vez nuestro hombre no creyó lo que escribía.

Simplemente se había aproximado a la verdad al sacar de su cerebro ingenioso argumento para una novela.

Para resumir: a nadie se le ocurrió relacionar a Doc con el incendio, ni siquiera a los cinco bomberos, llegados al lugar del siniestro demasiado tarde para asistir a la partida del hombre de bronce.

Y mientras ellos derramaban el contenido químico de sus extintores sobre el fuego, Doc Savage corría por la carretera, poniendo entre él y los bomberos dos millas de distancia.

CAPÍTULO XI

LA LISTA LUMINOSA

DOC Savage abrió la llave del aparato de radio. Al punto salió del altavoz ruido de parásitos y, mezclado a ellos, un zumbido persistente. El zumbido, inundado por otros transmisores, procedía del motor de un aeroplano.

—¿Veis algo, camaradas? —interrogó Doc.

Del receptor salió la voz bien modulada, cortés, de Johnny.

—No —respondió—. No se ve nada aún.

Doc levantó la vista. Un aeroplano volaba muy bajo, en dirección al mediodía.

—Da una vuelta de campana —ordenó.

El distante aparato giró pausadamente sobre sí mismo, de arriba abajo.

—O.K. —exclamó su jefe—. Ahora te tengo localizado.

Detuvo su “roadster” en mitad de la carretera. Monk guiaba el segundo coche. Sobre sus rodillas se había instalado el cerdo. Hizo alto, a su vez, deteniendo el auto junto al de Doc y salieron de él los tres hombres y Habeas.

Por el bien de Griswold Rock y de sus hombres, que no conocían toda la historia, Doc Savage les dio una explicación resumida de todo lo ocurrido recientemente.

Y mientras lo hacía, hablaba cerca del micrófono, con objeto de que también le oyeran los hombres que piloteaban el distante aeroplano.

Monk demostró particular interés por el recorte de periódico que hablaba de la muerte del mestizo Bruno Hen.

—Conque un tornado, ¿eh? —comentó al final—. Apostaría cualquier cosa a que fueron los monstruos esos los que echaron

abajo la cabaña.

Griswold Rock se estremeció.

—Cuanto mas pienso en los meses pasados, más espantosa me parece mi situación —observó—. ¡He firmado tantos papeles que no he leído!

Doc lo estudió atentamente. En verdad no parecía haber hecho mucho ejercicio reciente. Su grasa era tanta que el hombre de bronce no recordaba haber visto caso parecido en un ser humano.

—Timberland se llama la vía férrea que usted patrocina, ¿verdad? —le interrogó.

—Eso es.

—¿Y es, en realidad, único dueño de los destinos de la vía?

—Sí. No sólo soy su presidente, sino asimismo el principal accionista de la Compañía... suponiendo que por firmar esos papeles no haya renunciado, sin saberlo, a mis derechos sobre ella.

—Trapper Lake, ¿se halla en la línea atravesada por el Timberland?

—Justamente. Tenemos en ella una pequeña estación que no es muy provechosa en beneficios.

El zumbido del aeroplano aumentó de volumen en el espacio; se hallaba al este del grupo y momentos después se hizo visible.

La nave era de un tipo poco corriente y, por su forma, recordaba vagamente al popular autogiro. En realidad era un giro legítimo y se debía a la fabulosa habilidad de invención del hombre de bronce.

Una de sus hazañas más notables era la de poder despegar del suelo levantándose en sentido vertical.

Ahora se estacionó a menos de cincuenta pies de altura sobre las cabezas de los cuatro hombres. Se abrió la puerta de la cabina y apareció una mano.

Era una mano enorme, casi un cuarto de libra de huesos y cartílagos encerrados en una piel gruesa como la del rinoceronte. El dueño asomó la cabeza. Tenía un semblante largo y huesudo, y una expresión melancólica.

Con la otra mano movió una palanca y en el acto dejó de zumbar el motor.

La aeronave no hizo el menor ruido.

—No estamos de suerte —gritó. Su voz sonaba como el rugido de un león.

Era Renny.

—Long Tom se encuentra más al Oeste —les anunció—. Ya sabe que has visto el aparato de Johnny.

Y, sin más, hizo describir al giro una vuelta completa y voló por encima de la singular mansión amurallada con su red de cables de metal.

De ella se elevaban todavía grandes nubes de humo. Renny describió varias vueltas en tanto a la hoguera; luego volvió a volar por encima de la cabeza de Doc.

El corpulento ingeniero había adoptado una exclamación para su uso particular, de la que echaba mano a la primera ocasión, y la empleó ahora.

—!Por el toro sagrado! —exclamó—. Es una casa que me parece de lo más peligroso.

Luego obligó a ascender al aparato y siguió la carretera a distancia.

Griswold Rock había seguido con interés sus evoluciones y dijo a Doc:

—He leído en los periódicos que le siguen cinco camaradas. ¿Es uno de ellos ese caballero de la mano grande?

Doc afirmó con un gesto.

—Es uno de mis compañeros —respondió luego—, y también uno de los mejores ingenieros que conozco.

Del altavoz situado dentro del “roadster” de Doc salieron las palabras que había estado esperando.

—Aquí está el camión, Doc —dijo una voz aguda.

Griswold Rock se estremeció visiblemente. Las ramificaciones del sistema de comunicación de Doc se hallaban fuera del alcance de su comprensión.

—¿Quién ha hablado? —preguntó.

En lugar de contestar, Doc puso en movimiento el motor del coche. Tenía el hábito desconcertante para quienes no le conocían a fondo, de no atender a las preguntas que no quería contestar.

De lo contrario hubiera dicho a Griswold que la voz pertenecía a Tomás Roberts o Long Tom, el mago de la electricidad, cuyas aportaciones a la Ciencia eran de una importancia considerable.

—¿Dónde está ahora Long Tom?

—En la Hudson Turnpike. Se dirige al Norte.

—Voy a ver si consigo atraparlo —declaró Doc, con acento sombrío.

Griswold hizo una mueca y palideció.

—Oiga: ¿no podrían dejarme en algún sitio? —suplicó.

Doc, Ham y Monk le miraron con curiosa expresión. Por regla general, cuando un hombre tiene miedo, echa unas cuantas bravatas para disimular sus temores. Mas, por lo visto, aquel individuo era distinto de los demás.

Estaba asustado y no se cuidaba de disimularlo.

—Soy muy cobarde —confesó, con un gemido,— y además me inspiran verdadero temor esos miserables.

—¿Quiere que se les castigue? —inquirió Monk.

—¡Oh, claro que sí! Pero... no deseo ser yo quien lo haga.

Ham contempló pensativo el extremo de su bastón. Aparentemente reflexionaba cómo un hombre falto evidentemente de valor, había llegado a ser presidente de ferrocarriles.

Los grandes financistas a quien él conocía, eran hombres valerosos.

—Usted vendrá con nosotros —le ordenó Doc—. Ya cuidaremos de que no le pase nada malo.

Con frecuencia, en el pasado, Monk y Ham habían visto cómo la voz de Doc operaba milagros, pero nunca fue tan eficaz como entonces.

Griswold Rock pareció sacar valor de su acento enérgico y decidido.

—Con ustedes me siento tan seguro como en cualquier otra parte —respondió, y se metió en el "roadster".

El coche arrancó y se lanzó carretera adelante, con tan espantosa velocidad, que le movió a lanzar una exclamación y a agarrarse con fuerza a una portezuela. Observando, sin embargo, la pericia con que Doc le conducía, se fue tranquilizando y después de haber recorrido una media milla descansaba sobre los almohadones del asiento, aun cuando la aguja danzaba en el velocímetro, marcando ciento treinta y cinco por hora.

—¿Ves todavía al hombre? —preguntó Doc, aplicando la boca al aparato de radio.

—Vuelo por encima de él —replicó, por radio, la voz de Long Tom.

—¿Estás seguro que se trata del auténtico camión?

—Segurísimo. Los lentes del fluoroscopio denuncian la presencia del compuesto químico que usas siempre.

Griswold Rock arrugó la frente al oír tales palabras.

—¿Ha puesto algo en el camión para identificarlo?

—Hice fuego sobre él —le explicó Doc—. Las balas que uso están llenas de un ingrediente que irá manchado las paredes del camión al deshacerse sobre ellas.

El hombre gordo movió las manos.

—Por mi vida que no comprendo cómo eso basta para ayudar a usted —exclamó.

—A simple vista el compuesto químico no ofrece nada de extraordinario. Apenas se nota. Pero tiene la propiedad de emitir vivo resplandor o florescencia cuando se le somete a la luz de los rayos ultravioleta. Por ejemplo: la vaselina ordinaria posee igual propiedad. Sólo que brilla con diferente matiz, posee color propio.

—Pero usted ha hablado además de unas lentes.

—¡Ah, sí! Como, por regla general, las marcas luminosas son muy pequeñas, y como ahora estamos en pleno día, se necesita la ayuda de unas lentes especiales para hacerlas visibles.

Le interrumpió el sonido característico de metal cuando choca rápidamente con una madera. Aquel sonido salía del altavoz.

—Doc —le comunicó la voz excitada de Long Tom,— esa gente lleva una ametralladora.

El sonido se intensificó, ahogando la voz del mago de la electricidad.

Luego cesó por completo, con brusquedad aterradora.

—Ese tableteo indica la presencia de una ametralladora —gimió Griswold Rock.

Doc Savage no dijo nada. Colocó el pie sobre el acelerador y el velocímetro marcó una creciente velocidad. En su esfera se sucedían las cifras con aterradora rapidez.

Por espacio de algún tiempo Griswold no reparó en el nuevo paso que llevaban, mas, como casualmente mirase el velocímetro, se tornó blanco como el papel.

CAPÍTULO XII

EL TUNEL

ANTES de descender, Long Tom estudió con los gemelos, el rojo camión.

Sobre todo lo vigilaba, temiendo que se hubieran abierto aspilleras en sus paredes. Pero no distinguió ninguna.

Más adelante descubrió, a su costa, que habían sido disimuladas por las cabezas de los remaches que mantenían unidos los costados de la carrocería.

Una sucesión sibilante de postas de plomo que mordieron, furiosas, en el ala del aparato, fue la primera noticia que tuvo del desastre.

Convertido en arroyo grisáceo, avanzó en dirección a la cabina.

Long Tom piloteaba un aeroplano difícil de describir. Desde luego no era el giro ni la otra nave ultramoderna de Doc. Este se servía de ella para pasar inadvertido, en ocasiones, ya que las otras eran más conocidas.

El aparato se inclinó pesadamente sobre un ala, mientras Long Tom pisaba el pedal del gobernalle y asumía el mando. Después logró desviarse de la línea seguida por los disparos.

Ya a salvo, movió otra palanca de la cabina. Se descorrieron unas escotillas y apareció una ametralladora. Ésta disparaba conectada con la hélice.

Del camión salieron más fogonazos. Cada una de las postas dejaba una estela gris tras de sí. Aquellos hilos metálicos ondulaban, semejantes a una serie de copos de nieve llevados en alas del viento.

La ametralladora de Long Tom disparaba en obediencia a los mandos de Bowden. Trazó un círculo perfecto en torno al camión y

su mano asió los mandos.

La ametralladora sacudió su dorso de hierro y vomitó una llamarada.

Semejantes a hilos tejidos por una invisible araña, las postas de la ametralladora descendieron, iluminadas por los rayos del sol poniente, hasta el camión. Sin embargo, sus impactos eran señalados por un fuego químico y las balas se diseminaban en forma de lluvia menuda en el aire.

Long Tom sintió estremecerse la nave bajo sus pies. El mango se agitó en su mano mientras una lluvia de balas azotaba los mandos y jugó con el mango a fin de evitar el incendio del aparato.

Este no había sido hecho para el combate. Era en exceso pesado y tardo.

Una sucesión de postas vino a chocar contra el motor. Su sonido producía la sensación de rápidos martillazos. El motor se paró.

Long Tom obligó a virar al aeroplano y miró hacia abajo. Lo que vio le movió a rechinar los dientes. El único terreno a propósito para poder aterrizar felizmente era un claro situado al borde del camino. Aterrizar con el aparato en cualquier otro punto hubiera ocasionado la catástrofe que precisamente trataba de evitar, pues en torno al camino se alzaban montes abruptos, rocas y árboles.

Moderando la marcha del aparato, asestó su nariz en línea recta del claro entrevisto. Todavía funcionaba la hélice cuando saltó por la borda y corrió a refugiarse tras de los árboles más próximos.

Había dado escasamente unos doce pasos, cuando sonó a su espalda el tableteo de una ametralladora y vio sobre su cabeza líneas color de plomo.

Delante de él se levantó una nube de polvo sobre el camino. A la izquierda se abría un foso y saltó dentro de él. La ametralladora continuaba disparando.

—Cogedle vivo, a ser posible —exclamó una voz.

Y le cogieron. Como el foso era poco profundo, no consiguió huir a rastras y, para colmo, no llevaba encima ningún arma.

Le apresaron cuatro individuos que saltaron al foso, a la carrera. Eran cuatro facinerosos, sujetos que seguían la senda del crimen desde tanto tiempo atrás que se les conocía en voz y acciones.

—¡Diantre con el mozo! —dijo uno de ellos, con acento de mofa —. Si parece salir de un hospital.

Y a continuación los cuatro le amenazaron con las ametralladoras. Estas pertenecían al tipo empleado para la aviación de guerra y disparaban cartuchos de gran tamaño.

Los hombres las llevaban en bandolera, esto es, cruzadas por el pecho y espalda, mediante complicado aparato de nueva invención, que les defendía de un retroceso del arma.

Long Tom saltó del foso y le registraron.

—¿Quién eres? —le preguntó uno de los facinerosos.

Long Tom se hizo el sordo. Un segundo bandido se le acercó por detrás y le asestó un feroz puntapié.

—¡A ver si hablas ahora! —rugió.

Todavía vibraban las cuerdas vocales en su garganta cuando el puño de Long Tom fue a chocar con su barbilla. El golpe sonó como una fuerte palmada.

El facineroso puso los ojos en blanco y cayó sobre pies y manos, sacudiendo la cabeza.

—Ahora verás —dijo un tercer facineroso, en son de amenaza; y le apuntó con la ametralladora.

—¡Eh, calma, calma! —gruñó el cuarto—. Debemos llevarle ante el amo por si quisiera tomarle declaración. Algún motivo habrá, y debemos saberlo, para que haya pretendido ametrallarnos desde lo alto.

—Antes permíteme que le dé una tunda, Hack —le rogó su compañero.

—Calla, demonio. El amo no querrá que se le pegue.

Esposaron a Long Tom de pies y manos y le llevaron a rastras al camión. Al lado del coche estacionado, aguardaba otro individuo, danzando de impaciencia.

Era alto y delgado, pecoso y llevaba bigote tan negro como sus cabellos.

Al relatar por radio su historia, Doc le había descrito detalladamente.

Era el asesino de Carlos MacBride. Long Tom lo recordó al punto.

—¿Por qué no le habéis ametrallado? —preguntó, señalando al prisionero.

—Por si acaso desea el amo ajustarle antes las cuentas, Caldwell —replicó el llamado Hack.

Caldwell, que no se había molestado, evidentemente, en ocultar su apellido durante el viaje en aeroplano, reflexionó un momento antes de responder:

—No. Sería arriesgado. Fusiladle ahora.

Los cuatro facinerosos levantaron simultáneamente las ametralladoras.

Nunca como entonces le fue dado a Long Tom mirar de frente a la muerte.

—¡Aguarda! —ordenó, de pronto, Caldwell—. Mejor será que lo coloquemos en el interior del camión.

Como el camión era muy amplio, cupieron cómodamente en él, Long Tom y sus cuatro apresadores. Caldwell se encaramó en la parte trasera.

El motor trepidó y el camión se puso en marcha. Corría raudo como una centella redoblando su velocidad para ascender las cuestas.

Long Tom prestó oído. El monstruo, quienquiera que fuera, que había irrumpido a través del suelo de la casa de Griswold Rock, debía ahora hallarse en la parte trasera del camión.

Esperaba poder identificarle durante el trayecto guiándose por el sonido que produjera. Mas no logró oír nada que pudiera dar luz a su entendimiento.

Los bandidos le habían arrojado de un empujón sobre el asiento y desde él contempló el espacio. A veces divisó aeroplanos pero, tan lejos, que no pudo precisar si pertenecían o no a Doc.

La puesta de sol se verificó con inusitada rapidez, a causa de la simultánea aparición de un banco de nubes que acompañó su descenso por el Oeste.

—Procedemos de un modo poco sensato —observó de pronto un bandido.

—Nadie te ha pedido tu parecer —gruñó Hack.

—Es posible, mas no puedo desechar la idea de que debemos acabar con él aquí en el camión. Después de las molestias que nos hemos tomado.

—Chist —hizo Hack, interrumpiéndole—. Calla, que puede oírte. No se ha portado bien, ya lo sabemos, y por ello el amo ha decidido desembarazarse de él. Nos valdremos del resto para la gran entrada en Nueva York… ¡Maldito sea! Lo malo es que ahora tendremos que

buscar casa nueva…

—Confío en que la explosión habrá matado al hombre de bronce —declaró otro facineroso.

—¡Silencio! —le ordenó Hack, mirando a Long Tom con el ceño fruncido—, que este pájaro tiene los oídos abiertos.

—¡O. K.! —refunfuñó el bandido.— ¿Qué vamos a hacer tras de desembarazarnos de la carga que llevamos?

—Dirigirnos sin pérdida de tiempo a Trapper Lake —replicó Hack.

La noche había tendido su oscuro manto sobre la carretera. Sin embargo Long Tom no la perdía de vista y se daba clara cuenta del paisaje.

Por espacio de un tiempo ilimitado el camión marchó junto a la vía férrea.

Luego dobló a la izquierda. Desde el asiento veía las vías y postes del camino.

Aun cuando no trataba de huir, sus compañeros no le quitaron la vista de encima en todo el trayecto, sobre todo mientras corrían junto a la vía.

Sus manos se mantenían inmóviles sobre las ametralladoras y el más mínimo movimiento por parte del mago de la electricidad le hubiera costado la vida.

El camión avanzaba sin cesar: por espacio de muchas horas se mantuvo a una velocidad uniforme. Luego el terreno varió bruscamente.

Se tornó escarpado. El camión se vio obligado a hacer alto varias veces y a echarle al motor agua procedente de los riachuelos que hallaban al paso.

Por fin llegó el término del viaje. Como de la parte trasera llegaron a oídos de Long Tom varios rumores, sacó la cabeza por la ventanilla.

En aquel momento, Caldwell salía de las regiones invisibles del camión, empujando delante de sí, con la boca de la ametralladora, a Juana Morris, la ex domadora de los plateados cabellos.

La joven traía esposadas las muñecas y los brazos sujetos a los costados.

Un enrejado de esparadrapo le unía los labios. Como único medio de expresión lanzó en torno suyo aceradas miradas de coraje.

El atenuado resplandor de los faros iluminó a la incongruente pareja.

Caldwell miró a Long Tom y escupió en el suelo, disgustado.

—No dejen escapar a ese pájaro —recomendó a sus camaradas.

—Probablemente habrá estado escuchándonos y debe saber más de la cuenta.

—No hemos hablado nada —aseguró, descaradamente, Hack.

Long Tom mantuvo la boba expresión que asumía. ¿Qué había averiguado?

Por de pronto un dato importantísimo: que la banda tenía instalado su cuartel general en los alrededores de Trapper Lake, Michigan.

—Dinos qué hacemos con él —rogó Hack a Caldwell.

—Dejadle atado en el camión. Para la faena basta con dos hombres. Que me acompañen los otros dos.

—Yo me quedo —le notificó Hack—. He nacido en la región y la conozco bien. El lugar en cuestión se halla cerca de aquí y nos vendrá como anillo al dedo.

—Es lo mejor —asintió Caldwell.

Y el camión siguió rodando. Dejaba en el camino a Caldwell, a la ex domadora y a los dos rufianes.

Tras de recorrer unas doscientas yardas, penetró en un sendero.

La luz de los faros descubrió lo que parecía ser la boca de un túnel que atravesaba, en declive, la falda de una montaña.

A juzgar por las trazas debió hacerse allí un trabajo de zapa en otra época.

El túnel era espacioso y el camión pudo pasar.

Al penetrar en las montañas de la tierra el latido del motor se convirtió en horrísono trueno. Por vez primera Long Tom sorprendió la vibración de algo de gran tamaño que se movía en el interior del camión, a la zaga.

El zumbido del motor molestaba evidentemente al monstruo.

—Confío en que no tratará de escapar —murmuró Hack.

—Las paredes son resistentes y le contendrán —respondió su acompañante.

Long Tom dio, desasosegado, un tirón de los eslabones de hierro que le tenían sujeto. Era más fuerte que la mayoría de los hombres que transitaban por la calle, a la sazón, sin embargo, sus músculos

no lograron hacer saltar ni uno solo de los fuertes eslabones de las esposas.

—Comenzamos a intranquilizarnos, ¿eh? —observó Hack con sorna.

Sacó otro par de esposas y trató de ponérselas al mago en los tobillos.

Long Tom se defendió a puntapiés.

El conductor del coche lanzó un juramento. Distraída de momento su atención, lanzó el camión contra la pared del túnel.

El motor dejó de funcionar. Los dos se apoderaron de Long Tom.

Valiéndose, para amenazarle, de culatazos asestados con los revólveres, tirando de aquí y aflojando de allá, lograran sujetarle por el tobillo al mando del volante.

—¡En marcha! —ordenó Hack.

Y saltó a tierra con su compañero. Long Tom oyó rascar algo y después distinguió la llamita roja de un fósforo. Sacó medio cuerpo fuera del coche y logró ver a los dos hombres.

En aquel momento le aplicaban el fósforo a una mecha que iba a parar debajo de la caja de herramientas que llevaba el camión a la zaga.

La mecha siseó y despidió chispas. Los dos hombres giraron, veloces, sobre los talones y echaron a correr. El motor del camión había dejado de funcionar por efecto de la colisión con las paredes del túnel, y en su interior reinaba absoluto silencio, aparte los pasos de los bandidos que se alejaban.

El sonido de aquellos pasos que se iban debilitando, parecióle a Long Tom que acompañaban la partida de su propia vida.

Loco de ira, luchó en vano, por desprenderse de las esposas de acero. Los aros metálicos le arrancaron la piel de las muñecas y de los tobillos, le cortaron la carne, le rasparon los tendones. Pero siguieron sujetándole.

En la parte de atrás del camión se agitaba el monstruo. Ignoraba si podría contar con él para salvarse, pero, aun así, deseando conservar la vida a toda costa, comenzó a gritar:

—!Rompa las paredes! Esos bandidos tratan de hacernos perecer.

Violento huracán conmovió las capas del aire dentro del coche, sonó un impacto y, a continuación, grandes golpes.

El monstruo se daba cuenta, al cabo, del siniestro significado de lo que se tramaba. O había entendido a Long Tom o presentía el peligro.

El mago miró al exterior, extendiéndose cuanto se lo permitió la cadena del tobillo. El fuego chispeante se había ya desparramado por la mecha y desaparecía dentro de la caja.

El forcejeo del monstruo hacía oscilar sobre los muelles al camión.

Long Tom abrió la boca. Su intención era emitir un segundo grito. El grito murió, empero, en su garganta antes de nacer.

Cerró bien la boca y aplicó el oído. Acababa de captar un sonido imposible de describir por lo sobrenatural. Era una nota emocionante, fantástica que lo mismo podía ser una queja, o el lamento de alguna ave exótica perdida en las sombrías profundidades de la antigua mina.

Era el grito de Doc Savage.

—¡Doc! —Bramó Long Tom.

El gigante de bronce apareció en la boca del túnel y avanzó por la resbaladiza pendiente. De vez en cuando oscilaban los rayos de la lámpara que llevaba en la mano.

Esto sucedía cada vez que, de un salto, esquivaba los grandes trozos de roca faltos de puntal que habían caído del techo de la abandonada excavación.

El hombre de bronce manipuló en la cerradura de la caja de herramientas, que era de acero y tan sólida coma el resto del camión.

Abrirla hubiera sido obra de una llave o de un instrumento cortante.

Dentro del camión seguía luchando, en vano, el monstruo. Doc se colocó de un salto junto a su parte posterior. Un inmenso cerrojo aseguraba las puertas macizas. Estas eran muy fuertes y no logró abrirlas.

Entonces penetró en el pescante y asió la cadena de acero que tenía amarrado a Long Tom a la caña del volante.

El mago se había esforzado en vano por romperla. Sus tirones ni siquiera habían logrado alargar los eslabones. Ahora se partió bajo los dedos de Doc como si fuera de papel.

Long Tom fue sacado fuera del coche y llevado hasta la boca del

túnel con vertiginosa rapidez. La luz de la lámpara la teñía de blanco y a su resplandor los salientes de las paredes despedían sombras temblorosas, impresionantes.

Aquí y allá aparecían grandes trozos de carbón desintegrados por una larga exposición al aire. El suelo del túnel, de pizarra gris, patentaba todavía las huellas dejadas por el tránsito de las vagonetas, huellas que aparecían atravesadas por los hondos surcos de las ruedas del camión.

Long Tom se mordió los labios. Sin que él mismo se diera cuenta, contenía la respiración. ¿Sonaría la explosión antes de que hubieran salido del túnel?

No sonó. Doc Savage franqueó la entrada y torció a la derecha.

En su apresuramiento hizo ruido. Unas piedrecillas rodaron bajo sus pies y los arbustos se movieron.

Atraído por aquellos sonidos desde un punto distante por lo menos unas cien yardas, una potente lámpara de bolsillo bañó a los dos hombres en su albo resplandor. Luego, sonaron gritos de furor.

—¡Demonio! ¡Si es el hombre de bronce! —aulló Hack.

Dos bocas de ametralladoras vomitaron llamas, semejantes a las rojas pupilas de un rostro que tuviera por boca la luz esplendorosa de la lámpara de bolsillo.

Las balas pasaron tan cerca de Doc y de Long Tom que su vibración peculiar rasgó el aire, semejante al estallido de una varilla de cristal.

Simultáneamente, de la boca del túnel se escapó un gran rugido convulsivo.

El redondo agujero vomitó violentamente polvo, pizarra y pedazos de carbón. Era como la boca encendida de un gran cañón.

CAPÍTULO XIII

¡A MICHIGAN!

LA detonación del explosivo dentro del túnel provocó una especie de terremoto, tan violento que Doc perdió el equilibrio, a pesar de su extraordinaria agilidad.

Los cascotes fueron despedidos de la boca del túnel con fuerza suficiente para caer a muchas yardas de distancia, en dirección al punto ocupado por Hack y sus compañeros.

Al azotarles la granizada de los escombros, la pareja cesó de disparar y, o bien les rompió una roca la lámpara de bolsillo, o bien la apagaron, porque desapareció su resplandor.

Cargado con el esposado Long Tom sobre los robustos hombros, Doc se hundió en la oscuridad de la noche. La montaña que el túnel horadaba era muy fina y, los dos hombres corrían peligro porque la voladura podía derrumbar su cima y ésta caería sobre ellos irremisiblemente.

Desde luego la fuerza de la explosión pareció levantar la montaña en peso.

En la ladera se abrieron grandes grietas, semejantes a bocas descomunales.

Los árboles se retorcieron, rocas y tierra fueron lanzadas a lo alto mientras que de las grietas se escapaba un chorro de gas. Luego se asentó de nuevo la cima entera de la montaña entre grandes remolinos de polvo.

La boca del túnel se cerró herméticamente. Ecos de la explosión sonaban por doquier en confusa algarabía semejantes a gigantes invisibles que contendieran entre sí, hasta que se perdieron, apagándose en lontananza.

Fuera cual fuera la naturaleza del monstruo encerado dentro del

camión, había perecido en la voladura, enterrado bajo cientos de toneladas de piedra, pizarra y tierra.

Doc depositó en el suelo a su compañero. Como prueba de que la hazaña llevada a cabo por Doc no era obra del momento, ahora se rompió también bajo la mano musculosa, la cadena que aseguraba los tobillos y muñecas de Long Tom.

—¿Cómo llegaste hasta aquí, Doc? —le interrogó el mago de la electricidad.

—Renny me tomó a bordo del giro —le explicó su jefe—. Valiéndonos de los rayos ultravioleta localizamos el camión y le seguimos hasta perderle de vista después de haber entrado en el túnel. Entonces me dejé caer con el paracaídas, deseoso de averiguar lo que había sucedido.

—Antes de llegar dejamos en tierra a la señorita del cabello gris —le notificó Long Tom.

Con la desconcertante rapidez de un espectro de bronce, desapareció Doc Savage en las tinieblas. Se dirigía en línea recta hacia el punto donde sonaran poco antes los tiros de revólver.

El polvo giraba en ondas asfixiantes. Los bancos de nubes que habían precipitado la puesta de sol invadieron el espacio con su masa plomiza.

Nubes y polvo combinados hacían la noche sumamente oscura.

Allá arriba sobre su cabeza, oía débiles sonidos sibilantes. Cualquiera los hubiera tomado por ráfagas de viento.

En realidad eran los sonidos producidos por los motores silenciosos que movían el giro de Renny y el aeroplano de tipo novísimo de Johnny.

Este había aterrizado poco antes y ahora llevaba consigo a Monk, Ham, y al gordo Griswold Rock. A este último no le entusiasmaba mucho la idea de viajar por los aires y había confesado que les tenía miedo a los aeroplanos, mas no le valió. Sirviéndose de sus extraordinarios órganos del olfato y del oído, Doc Savage se dio cuenta de la huida de los tiradores. Los fugitivos se habían dirigido al antiguo camino de la mina.

Como sorprendiera los ruidos apenas perceptibles de su marcha, apretó el paso. Su presa se le escapaba. Salió a un campo llano contiguo a la carretera. Doc percibió allí un olor persistente a gasolina.

Extrajo de uno de sus bolsillos un diminuto aparato portátil de radio y abrió una llave, aplicó los labios al aparato transmisor del sonido.

—¡Renny, Johnny! —llamó.

—Aquí estoy —contestaron a la vez.

—Encended las bengalas —les ordenó Doc—. El aire está impregnado del olor de gasolina y, o mucho me engaño, o esos bandidos tienen un aeroplano escondido por aquí.

La deducción de Doc era acertada y se comprobó a poco, al sonar el zumbido del motor de un aparato por encima del campo llano.

Allá en lo alto, casi junto a los flancos de las nubes plomizas, surgió una luz.

Rivalizando en brillo con el sol, bañó la tierra de deslumbrante resplandor y puso de relieve hasta la más insignificante brizna de hierba.

Era la bengala pedida por el hombre de bronce. Descendió pausadamente sostenida por un pequeño paracaídas. Su intensidad parecía aumentar a medida que se alejaba de las nubes.

Doc vio al aeroplano. Era un aparato de ala baja que parecía velocísimo. El propio Caldwell iba dentro de la acristalada cabina del piloto, llevando los mandos.

Sin dar tiempo a que se calentara el motor, Caldwell llenó el depósito de gasolina, y la nave alzó la cola y se deslizó a campo traviesa.

Gracias al resplandor de la luz de calcio, Doc logró distinguir un rostro de mujer pegado a los vidrios de la cabina.

Por lo visto seguía prisionera la ex domadora de los plateados cabellos.

El aeroplano despegó. En lo alto, el giro de Renny y el aeroplano de Johnny descendían, en espiral, prontos al ataque.

Doc les dijo por radio:

—Vigilad, muchachos, la señorita va en el aeroplano.

Sin embargo, la advertencia era innecesaria. El aparato de Caldwell ascendió con increíble rapidez. Negros nubarrones, muy bajos, invadían el espacio hacia el Oeste.

La nave se dirigió hacia ellos; era el momento de despegar, la luz de la bengala le había descubierto el número de la matrícula a

los ojos penetrantes de Doc, que tomó nota grabando aquel número en la memoria, con su notabilísimo poder de retención.

Antes de que pudiera ser alcanzada, la llave se perdió entre las nubes.

—¡Por el toro sagrado! —la voz de Renny sonó desde el giro en los oídos del hombre de bronce—. Cualquiera le sigue ahora…

Lo mismo el giro que el aeroplano de Renny, más veloz, describieron grandes círculos. Buscaban el perdido aparato e incluso el de Johnny se elevó por encima de las nubes.

Allí, la luna bañaba de luz azulada los cielos. Pero ni así lograron descubrir el rastro dejado por la nave.

Caldwell había conseguido escapar. Johnny echó otra bengala al espacio, descendió con el aparato y aterrizó.

Su aterrizaje fue un poco violento lo cual, dada la velocidad considerable del aeroplano, no era de extrañar.

Long Tom se había reunido a Doc y vio salir a Johnny del aeroplano.

—Con seguridad que está más emocionado que nunca —comentó.

Y así era. Detrás del mago de la electricidad venía Griswold Rock. Su rostro grasiento estaba más blanco que el papel y chorreaba sudor. Sus manos temblaban.

—Aborrezco los viajes por el aire —dijo en tono quejumbroso. Me asustan.

De modo que únicamente Doc pudiera oírlo, observó Long Tom:

—Todo le asusta a ese gordinflón.

Renny obligó a descender a su giro y obediente, el aparato se posó suavemente sobre el campo.

Entonces saltó a tierra y les indicó, con el puño, el espacio.

—¡Por el toro sagrado! ¿Cómo les seguiremos la pista? —deseó saber.

—A juzgar por lo que he oído —explicó Long Tom a sus compañeros—, la banda se aloja en un punto determinado de Trapper Lake, Michigan, y seguramente van a dicho punto los ocupantes del aeroplano, para reunirse con su jefe.

Griswold Rock alzó sus manos regordetas para expresar su incredulidad.

—Supongo que no cometerán la imprudencia de seguir a ese

aeroplano —exclamó—. Es muy peligroso. Esas gentes son capaces de todo, como han visto.

Renny, el de los grandes puños, se encargó de contestar:

—Nuestra vida está consagrada a faenas de esa especie.

Griswold Rock sufrió un estremecimiento que puso en conmoción la parte grasa de su cuerpo.

—Soy un cobarde —confesó con un lamento—. No cuenten conmigo para esa expedición. Prefiero retirarme, por ejemplo, a Sudamérica hasta que todo haya concluido.

Sin hacerle caso, Doc comenzó a esbozar su futura línea de conducta.

—Renny —dijo, dirigiendo la palabra al ingeniero,— tus conocimientos de ingeniería incluyen, si no me engaño, los modernos métodos de excavación.

Probablemente sabrás además adónde y cómo reclutar rápidamente hombres y maquinaria.

Renny afirmó con una inclinación de cabeza y su rostro asumió sombría expresión. La expresión era engañosa, sin embargo, pues cuanto más sombrío estaba exteriormente, tanto más disfrutaba en su interior.

—Dirigirás los trabajos de excavación de la mina cerrada por la explosión —le indicó Savage—. Cava en ella y ve cómo era el monstruo fallecido.

—O. K. —respondió Renny.

Doc se dirigió luego a Ham.

—Tú examina todos los documentos y papeles relativos al estado de la Compañía Timberland de Ferrocarriles que preside míster Griswold Rock y procura desenterrar algo de valor. El propio Griswold deseará saber, con toda seguridad, qué clase de documentos se le ha obligado a firmar últimamente.

De pronto, el hombrecillo gordo amenazó los cielos con el puño cerrado y una oleada de sangre tiñó sus mejillas.

—No se molesten en buscar al jefe de esos bandidos —exclamó —. Es el químico Pere Teston.

Por una fracción de segundo pareció que iba a oírse la nota vibrante de Doc y sus compañeros mostraron marcado interés, pues el sonido indicaba que el hombre de bronce acababa de oír algo que consideraba de importancia.

—¿Químico? Lo ignoraba.

—¿No se lo he dicho? —Griswold Rock se rió confuso—. Claro, en la excitación del momento se me olvidó este detalle. Pero no tiene importancia.Teston es un químico muy divertido.

—¿Por qué?

—Porque tiene ideas muy originales. Le vuelven loco las tareas del campo y se obstina en que pueden desempeñarse de un modo científico. Siempre habla, sobre todo, de aumentar la eficiencia de los animales de labor. Tanto le absorbía esta idea que descuidaba su trabajo y por ello le despedí.

—¿De qué manera piensa aumentar ese rendimiento de los animales de labor? —interrogó vivamente Doc.

—¡Qué sé yo! —el hombre gordo se encogió de hombros—. No presté mucha atención al asunto; Fue otro empleado quien me hizo caer en ello. ¡Ojalá no le hubiera perdido de vista!

Doc le hizo todavía algunas preguntas sin resultado, evidentemente.

Griswold Rock no podía darle más informes de importancia.

—Conste que no les acompañaré a Michigan, ¿eh? —dijo, para terminar.

—No tenemos intención de obligarle a que comparta nuestros trabajos —replicóle Doc—. O si lo prefiere, puede quedarse aquí, en el estado de Nueva York.

—Y nosotros, ¿dónde iremos? ¿A Michigan? —preguntó Long Tom.

—Precisamente —afirmó Doc Savage.

CAPÍTULO XIV

HACIA EL NORTE

EL resto de la noche y una parte del día siguiente se distinguieron por el tranquilo pero continuo movimiento de los hombres de Doc.

Renny, el de los grandes puños, fue a ver a contratistas e ingenieros, reunió picos y palas mecánicas, toda una flotilla de vagonetas y de trabajadores y después comenzó en la mina cerrada los trabajos encaminados a asegurarse de la naturaleza del monstruo que había enterrado la banda de Caldwell.

—Creo que me llevará tiempo —manifestó.

Ham, el famoso abogado, se puso al trabajo dedicando un examen minucioso a los papeles de la Compañía Timberland, presidida por Griswold, pues, aunque el ferrocarril circulara por el Michigan, tenía instaladas sus oficinas era Nueva York.

—Me instalé aquí —les explicó Griswold—, porque me desagrada la región septentrional del Michigan. La considero excesivamente fría para mí durante el invierno.

Ya en las primeras horas destinadas al examen de los documentos, Ham desenterró varios dignos de interés. Ante todo, se había obligado a Griswold a que firmase varios cheques, que, en total, componían casi el valor de un cuarto de millón de dólares.

Pere Teston aparecía como tenedor de aquellos cheques porque su nombre estaba escrito en ellos y también en el endoso de las letras de cambio.

Mas, no pareció inquietarse gran cosa por aquella incursión peligrosa a sus finanzas. Por lo visto soportaba bien las pérdidas de dinero.

En cambio le ponía frenético la amenaza de un peligro personal.

—En realidad he tenido mucha suerte —decía, haciendo alusión

al riesgo corrido recientemente. Y se frotaba las manos lleno de contento.

Otro detalle interesante descubierto por el abogado, fue el hecho de haber comprado recientemente la Compañía grandes cantidades de provisiones.

Estas se componían, en su mayor parte, de cientos de sacos de harina y de varias toneladas de carne en conserva. A continuación venían cereales a carretadas.

—Las órdenes de adquisición de tales provisiones son, sin duda alguna, las que se me ha obligado a firmar —observó Griswold—. Hoy las veo por primera vez, pero, la verdad es que todas ostentan mi firma.

Ham les siguió la pista y de este modo supo que, metidas dentro de una gabarra, habían surcado las ondas del lago Superior. Después nadie sabía lo que había ocurrido. La barcaza había regresado hacia el desembarcadero, tras de emprender, de noche, su travesía.

—Pues señor, esos bandidos se han provisto de alimentos para todo un regimiento —comentó Griswold lleno de admiración—. ¿Qué significa esto?

—Significa —le contestó Ham— que traman algo muy grande y cuidadosamente planeado.

La declaración conmovió a Griswold.

—Albergo el presentimiento —murmuró estremeciéndose—, de que nos amenaza algo terrible. Esos demonios deben planear algo espantoso. Quizá me vaya a Europa en tanto llega.

—Haga lo que guste —exclamó Ham, disgustado ante tanta cobardía—. Pero antes de embarcar, deme una autorización por escrito. Deseo examinar también los documentos de la Compañía Timberland que se encuentran en Michigan.

—Le complaceré —dijo Griswold. Y firmó la autorización que Ham le presentaba.

Poco después de mediodía despegó Doc. Se dirigía al Michigan y en su compañía llevaba a Ham, Monk, Johnny Y Long Tom.

Cada uno de ellos llevaba consigo las armas y las provisiones que juzgaba indispensables. Renny se quedó en Nueva York, dirigiendo las obras de excavación del monstruo enterrado.

—Yo pienso ira Europa, o quizás a otro punto del globo —les

manifestó Griswold al despedirse.

La ligera embarcación usada por el hombre de bronce para su viaje al Michigan, no sólo era la mayor, sino también la más nueva que poseía.

Era un aparato gigante construido conforme a los planos diseñados por él mismo, que había hecho furor en el mundo aeronáutico.

Avanzaba a una velocidad superior a las cien millas por hora, que es la corriente en los aparatos de su tamaño.

A la puesta de sol volaba sobre la región de Trapper Lake.

Doc llevaba los mandos, había pasado sin dormir toda la noche y parte del día. Para más, había hecho los ejercicios cotidianos.

A pesar de dichos ejercicios, de su intensa actividad y de la falta de sueño, no daba muestras de fatiga. El hecho no llamó la atención de sus compañeros.

Estaban acostumbrados a constatar los poderes de asimilación y de fortaleza de su camarada. El cerdo reposaba sobre una chaqueta en la parte lateral del aparato.

En aquellas regiones septentrionales, el aire era más frío que en Nueva York. Ham, vestido como siempre con un elegante traje de calle, sintió el cambio de la temperatura y echó una ojeada en torno. Buscaba su gabán. De pronto distinguió a Habeas. Los ojos se le desorbitaron.

—¡Ooooh! —exclamó, en un alarido. Y se aproximó al cerdo, blandiendo su bastón.

Habeas corrió a esconderse debajo del asiento de Monk. Ham trató de alcanzarle, pero se lo impidieron las velludas manos del químico.

El abogado lo amenazó con el bastón.

—¡Peludo macaco! —gritó—. Tú tienes la culpa de que el animal haya agujereado mi gabán. Nunca lo había hecho.

Monk examinó el sobretodo en que Habeas acababa de hincar los dientes.

Era una prenda de color, a la última moda, lo mismo en el corte que en la confección. Monk plegó desdeñosamente los labios.

—No te habría ocurrido si te vistieras como Dios manda —observó después—. Habeas ha creído, sin duda, que tu abrigo es un alimento nuevo.

Ham blandió el bastón estoque, pero el aeroplano se inclinó en aquel mismo instante sobre un ala y perdió fuerza; al propio tiempo Ham tuvo que asirse al respaldo del asiento para no perder el equilibrio.

Doc giraba en el aire sobre Trapper Lake.

En aquella remota región forestal se consideraba a la población como una metrópoli de importancia, pues albergaba a unos setecientos habitantes.

El edificio principal era su Hotel —el Guide's House— cuya muestra se veía desde los cuatro puntos de Trapper Lake.

El hecho de que en su mayoría todas las casas fueran construidas con troncos de árbol, le prestaban un aspecto anticuado poco en consonancia con la época moderna en que vivimos.

La vía férrea se caracterizaba por el cuadrado y rojo edificio de la estación.

Cerca de la ciudad no se veía campo adecuado para un aterrizaje.

—Sigamos adelante y amararemos sobre el lago, cerca de la cabaña de Carlos MacBride —dijo el hombre de bronce—. Así, cuando nazca el nuevo día, estaremos en disposición de inspeccionar el terreno.

Johnny mostró su sorpresa.

—¿Cómo hallarás la cabaña? —preguntó.

—No es difícil —repuso Doc, sonriendo—. Sé su situación por el periódico.

Desde la altura en que estaban era visible la playa del lago que se extendía hacia el Norte. Líneas rojas procedentes del sol poniente caían oblicuamente sobre el lago: parecían serpentear con las ondulaciones de las ondas.

En poco tiempo el aeroplano recorrió la distancia que les separaba de la playa. Johnny asomó entonces la cabeza y les señaló un punto con el índice.

—Ahí está —exclamó.

Acababa de descubrir la derruida cabaña de Bruno Hen. Árboles y maleza componían un cuadro de verdor en torno de sus ruinas. Los mismos fragmentos no eran mayores que un puñado de cerillas aplastadas contra el suelo.

El aeroplano de Doc era anfibio, es decir, que lo mismo

descendía sobre el agua, que sobre la tierra firme.

Para amarar desaparecían sus ruedas y eran reemplazadas por flotadores.

Con la pericia de un técnico consumado, Doc le obligó a posarse sobre las aguas y patinó un buen trecho sobre su superficie.

Mas, no le atracó junto a la playa. Movió por el contrario una palanca y descendió mecánicamente un áncora pequeña que tocó y mordió en el fondo del lago. Botes plegables salieron de un estanco y se colocaron sobre el agua.

Los cinco camaradas entraron en ellos y remaron.

Al separarse del costado del aeroplano sonó, en el bosque, el grito tardío de la alondra de los prados y la arenga incomprensible de un grajo.

Peces sin cuento saltaban en torno de los botes, agitando las aguas con sus zambullidas. La escena no podía ser más pacífica.

A pie, los cinco se dirigieron a la cabaña de Bruno Hen.

Ham se apoyó en el bastón y estudió las ruinas a la pálida luz grisácea del crepúsculo. Curiosos individuos habían hurgado en ellas, removiéndolas.

Estas personas habían borrado las huellas que pudieran haber quedado después de la catástrofe y por añadidura había llovido mucho desde entonces.

—Aguardemos a que amanezca —propuso Doc a sus compañeros —, y entonces veremos.

Plantaron sus tiendas en un terreno poco más elevado que el de la cabaña.

Mientras las levantaban los cuatro hombres, Doc se dirigió a remo junto al costado de la nave y allí hizo uso del aparato de radio que encerraba.

—¿Qué estará haciendo? —se preguntó Long Tom en voz alta, al tiempo que plantaba en tierra una estaca.

Lo supo al regresar Doc.

—El aeroplano de Caldwell ha pasado por aquí —dijo a sus compañeros—. Acabo de hablar con los empleados de los aeropuertos que se hallan en el camino de Nueva York y por uno de ellos sé que se le ha visto esta noche. El aparato ha dado varias vueltas, pero, evidentemente, el piloto tuvo miedo de aterrizar, porque siguió adelante.

—¿Y cómo han podido identificarlo? —inquirió con cierta curiosidad Long Tom.

—Mediante el número de matrícula que llevaba.

Sus hombres demostraron visible sorpresa. No se habían dado cuenta de que Doc hubiera dado la voz de alarma.

—Siendo así, por el número sabremos quién es el propietario del aeroplano —exclamó Johnny.

—Fue robado hace un mes a una Compañía aérea de transportes que se encuentra el Sur de la región —replicó Doc.

—Nuevo delito que hay que cargarle en cuenta a Caldwell, Pere Teston, o quien sea que se halle detrás de todo este lío —observó pensativo Johnny.

Cerró la noche. Como la anterior en Nueva York prometía ser muy oscura.

—Va a haber tormenta —afirmó Monk. El velludo químico se ocupaba a la sazón en jugar con el cerdo.

Mientras se hacía la cena, conejos de cola esponjosa se aventuraron a penetrar en la zona iluminada por la luz de la hoguera huyendo apresuradamente cada vez que alguno se movía o hablaba. Los mochuelos lanzaban al viento su melancólico grito.

Los insectos zumbaban con su característico trompeteo y las ranas dejaban oír en las charcas voces de bajo profundo.

Por doquier reinaba una paz deliciosa. Los cinco hombres se dispusieron a pasar la noche metidos en sacos de goma y, como estaban muy cansados, se durmieron enseguida.

CAPÍTULO XV

NOCHE DE TERROR

EL trueno retumbaba en la lejanía cuando Monk despertó al contacto de una mano que Doc le había puesto sobre un hombro.

Todavía no se distinguía la luz de los relámpagos. Monk se estremeció, sondeó las tinieblas con la mirada y balbuceó:

—Hola. ¿Qué hay?

—¡Chitón! —dijo Doc—. Va a suceder algo. Lo presiento.

Monk salió en el acto del saco, con el consiguiente disgusto de Habeas que dormía a sus pies.

El cerdo gruñó, descontento, varias veces, y guardó silencio con súbita brusquedad. Monk pescó una cerilla, la frotó y resguardó con la palma de la mano una vez encendida, de modo que sólo saliera de ella la luz suficiente para alumbrar al cerdo.

Habeas olfateaba el aire lo mismo que un “pinpointer” y tenía erizadas las gruesas cerdas del espinazo. Monk aplicó el oído sin oír nada.

Pero, el cerdo notaba la presencia de alguien, ello era evidente.

—Habeas tiene muy afinados los sentidos —observó Doc con voz queda—. La persona que se acerca al campamento debe hallarse ahora por lo menos a una milla de acá.

—¿Quién podrá ser?

—Aguarda un momento. Vamos a oírlo. —El gigante de bronce se acercó al resto de los durmientes y les despertó. Todos se dirigieron tras de él a un punto distante unos metros del lugar donde acampaban.

Allí se alzaba un aparato singular que Doc había evidentemente erigido mientras dormían sus camaradas. Long Tom, el mago de la electricidad lo reconoció al instante y exclamó:

—Es un aparato auditivo extrasensible.

No se molestó en explicar más a sus acompañantes. Presumía que ya lo sabían.

Doc le dio una vuelta a una llave que conectaba, el altavoz con el amplificador de sonidos y se hizo aparente la cualidad sensible del aparato.

Un mochuelo ululó a distancia y el sonido fue transmitido por el amplificador con tal intensidad que salió del altavoz convertido en potente chillido.

Habeas Corpus gruñó. El gruñido fue también amplificado mil veces.

De súbito salieron del altavoz sonidos extraños a los ruidos nocturnos del bosque. Eran movimientos del agua del lago, zambullidas, borboteos.

A continuación les sucedieron tremendos resoplidos emitidos, al parecer, por un monstruo. Doc cerró la llave del aparato.

—¡Uf! —exclamó emocionado Monk—. Eso suena como si alguien llegara a nado a las orillas del lago.

—En dirección opuesta se halla otra persona —les advirtió Doc —. De momento sólo se acercan dos al campamento, andando despacio.

Tras de un breve intervalo tornó a abrir la llave del amplificador. Esta vez sonaron más fuertes las zambullidas en el agua; era evidente que procedían de dos puntos opuestos del lago.

—¿Nos buscan? —interrogó Monk.

—Ya lo veremos —replicó Doc—. Por de pronto no volvamos a usar el amplificador, a fin de que los sonidos amplificados no sean oídos por los que se aproximan.

Y los cinco hombres aguardaron en completo silencio. De allí en adelante no tuvieron que volver a utilizar el aparato de Doc. La ruidosa arribada a la orilla se dejaba oír con más fuerza a medida que se aproximaba el enemigo.

—¡Ojalá se encuentren los dos en el camino y peleen entre sí! —dijo, intranquilo, Long Tom—. Me parecen tan grandes como elefantes.

Vana esperanza. Los dos seres gigantes se encontraron, mas no se acometieron. Uno de ellos lanzó un bramido estentóreo que concluyó en una tos seca, y escupió.

—¡Por el amor de Mike! —exclamó Monk—. ¡Vaya un tío!

A aquellos sonidos sucedió otro, estridente. Producía la sensación de que el monstruo acababa de propinarle un puntapié a una enorme lata de estaño.

Se chafaron cubiertas de metal; chirriaron los remaches; saltaron los cables de la sección central entre chasquidos espeluznantes.

—Nuestro aeroplano —gimió Monk—. Le están destrozando.

Y avanzó unos pasos.

—Quieto —le aconsejó Doc—. Puede ser peligroso una encuentro con esos seres desconocidos.

Tremendo chapoteo acompañaba a la destrucción del aeroplano, chapoteo que se fue acercando a la playa como si los dos monstruos empujaran delante de sí al aparato.

—Pero, ¿es que no vamos a hacer nada? —interrogó Long Tom, indignado.

—Aguarda. He colocado una máquina fotográfica en la cima de un árbol situado delante de la playa —le explicó Doc,— y me parece que ahora los dos monstruos se hallan en posición de ser fotografiados.

Así diciendo, se agachó junto al amplificador de sonidos y recogió del suelo un objeto metálico poco más pequeño que una pelota de "base —ball", que arrojó en dirección de la playa.

Al explotar la pelota despidió un deslumbrante, cálido fogonazo.

Estaba llena de magnesio, capaz de impresionar una placa en la máquina fotográfica cuyo obturador había Doc dejado abierto al amparo de las tinieblas de la noche.

El fogonazo excitó a los monstruos y corrieron en dirección del campamento, hollando hierbas y maleza.

—Sin duda nos han localizado gracias a la hoguera encendida —observó sombríamente Ham.

—Diseminaos —les aconsejó Doc—. Esos monstruos dan muestra de inteligencia y por consiguiente son peligrosos.

Los hombres se separaron unos de otros sin hacer ruido. Doc Savage se quedó donde estaba, desviándose tan sólo unos pasos de la línea recta.

Entonces volvió a agacharse y abrió un maletín. Este formaba parte de su equipaje y componía todo el que, por fortuna, había sacado del aeroplano.

De él extrajo dos recipientes de metal como de un cuarto de kilo de cabida, y con uno en cada mano aguardó balanceando los brazos.

Eran dos grandes bombas llenas de gases lacrimógenos.

Hasta asegurarse de que por lo menos uno de los monstruos distaba cincuenta pasos de él, no las arrojó lejos de sí. Sólo entonces se decidió a tirarles y ambas estallaron con blanda detonación.

A continuación hurtó el cuerpo con vertiginosa rapidez. Le habían lanzado algo. Ya fuera por casualidad, ya fuera que el monstruo acabara de oír el ruido resultante del lanzamiento de las bombas, lanzó el objeto con fina puntería.

Le tocó a Doc. Jamás había sentido golpe como aquel. Empujado con violencia fue a chocar con el tronco de un árbol, del que salió despedido, topó con otro árbol más pequeño —sin duda un renuevo — y cayó a tierra.

Una vez en el suelo se quedó inmóvil.

Sin embargo, el objeto arrojado no le había dado de lleno. El salto dado casi al propio tiempo en que había sido lanzado le había salvado el pellejo, dándole tiempo para recibir el impacto con los músculos en tensión.

Sólo un instante permaneció tendido sobre la blanda hierba y las hojas secas del bosque. El monstruo le acometía y se levantó.

Lo primero que hizo fue repetir la hazaña de ladearse mientras palpaba con una mano las tinieblas para evitar un nuevo encuentro con árboles y renuevos. Con la otra se registró los bolsillos.

Buscaba la lámpara y la halló, convertida en una masa informe de metal y vidrios rotos. Quedaba inservible después del choque contra el árbol.

Los monstruos penetraron a ciegas en el arbolado, hollaron la maleza sin dar con él. Sus toses, sus salivazos y otros sonidos desagradables demostraron al hombre de bronce que sufrían los efectos del gas.

Uno de ellos giró sobre los talones y volvió a orillas del lago. Su compañero le siguió. Huyeron en la noche con gran estrépito.

Avanzaban a una velocidad vertiginosa sin duda, porque pronto dejó Doc de percibir el ruido atronador de sus pasos.

Entonces se encaminó a la playa, deseoso de posesionarse de su máquina.

La placa impresionada le revelaría la naturaleza de los monstruos. Pero sus pulmones se llenaron de gas. La brisa nocturna, todavía muy ligera, no le había empujado en dirección del lago como era de esperar.

Antes de molestarse en sacar del maletín la máscara antigás, decidió aguardar a que la brisa hubiera dispersado la nube, pues no podía tardar en verificarse el hecho más de unos minutos. Sus hombres volvían al campamento.

—¿Alguno de vosotros tiene idea del aspecto de los monstruos? —quiso saber Doc. No. Ninguno de ellos los había visto. Tampoco ninguno había podido dar con la lámpara de bolsillo durante la incursión. Esto significaba por qué no se había encendido ninguna luz.

Doc sacó una nueva del maletín y, alumbrándose con sus rayos, dirigió una ojeada en torno. Buscaba el objeto que le había sido arrojado.

Al cabo de unos segundos dio con él.

—Caramba, caramba —exclamó Monk sin aliento—. ¿«Eso» es lo que te han arrojado a guisa de proyectil?

«Aquello» era un trozo de roca tan grande como un balde. Doc siguió iluminando el sendero.

—Huellas —exclamó Long Tom—. Ved las impresiones dejadas por los monstruos.

Aparecían toscamente delineadas, rectangulares, destacándose apenas del suelo del bosque.

—Pues son mucho más grandes que las nuestras —observó Monk.

La afirmación no era exagerada. Aquellas huellas eran de una longitud y anchura superiores a las impresas por los pies del químico, que no eran pequeños ni mucho menos.

Pero lo más sorprendente era que carecían de forma determinada.

Doc las examinó y reparó en que oprimían la tierra por igual, sin que se notaran en ella señales de pelos o escamas, ni tampoco de garras.

—Pues señor: no me dicen nada —confesó enderezándose—. Por nuestra suerte tenemos la máquina fotográfica.

Todavía gastó unos quince minutos en inspeccionar el terreno,

notando que estaban aplastados muchos renuevos y que incluso los troncos de varios árboles pequeños se inclinaban bajo el peso de las ramas desgajadas.

—Verdaderamente son muy fuertes esos bebés —comentó Monk.

El gas se había dispersado por entonces.

—Bueno. Gracias que podemos disponer de una buena foto de los monstruos —dijo Doc. Y les precedió camino de la playa.

Al llegar a la ribera cercana, se detuvo. De sus labios surgió y se hizo perceptible el fantástico grito que le caracterizaba. Expresaba cierto disgusto.

—¿Qué sucede, Doc? —preguntó Monk.

—Casi nada —replicó el hombre de bronce—. Los monstruos han hecho papilla el árbol a que había asegurado la máquina fotográfica y han pisoteado esta última. De ella sólo queda lo indispensable para atacar una pipa.

CAPÍTULO XVI

HALLAZGO IMPREVISTO

LA tormenta que apuntaba en el horizonte les amenazó con sus truenos todo el resto de la noche sin llegar a materializarse. Luego, el sol naciente redujo al silencio a los mochuelos, cuyo ulular había cesado con la incursión de los monstruos para no volver a oírse sino al cabo de una hora después.

La alondra de los prados, los tordos y demás aves cantoras, saludaron el nuevo día. Los rayos del astro rey transformaron en gamas fulgurantes las gotas de rocío depositadas sobre las hojas y la hierba.

Doc y sus hombres fueron a inspeccionar el aeroplano. Descansaba en aguas poco profundas, cerca de la playa.

Tenía torcida un ala, casi arrancada; mordido y aplastado el sólido fuselaje; dobladas las hélices.

—Lo han inutilizado del todo —estalló Monk.

Doc se inclinó sobre él buscando huellas de garras. Pero, si las hubo alguna vez, las habría borrado el agua del lago.

Estudió el tamaño de los agujeros abiertos en el fuselaje. Eran tan grandes que daban cabida al cuerpo de un hombre.

La gruesa aleación de metal se había separado por el choque de grandes golpes, lo mismo que si hubiera sido de papel.

—Esos seres tienen una fuerza extraordinaria —comentó Doc.

Dedicó su atención a las huellas dejadas sobre la arena de la playa y en la blanda arcilla de la costa.

—Las huellas han sido impresas por una materia tan resistente como el acero —declaró—. Un pie de carne y hueso demostraría alguna variante en su configuración.

Con atención profunda estudió el terreno circundante. Oculta

por la enmarañada maleza del campamento, en el lugar mismo elegido por el monstruo para lanzarle el trozo de roca, halló, más tarde, una prueba interesante de que los visitantes nocturnos no eran titanes, ni tampoco seres intangibles.

Era un líquido carmesí que rociaba las hojas de las plantas y atravesaba la hierba del bosque en un trayecto muy corto. Aparentemente el monstruo se había herido algún miembro.

Doc Savage invirtió parte de la mañana en examinar los alrededores y convencido al cabo, de que no iba a sacar nada en claro, fue a remover los restos de la cabaña de Bruno.

Más tarde visitó en compañía de sus hombres la cabaña que había alojado a MacBride e hizo una requisa de los objetos que halló en su interior.

La inspección le reveló que no tenía parientes cercanos.

—Es un consuelo —murmuró el simiesco Monk, pues, «in mente», se había contemplado consolando a algún deudo del difunto, ya que tales desempeños recaían siempre sobre él.

Desde la cabaña se volvió al campamento, se preparó el equipaje y se echó a andar con ánimo de cubrir las cinco millas que les separaban de Trapper Lake.

A mitad del trayecto los cinco camaradas desembocaron en un claro herboso rodeado de una compacta línea de coníferas.

El grupo se dispuso a atravesarla cuando Doc se dejó caer de bruces al suelo.

—Abajo —ordenó.

Sus compañeros apenas tuvieron tiempo de abrir las bocas con asombro.

Simultáneamente un silbido penetrante vino a herirles el tímpano.

Todos se tiraron al suelo; todos sabían lo que el sonido significaba.

El silbido señalaba el paso de una potente bala de rifle. La hierba les llegaba a las rodillas, de modo que tirados como estaban en ella, no alcanzaban a ver más allá de unos cincuenta pies de distancia.

—Diseminaos, hermanos —les aconsejó Doc—. Pues es seguro que el tirador de rifle vuelve a disparar sobre nosotros.

—¿Cómo le has localizado, Doc?

Al no obtener respuesta, Monk volvió la cabeza y miró a sus espaldas con intención de repetir la pregunta. El hombre de bronce había desaparecido.

En aquel momento le separaban unos metros del punto ocupado todavía por el grupo de sus compañeros. Avanzaba rápidamente inclinado sobre el terreno.

Un nuevo disparo zumbó entre la hierba. Doc no había descubierto casualmente al tirador invisible.

Desde algún tiempo atrás venía notando la falta de vida volátil en el terreno que atravesaban. Y para su vista experimentada, el hecho indicaba que alguien había asustado a las aves delante de ellos.

Así, se mantuvo a la expectativa. Por ello descubrió el rifle con que les apuntaba el tirador.

El hombre llevaba liado un pañuelo a la cabeza de modo que le dejaba los ojos al descubierto.

Doc alcanzó el límite del claro, se internó en el bosque de coníferas. Sólo allí se enderezó. Convertido en nueva Némesis de bronce, describió un círculo dispuesto a atacar por el flanco al tirador.

Vana esperanza. El tirador huía sospechando sin duda que había errado el tiro. Doc le oyó atravesar la espesura quiso adelantársele y tropezó con un obstáculo inesperado: un muro espinoso.

Por encima del muro, grandes árboles extendían su entrelazado ramaje.

Sin detenerse apenas en su veloz carrera, Doc dio un gran salto, sus manos se asieron a una rama baja y la izaron más arriba. Con agilidad digna de un acróbata se puso de pie sobre la rama guardando perfecto equilibrio.

Sin embargo permaneció tan poco tiempo sobre ella, que pareció que ni siquiera había hecho alto. De un nuevo salto se elevó en el aire, se asió a otra rama y repitió el juego hasta alcanzar las últimas ramas del árbol.

Entonces se deslizó por encima de una de éstas y saltó al espacio.

Para el observador que desconociera el extraordinario vigor de sus músculos, el salto era suicida. Las manos de Doc encontraron la rama de un segundo árbol y continuó adelante por vía aérea.

Su avance implicaba la posesión de una fuera hercúlea, pero, no cabe dudar que se movía a la misma velocidad que el tirador en fuga.

Después de pasar por encima de los espinos, se dejó caer a tierra. Se hallaba sobre la pista de su presa.

Su cambio le había conducido, sano y salvo, a través de la maleza enmarañada, de los sotos de árboles de hoja perenne.

Descendió por una pendiente y surgió delante de sus ojos un tortuoso riachuelo, amplio pero poco profundo.

En el extremo opuesto distinguió un tronco caído sobre el agua. El rastro dejado por el tirador le condujo directamente sobre el tronco.

Al llegar junto a él se detuvo. En torno al tronco el agua era poco profunda y cubría una capa de arena que le pareció sospechosa.

Esta arena había sido removida y revuelta.

De un punto determinado surgían grandes burbujas de aire que estallaban al llegar a la superficie. Era arena movediza. Y aquellas burbujas significaban que alguien se había hundido en ellas.

Es decir: quizá el desconocido tirador de rifle hubiera lanzado una piedra en aquel fondo traidor para jugarle una treta.

Doc recorrió el tronco caído con la mirada. Estaba cubierto de musgo verde.

El musgo no había sido hollado. El tirador no había atravesado el riachuelo y por ninguna parte era lo suficientemente estrecha para poder cruzarlo de un salto.

Doc paseó una mirada a su alrededor. Tampoco había allí ramaje a que hubiera podido asirse para ocultar la huella de su paso.

La ribera opuesta formaba una pared de maleza y árboles enanos, al otro lado de los cuales crecían árboles apiñados. El tirador no podía haber buscado refugio en ellos por consiguiente, y tampoco había volado.

Estaba en el fondo de la arena movediza. No cabía dudarlo.

De uno de sus bolsillos salió a la luz la cuerda de seda y el garfio de hierro de que tan frecuentemente hacía uno. Dobló la cuerda dos veces y la sujetó al tronco de un árbol mediante un nudo corredizo.

Monk y sus compañeros llegaban en aquel mismo instante junto

al riachuelo.

Llegaban arañados y con los trajes rasgados.

El impecable atavío de Ham le colgaba, harapiento, en torno. Por las trazan habían tenido que luchar para atravesar la espinosa pared.

—Eh, Doc —llamó Long Tom, aterrado—. Espero que no pensarás meterte ahí dentro.

Doc no replicó. Anudó los sedosos extremos de la cuerda a una muñeca, dejando de ésta la longitud necesaria para evitar que su brazo se hundiera bajo la superficie del agua.

Una vez hecho esto se tiró dentro del riachuelo. Como había supuesto, su fondo se componía de arena movediza líquida.

Ello explicaba la rápida desaparición del tirador.

Doc se agitó en la arena. No le costó hundirse en su seno. Lo difícil sería cuando tratara de salir de él.

Sus pies tropezaron al cabo, con un cuerpo inerte. Le tanteó y logró sujetarle con las rodillas. Entonces tuvo que hacer esfuerzos hercúleos para izarse a la superficie del agua.

Fue una tarea trabajosa incluso para un hombre de sus fuerzas. Muy poco a poco —su ascensión era apenas perceptible a la vista— se elevó en el agua y llevó consigo su presa.

Grandes tendones que componían el molde simétrico de sus brazos fueron puestos de relieve con el esfuerzo semejantes a cables de acero.

La arena producía ruidos poco agradables, borboteantes. Arriba, en la ribera, tuvieron que contener a Monk, pues quería echarse al agua para ayudar a su jefe.

Por fin Doc libró del abismo al tirador de rifle. Le sacó a la superficie del agua y la depositó en la orilla.

Ahora se le había caído el pañuelo que le servía de antifaz.

Era Caldwell, el asesino de Carlos MacBride. De su pecho, sobresalía el mango de una navaja. Aturdido sobre manera, el magro Johnny jugueteó con el monóculo que llevaba pendiente del cuello.

—El cuchillo —balbuceó incoherente—, ese hombre ha sido asesinado. ¿Es el mismo que acaba de hacer fuego sobre nosotros?

—El mismo —replicó el hombre de bronce.

—¿No hay por ahí las huellas de otra persona?

En lugar de replicar, Doc se puso de pie y corrió por encima del tronco echado a manera de puente sobre el riachuelo.

Al llegar a la orilla opuesta se internó en la espesura. Allí halló una explicación del cuchillo clavado en el corazón de Caldwell.

¡Huellas! En el suelo descubrió la impresión de unas pies calzados con unos zapatos de tipo poco corriente. El dueño de aquellos pies había estado inmóvil largo rato.

Doc siguió la pista del asesino de Caldwell, cosa en que no invirtió mucho tiempo. A unos cien metros a la derecha el riachuelo se derramaba en un hermoso río. El asesino había huido en una canoa.

Doc recorrió las orillas del río primero hacia arriba, luego hacia abajo.

Estudió sus peces —el agua era muy transparente— tratando de averiguar en qué dirección se habían movido al ser asustados por el paso de la canoa.

Pero no esto sino la ausencia de tortugas le dio la respuesta que buscaba. El asesino había marchado río abajo. Doc echó a andar en la misma dirección.

Delante de él vibraba un pausado pop, pop, pop. Era el motor de la canoa.

Diez minutos después cejó en su empeño. ¿Cómo podía competir en velocidad con una canoa provista de motor?

Se reunió, pues, a sus hombres. Estos habían vaciado sobre la hierba el contenido de los bolsillos de Caldwell.

Consistían en un cortaplumas, cartuchos de rifle, una caja de cigarrillos y un papel amarillento, arrancado evidentemente al papel de envolver artículos alimenticios. Sobre él había escritas estas palabras:

“El molino de la muerte.”

—¿Qué querrá decir esto? —dijo Monk en voz alta.

Dejaron el cadáver de Caldwell donde estaba y a guisa de mortaja Monk y Ham le cubrieron con los harapos que de sus chaquetas había hecho el muro espinoso. Poco después llegaban a Trapper Lake.

—No es tan mala como había supuesto —decidió Monk.

Variando poco cortésmente de conversación, preguntó Ham a Doc:

—¿Por qué habrá sido asesinado Caldwell?

—Probablemente porque conocemos su identidad —respondió el interpelado.

—Pero estaba enmascarado…

—No importa. Recuerda que le vimos la cara en el momento de asesinar a MacBride en Nueva York. Esto le tenía convertido en camino para llegar hasta su banda. Era un individuo determinado al cual podíamos seguirle la pista.

—Quizá le haya matado Pere Teston —sugirió pensativo Long Tom.

Doc no replicó. Marchaban en aquellos momentos por el barrio comercial de la población que constaba de una sola calle.

Doc entró en un establecimiento, permaneció un minuto invisible y al cabo volvió a salir al exterior.

—Aguardadme aquí, muchachos —les rogó.

Ham blandió el bastón.

—Oye: ¿qué vas a…?

No terminó la frase. Doc Savage había saltado ya un vallado de madera y corría por entre solares.

En el establecimiento se había informado de todo lo referente al llamado molino de la muerte. El lugar era, por lo visto, un viejo molino situado en las afueras de la población.

Estaba abandonado desde la época en que su último propietario, cogido por las aspas del molino, había sido triturado. De aquí el actual remoquete que se le aplicaba.

Doc distinguió un ruinoso edificio. Mal intencionados rapaces le habían arrancado madera de la pared; su suelo carcomido, parecía atacado de viruela.

Doc se metió por los prados contiguos a la carretera y describió una vuelta completa en torno del molino, pues oía ruido en su interior, algo así como el paso impaciente de una persona.

Junto a la puerta desquiciada apareció un hombre y miró al camino. Era el obeso Griswold Rock, el mismo que pensaba emprender un viaje a Europa cuando lo vio Doc por última vez..

CAPÍTULO XVII

LA MISTERIOSA MISIÓN DE RENNY

DOC Savage avanzó, sin vacilar, y se situó dentro del radio de su visión.

Para estar tan grueso no carecía Griswold de agilidad. Al ver a Doc dio un salto fenomenal. Cayó hacia atrás impulsado por su propio peso y se dio un golpe con el pomo de la puerta.

Aturdido se postró de hinojos, y empezó a temblar.

El temblor aquel era un fenómeno interesante, pues los repliegues mantecosos de su carne parecían hormiguear bajo los saltos convulsivos de ranas invisibles. Transcurrió por lo menos un minuto antes de que consiguiera dominarse.

—Estoy muy contento de verle —dijo.

Las facciones de Doc conservaron su inmovilidad.

—Su telegrama decía que llegaría aquí a esta hora.

—¿Mi telegrama?

—Sí. El que me dirigió a Nueva York cuando iba justamente a emprender mi viaje a Europa.

—Yo no le he dirigido ningún telegrama.

Griswold Rock había logrado ponerse de pie. Mas la respuesta de Doc hizo temblar sus rodillas como si acabaran de cortarle los tendones.

Angustiado, movía los dedos de las manos.

—El telegrama decía que le aguardara aquí —tornó a balbucear —. Llevaba su firma. ¿Le parece que habrá sido un ardid? ¿Querrán matarme?

En lugar de responder Doc recorrió los terrenos anejos de una ojeada. Altas cañas, plantas frondosas, vides entrelazadas que formaban verdaderos laberintos crecían en torno de la casa.

Al fondo del antiguo jardín se alzaban viejos castaños dominando el conjunto. Realmente era un sitio macabro.

—Por lo visto el molino carece de arrendatarios —observó.

Griswold Rock unió ambas manos.

—Me han engañado. Quizá pretenden apoderarse de mí otra vez —siguió diciendo—. O quizá tratan de asesinarme.

Doc entró en el interior del molino y recorrió las enmohecidas habitaciones. Incluso examinó las agrietadas del molino donde había encontrado la muerte el antiguo propietario.

Cubría todo una espesa capa de polvo. Por ello Doc dióse cuenta que nadie, excepto Griswold, había estado allí antes.

—¿Dónde está el telegrama de que me hablaba? —le preguntó.

—En la habitación del hotel. Me hospedo en el Guide's.

—Vamos a verle.

Que la población estaba rodeada de bosques saltó a la vista de los dos hombres cuando estos recorrieron las calles de Trapper Lake.

Evidentemente las planchas de madera eran allí más baratas que el asfalto u hormigón, porque en su mayoría las aceras se componían de la primera.

Los habitantes eran gente robusta, simpática y aun cuando Doc y Griswold eran forasteros, fueron saludados cordialmente.

Aparte de ser el edificio más grande, el Guide's Hotel era asimismo el más nuevo de la población.

Los dos hombres subieron sin detenerse al segundo piso, y allí Griswold abrió su maleta.

—¡Oh, Dios mío! ¡Ha desaparecido! —exclamó—. Alguien lo ha robado.

Doc Savage abandonó la habitación y descendió la escalera. Abajo descubrió al dueño del hotel.

—¿Ha reparado si alguien ha estado rondando en torno del edificio en estas últimas horas? —preguntó.

—En las «dos» últimas horas —corrigió Griswold, que le había seguido—. Hace dos horas que he llegado de Nueva York en aeroplano.

El propietario del hotel era un sujeto de cabellos grises y expresión de buen humor.

—Con excepción de ustedes —declaró—, sólo un forastero ha

estado hoy aquí.

—¿Cómo era?

—Alto, delgado, con grandes bigotes propios de un villano de película.

—¡Ah! ¿Tenía pecas?

—Sí, señor. Me parece que sí.

—Ha sido Caldwell —dijo Doc.

—Por lo menos esas son sus señas —convino Griswold—. Pere Teston es bajo y una vez que se le ha visto no se olvida fácilmente su cara pálida. De modo que el forastero no puede ser él.

Doc no hizo ningún comentario.

—Temiendo sin duda que les comprometiera el telegrama —siguió diciendo Griswold tras de un momento de silencio—, despacharon a Caldwell para que lo substrajera. Le digo que andan detrás de mí y que son muy listos.

—Por lo menos Caldwell no volverá a molestarle —le aseguró Doc.

Su afirmación sorprendió a Griswold.

—¿No pertenece a la banda? —interrogó.

—Ha muerto —En pocas expresivas palabras Doc relató la muerte de Caldwell.

Tenía clavado un cuchillo en el corazón —dijo para terminar—. Sin duda se lo lanzaron mientras se disponía a pasar por encima del tronco tendido. Cayó en el fondo movedizo del riachuelo y el asesino huyó. Hasta ahora no hay pruebas de su identidad.

—Pues, ¿y las huellas dejadas en el bosque?

—Han sido hechas por unos zapatos tan grandes, que no cabe dudar de que el asesino los llevaba puestos sobre otros.

—Ese ardid es muy propio de Pere Teston —exclamó Griswold. Y se estremeció—. Tiene los pies muy pequeños.

Cuando los cuatro hombres de Doc llegaron al hotel, se decidió que harían de la hostería su cuartel general en Trapper Lake.

Doc Savage preguntó si podría comunicarse telefónicamente con Nueva York y se le dijo que no.

Entonces echó mano de su inseparable aparato de radio. Por mediación de una estación receptora de Long Island, que transportaba sus palabras del espacio a una línea terrestre, habló con Renny.

—¿Qué? ¿Adelantan los trabajos de excavación? —le preguntó.

—Adelantan más de lo que supuse en un principio —fue la respuesta del ingeniero—. Esta mañana he aumentado el personal que trabaja en la mina. He encontrado un equipo completo hidráulico de los que se utilizan en el Oeste para la extracción de oro y, actualmente, nos servimos de potentes manantiales de agua para despejar el terreno de escombros.

—¿Has logrado confrontar las huellas dactilares descubiertas en la puerta de la quinta de Griswold Rock?

Monk y Ham cambiaron una mirada que, por aquella vez, era una sorpresa.

He aquí un aspecto insospechado de la cuestión en que no habían pensado…

—Las he confrontado —replicó Renny—, y a continuación se han enviado al Palacio de Justicia.

Renny hizo una pausa, probablemente para dar una orden a uno de sus asociados y después siguió diciendo:

—Lo singular de esas huellas, Doc, es que todas pertenecen a hombres escapados de presidio en estos últimos meses.

—¿Escapados todos de una misma prisión?

—No. Proceden de diversos Estados. Uno huyó de la cárcel de Jeferson City, en el Missouri, otro, del penal de MacAleston, Oklahoma. En lo que todos coinciden es en que se les ha ayudado a escapar desde fuera.

—Esto es significativo —observó Doc.

—Pues aún hay más —declaró Renny—. La Policía tiene un informe escrito sobre Caldwell, cuyo retrato se halla en la galería de criminales. Por dos veces ha estado en el penal.

—¿Por qué clase de crímenes?

—Es un bribón cuya especialidad consiste en sacar hombres de la cárcel. Las dos veces ha estado preso por lo mismo.

—Bueno. ¿Hay algo más?

—No.

La consulta por radio y teléfono, combinados, terminó con esta respuesta.

Doc Savage se volvió a sus camaradas.

Ellos lo miraban, expectantes. El hombre de bronce solía asignarles una ocupación relacionada con sus conocimientos

especiales.

—Monk —observó al químico,— dispón unas cuantas bombas químicas tan potentes que con ellas se pueda derribar a un elefante y emplea, sobre todo, en su elaboración, el gas que produce la inconsciencia.

Monk asintió con la cabeza.

A continuación, Doc asignó trabajo a Ham. El abogado debería continuar su examen de los papeles referentes a la Compañía Timberland de Ferrocarriles.

—Deseo que le ayude usted en esa revisión —manifestó a Griswold Rock.

El gordinflón se echó a temblar.

—Bueno —replicó, gimoteando—. Aunque estoy muy asustado, creo que debo ayudar a ustedes. No gozaré de paz y de sosiego hasta que vea en la cárcel a ese bandido de Pere Teston.

A Johnny, el geólogo, le tocó, por sus conocimientos en materia de terremotos y de los métodos empleados para captarlos, la tarea de fijar en tierra aparatos auditivos sumamente sensibles.

Long Tom le prestaría ayuda.

—El objeto de instalar los aparatos —les explicó—. Es el de captar, por el sonido de sus pasos, la dirección que toman los monstruos.

El resto de la tarde se empleó, pues, en seguir las instrucciones de Doc.

El vulgarote Monk poseía un equipo completo portátil de material de laboratorio que siempre llevaba consigo en las expediciones que emprendía.

Long Tom, el mago de la electricidad, iba provisto, igualmente, de material adecuado. Los dos se sirvieron de él para llevar adelante la idea de Doc.

Éste empleó algún tiempo en trabajar sirviéndose de los aparatos que había traído. Durante largo rato permaneció recluido en su habitación del Guide's Hotel.

Cuando reapareció en la habitación ocupada por sus compañeros, se ocupaba en guardarse en los bolsillos objetos que se parecían a los cartuchos ordinarios de una ametralladora.

Ham y Griswold regresaron al hotel cerca del anochecer.

—He hablado con los maquinistas de algunos trenes de pasajeros

de la Compañía Timberland —dijo Ham—, y traigo noticias dignas de interés. A lo que parece, en los últimos meses transcurridos han viajado en los trenes individuos de caras patibularias que son, no cabe duda, criminales de la peor especie. Todos ellos se han escapado de Trapper Lake...

Ham hizo una pausa. No sabía prescindir de su afición a producir un efecto dramático en el ánimo de sus oyentes.

—Iban en compañía de una persona que todos conocemos...

—No pierdas el tiempo en circunloquios —le aconsejó Monk con un gruñido.

—¿Quién es ese individuo?

—Caldwell.

Griswold Rock se retorció las manos.

—No comprendo —dijo—. Caldwell se ha ocupado en sacar de la cárcel a unos cuantos bandidos para traerlos aquí, pero, ¿con qué objeto?

En ello estribaba precisamente el misterio.

Y todavía se agudizó un poco más con la noticia traída, más tarde, al hotel por el propio Doc que había estado comunicando por radio con Nueva York.

Un nuevo anuncio referente a los monstruos acababa de aparecer en los periódicos de todos los Estados Y, lo mismo que antes, procedía de Trapper Lake.

Con este motivo Doc fue a hacerle una visita al administrador de correos.

En un principio el empleado se mostró poco comunicativo, pero Doc le mostró sus credenciales firmadas por los altos empleados del Gobierno y entonces se apresuró a darle los detalles que pedía.

En efecto, un sujeto desconocido enviaba cartas con cierta frecuencia, a todos los Estados de la Unión. Sí, lo recordaba perfectamente.

E hizo a Doc una perfecta descripción de Caldwell. Tras de llevar a cabo la tarea de elaborar las bombas químicas, Monk fue a dar una vuelta por la población. Dada su afición a inmiscuirse en la conversación sostenida por los extraños, pudo comunicar a Doc a su vuelta al hotel:

—Caldwell libró aquí mismo de la cárcel a un sujeto apellidado Bronson. La puerta de su calabozo fue forzada, hará cosa de un año,

y se acusó a Caldwell de servir de intermediario entre el bandido y las personas que trataban de ponerlo en libertad.

—¿Quién es ese Bronson?

—Una mala persona —replicó Monk—, que ha cumplido condena varias veces por delitos de poca monta.

—¿De qué estaba acusado cuando consiguió escapar de su encierro?

—Esto es lo extraordinario. De robar trampas colocadas por los tramperos locales. La pena aplicada era mínima: treinta días de reclusión. El carcelero declaró que parecía satisfecho de su suerte y por ello sorprendió más su fuga.

Doc reflexionó un momento antes de interrogar: —¿Es decir que Bronson no tenía motivos para desear salir de la cárcel cuanto antes?

—No, desde luego —convino Monk—. Y esto es lo raro.

Griswold Rock expresó su asombro con un ademán y dijo:

—Siendo así, ¿qué motivos tendría Caldwell para libertar a un hombre que no tenía por qué querer salir de su encierro?

Si Doc había pensado en la respuesta de aquella pregunta, no dio muestras de ello. Guardó silencio. Los cinco hombres descubrieron que se comía bien en el hotel y, cosa singular, el que más devoraba de entre ellos era justamente el más delgado: Johnny.

—¿A dónde irá a parar lo que come? —se preguntó Monk, cuando Johnny, después de haber comido abundantemente, se levantó de la mesa con su aspecto enfermizo de siempre, o quizá aún más pálido.

Ham le miró frunciendo el ceño.

—Lo que es tratándose de ti, no cabe duda de que se convierte en vello todo lo que ingieres —observó después.

Más tarde Doc se sirvió de su aparato de radio para obtener comunicación con la ciudad de Nueva York. Trataba de localizar a Renny.

—Hace escasamente una hora que míster Renny ha salido de la ciudad por vía aérea —le comunicó, al cabo, uno de los subalternos del ingeniero.

—¿Que ha dejado la ciudad?

—Sí, señor.

—¿Por qué razón?

—Pues, según parece, los trabajadores hallaron algo importante mientras excavaban en la mina a primera hora de la tarde —explicó el empleado desde Nueva York.

—¿De qué se trata?

—Nadie lo sabe más que el propio míster Renny. Ha sido él quien lo ha encontrado casualmente. En el acto ha ordenado la suspensión temporal del trabajo y él ha dejado también su dirección. Tras de envolver en una lona lo que acababa de descubrir, se lo ha llevado y creen que viaja con él en el aeroplano.

—¿Sabe adónde se dirige el aparato?

—Pues, si no me engaño, a la región septentrional del Michigan.

Doc cortó la comunicación.

—Renny ha descubierto algo importante —comunicó a sus camaradas—. Y viene hacia aquí en aeroplano.

—Entonces, antes de que nazca el nuevo día tendremos noticias de él —repuso Monk.

CAPÍTULO XVIII

CUNDE EL TERROR

AUN cuando carecía de línea de comunicación con los Estados distantes, Trapper Lake tenía una red telefónica local y las habitaciones del Guide's Hotel estaban dotadas de los aparatos convenientes.

Poco después de la medianoche, sonó el timbre del teléfono situado en la habitación de Doc. El mismo hombre de bronce se puso al habla.

—Han atacado a Renny —gritó una voz estridente al otro lado de la línea.

—¿Quién me habla? —preguntó Doc.

Desconocía aquella voz cuyas palabras sonaban lo mismo que las cuerdas altas de un violín.

—Renny lucha con un grupo de hombres en un bosque que se halla situado a una milla al norte de la población —siguió diciendo la voz.

—Bueno, ¿se puede saber o no quién es usted? —preguntóle Doc, impaciente.

—Habito en una cabaña vecina al bosque donde lucha Renny en este momento —le explicó excitado su informante—. Él me ha dado cincuenta dólares para que enterara a usted de lo que ocurre.

Doc Savage se disponía a hacerle otra pregunta cuando un clic metálico le hizo comprender que acababan de colgar el auricular al otro lado de la línea.

—Ham: ten cuidado de Griswold Rock —le ordenó Doc.

El gordinflón se había retirado a su habitación, pero, entonces, apareció en la puerta.

—Le agradezco mucho su cuidado —dijo muy serio—. Me

aterroriza pensar en quedarme solo.

—¿Long Tom, Johnny, tenéis ya instalados vuestros aparatos sismográficos? —inquirió Doc.

—Sí, Doc.

Monk, que le escuchaba, se sonrió, complacido, Por lo visto él iba a acompañar a Doc.

—Trae acá tus bombas —le pidió su jefe—, y deja aquí el cerdo.

Una vez en la calle, Doc y Monk descubrieron que todo el mundo dormía en Trapper Lake. Los faroles se habían apagado ya y sólo una luz ardía en la estación de la vía férrea.

La población disponía de un solo auto de alquiler. Dar con él a aquella hora tan avanzada hubiera sido difícil, por lo que los dos hombres emprendieron a pie el camino del Norte.

Considerando las cortas y encorvadas piernas del químico, sorprendía la carrera vertiginosa que había emprendido.

Al llegar a las afueras llegó a los oídos de ambos el sonido seco de los disparos.

—Son disparos de rifle —exclamó Monk—. Hay pelea.

Un gemido semejante al sonido de las cuerdas de un violón ahogó momentáneamente los otros ruidos.

—Ese es Renny —gritó Monk—. El sonido procede de una de nuestras ametralladoras.

Poco después se quedó solo. Había creído que corría bastante, pero Doc le había dejado atrás de manera tan brusca, que le pareció a Monk que había girado sobre los talones y vuelto atrás.

Hasta aquel momento Doc había puesto en duda la veracidad del desconocido informante. Sospechaba que le tendían un lazo.

Mas, después de haber oído los disparos de la ametralladora, comenzaba a estar alarmado de verdad. Aquellas armas no eran comunes: él mismo las había inventado y por consiguiente sólo podían estar en poder de sus hombres.

Doc siguió a distancia la polvorienta carretera que gradualmente iba descendiendo y se tornaba más y más escabrosa.

Los bosques que la rodeaban, más y más impenetrables.

Sonaron más disparos de rifle y les contestó la ametralladora. Procedían de la izquierda.

Doc terció en aquella dirección. Se veía obligado a avanzar poco a poco porque era intensa la oscuridad.

Detrás de él percibía el trote de Monk que corría sin preocuparse del ruido que hacía. La velocidad ante todo, era su lema actual, por lo visto.

Desde un punto lejano, al sur en la carretera —punto por donde acababa de pasar el químico,— sonó un silbido penetrante, semejante al producido por los silbatos de la policía. Doc se paró en seco y aplicó el oído.

—¡Monk! —le gritó—. Escóndete por ahí, y no hagas ruido.

La voz sonora del hombre de bronce llegó hasta el químico y le detuvo.

El refugio más conveniente que tenía a mano era la cuneta del camino y se tiró allí.

Después escuchó. Sólo se oía el rumor que producía la brisa nocturna al pasar por entre las hojas de los árboles. Aplicó un oído al suelo.

Transmitidas por la tierra, oyó ciertas vibraciones que podían tomarse por los pasos de seres gigantes.

Los pasos se aproximaron. Sucedió a ellos un fuerte resoplido, la sonora respiración de unos seres que recordó al químico la noche pasada junto al lago.

La voz potente de Doc le ordenó: —¡Lanza las bombas, Monk!

Monk se echó mano al bolsillo derecho y sacó una máscara antigás, hecha de un material muy compacto que consistía meramente en una boquilla y en un clip para la nariz.

Un tubo partía desde la primera hasta el aparato renovador de aire poco mayor que la mano de Monk.

Sabía que Doc llevaba una máscara similar.

Inmóvil en la mitad de la cuneta, echó un brazo hacia atrás, mas no llegó a lanzar la bomba.

Una voz aguda, metálica, sonó atronadora. Su volumen era extraordinario.

—Llevan bombas llenas de gas —decía—. No corráis riesgos innecesarios.

Afuera. Id en busca de Griswold Rock.

La naturaleza metálica de la voz indicaba que salía de un altavoz.

Y pertenecía a Hack, el bandido del cuello rosado.

En obediencia a la orden, los monstruos dieron media vuelta y

corrieron en dirección de la población. Al primero sucedió un segundo, luego un tercero, luego un cuarto.

A Monk se le pusieron los cabellos de punta al oír las retumbantes pisadas de aquellos pies dignos de Gargantúa. Pero su emoción no le impidió encender la lámpara de bolsillo y asestar la luz de sus rayos sobre los monstruos en retirada.

Éstos habían atravesado la línea de matorrales que orlaban el camino y no vio nada que pudiera descubrirle su naturaleza.

Salió un disparo del punto ocupado por el hombre de bronce en tan crítico instante y surgieron las chispas de un fogonazo. Doc estaba tirando.

Monk se le reunió a escape y halló al hombre de bronce armado de una ametralladora ordinaria del 410. En el momento de llegar Monk a su lado tornó de nuevo a disparar sobre los monstruos que huían.

Cargaba el arma con los cartuchos especiales que habían elaborado durante la tarde.

Aun tornó a hacer fuego dos veces, sin moverse del sitio que ocupaba.

Luego corrió al borde del camino y envió en dirección del Sur más balas extraordinarias.

—Esas gentes se han valido de un ardid —explicó, en tono sombrío—, para obligarnos a salir de la ciudad. Y de un modo u otro se han apoderado de una de nuestras ametralladoras.

—¿Crees que la han arrancado a Renny de las manos? —interrogó Monk.

Doc no respondió a esto, pues no tenía por costumbre hacer juicios temerarios. A la carrera emprendió el regreso a Trapper Lake y Monk le siguió andando pesadamente.

Llevarían recorridos unos cientos de metros cuando de pronto se hallaron bañados por una luz blanca y esplendente.

El haz de rayos surgía de la parte baja de la carretera.

Doc chocó con el cuerpo de Monk al retroceder y los dos se ocultaron en la cuneta, que era bastante honda.

Una granizada de plomo pasó silbando al ras del suelo del camino, vomitada por la boca de una ametralladora.

La descarga metálica arrancó piedras y levantó una nube de polvo de la cuneta. El zumbido mezclado de las postas era muy

semejante al de un enjambre de abejas de gran tamaño.

—Ese tirador y el individuo que acaba de hablar por el altavoz deben ser una sola persona —observó Monk, mientras luchaba por sacar de la funda su ametralladora en miniatura—. Temo que nuestro fuego no haya logrado detener a los bebés —rezongó—. Veamos cómo le sienta a ese bandido que nos ametralla.

Puesto de hinojos, apretó el disparador de la ametralladora y de su boca surgió instantáneamente un fogonazo.

—Le he tocado —exclamó después, con acento de triunfo. Y trató de correr junto al tirador.

Pero en realidad no le había herido. El ligero correr pudo costarle caro de no haberle Doc detenido sujetándole por una pierna. Mientras se tendía de plano en tierra, una nueva granizada de plomo barrió la carretera.

—¿Has reparado en la inmovilidad de esa luz? —le preguntó Doc—. Debe estar encima de algo.

Mientras las postas de la ametralladora mordían por el lado opuesto a la cuneta. Doc Savage asomó la cabeza y dirigió una rápida mirada al lugar donde sonaban los tiros. Por más que aguzaba la vista no distinguió el resplandor de los fogonazos.

—Esa ametralladora debe tener puesto en la boca un digiere —llamas— observó —. De otro modo ya la hubiéramos localizado.

Abandonó el refugio de la cuneta y echando hacia la derecha llegó delante de un muro vegetal que traspasó con paso silencioso.

No en vano había estudiado el proceder de los maestros en el arte: los animales carnívoros de la selva.

Al propio tiempo aplicaba el oído, esperando localizar a su adversario.

Pero fue un ruido distinto el que le llamó la atención. Gritos. Sonaban gritos de excitación, disparos, el crujir de la fronda, la voz de una sirena.

El tumulto procedía de Trapper Lake.

Los monstruos habían caído sobre la población.

CAPÍTULO XIX

EL RAID DE LOS MONSTRUOS

EL tirador de la ametralladora que había amenazado, corría ya, se dirigía a Trapper Lake. Doc emprendió su persecución.

El fugitivo dobló un recodo del camino Sonó el chirrido de los muelles de un coche seguido por el golpe metálico de la portezuela, vibró el motor y se encendieron los faros. El coche entró en el camino y se alejó.

Doc dio un salto. De tener ocasión hubiera alcanzado el auto antes de que adquiriera mayor velocidad pero, de pronto, su conductor sembró de proyectiles el camino que dejaba, por ver, sin duda, si daba al azar en el blanco y para colmo comenzó a tirar Monk desde el lado opuesto.

A fin de no ser cogido entre dos fuegos, Doc tuvo que retirarse y pronto se perdió la luz de los faros del coche en las revueltas de la carretera.

A poco llegó Monk a paso lento.

—Qué mala pata —comentó—. No he conseguido afinar la puntería. De lo contrario le hubiera alcanzado.

Guardó silencio y escuchó las voces que llegaban de Trapper Lake.

Ahora sonaban chillidos de mujeres alternados con las detonaciones de las armas de fuego. Los hombres juraban y maldecían. Rechinaban las maderas y se oían mil ruidos distintos.

Doc y Monk emprendieron entonces el camino de la población.

Pasado algún tiempo se dieron cuenta de que a lo lejos y aumentando en intensidad a medida que se aproximaba, sonaba un zumbido particular en las altas regiones del aire.

—Es un aeroplano —exclamó Monk—, piloteado, tal vez, por

Renny.

Doc Savage sacó la lámpara del bolsillo y apuntó con ella en la dirección donde sonaba el motor del aparato.

Su dedo pulgar oprimió el botón y la lente salió automáticamente y emitió cortos rayos de luz, conforme al sistema de señales telegráficas.

La luz de un faro le respondió de igual modo desde el aeroplano.

—Es Renny —gruñó Monk, encantado—. Llega en el giro.

Con su luz Doc indicó a Renny un buen campo de aterrizaje.

—Más vale que descendamos sobre Trapper Lake en avión —indicó a su acompañante.

El aparato giró sobre sus cabezas, se cernió sobre ellos. Los faros situados debajo de las alas despedían un brillo deslumbrador que iluminaba la carretera. Luego aterrizó.

Simultáneamente, Renny les dejó ver su melancólico rostro. Cerró los tubos de escape y el motor guardó silencio hasta el punto de permitirles sostener una conversación.

—¿Llevas ahí alguna bengala? —preguntó Doc.

—No —respondióle Renny, con su voz atronadora—. Me he desembarazado de todo el material superfluo con objeto de aligerar la nave, para ir más aprisa.

Doc y Monk ocuparon un sitio en la cabina del giro que, aunque no muy espaciosa, daba cabida a Doc y a sus cinco camaradas cómodamente.

Doc tomó el mando.

—¿Acabas de llegar? —siguió preguntando a Renny, mientras ascendía el giro.

—Justamente.

—Oye, ¿y te han robado la ametralladora en Nueva York?

—Sí. ¿Cómo lo sabes? —inquirió Renny, muy sorprendido—. La dejé en el coche mientras dirigía los trabajos de excavación y, por lo visto, alguien se la llevó.

—Te espiaban —exclamó Monk—. La persona que te ha robado el arma debió llegar a los alrededores de la mina en aeroplano.

—Y bien: ¿qué has sacado en limpio del trabajo que te he encomendado? —deseó saber el hombre de bronce.

—La cosa más impresionante que puedes figurarte —replicó Renny—. Ahora mismo vas a verla.

Volviéndose a medias en su asiento, alargó un brazo y asió un paquete, envuelto en tela de lienzo, que reposaba en el suelo del giro, y comenzó a desenvolverlo.

—¡Hum! —exclamó, al divisar el paquete—. No sé lo que contiene, pero es tan grande como un maletín.

—Prepárate, porque se te van a poner los cabellos de punta —le advirtió el ingeniero.

Y acabó de desliar el paquete. Monk le contempló fijamente. Sus ojillos parecieron salirse de las órbitas cartilaginosas y abrió una boca de a palmo.

—¡Oh! —exclamó.

Hasta aquel momento no había visto manos comparables por el tamaño a las manos de Renny. Eran éstas tan grandes como las garras de una fiera.

Sin embargo, comparadas con la del monstruo envuelta en el trozo del lienzo, era una mano infantil.

Aunque natural por la forma, era extraordinaria por el tamaño.

El propio Renny lanzó un prolongado silbido de sorpresa al volver a verla.

—¡Por el toro sagrado! —murmuró—. Su dueño debió pesar una tonelada por lo menos.

El semblante bronceado de Doc no varió de expresión mientras inspeccionaba la titánica reliquia. Sin duda había esperado contemplar algo por el estilo.

—¿Es ésta la única parte del cuerpo del monstruo que has desenterrado? —preguntó al ingeniero.

—No —repuso este último—. Junto a la mano estaba su cuerpo... es decir, lo que quedaba de él.

—¡Por el amor de Mike! —exclamó Monk—. ¡Conque esa mano ha pertenecido al bebé que irrumpió a través del suelo de la casa de Griswold!

Doc Savage dirigió la proa del giro hacia Trapper Lanke. Su conversación y la exhibición de la mano del monstruo había durado sólo un momento.

Ardían las casas en dos o tres calles de Trapper Lake cuando llegaron a ella y su rojo resplandor iluminaba el resto de la ciudad.

Los gigantes u hombres monstruos habían realizado ya su incursión sobre el Guide's Hotel.

Se retiraban, protegidos por la sombra de los edificios, semejantes a seres de estatura normal en una ciudad de juguete.

—¡Por el toro sagrado! —exclamó Renny—. Lo menos hacen dos como nosotros.

—Mira: llevan armaduras —dijo Monk.

Apenas salieron de sus labios aquellas palabras cuando fue testigo, lo mismo que sus camaradas, de una demostración improvisada de la eficacia de aquellas armaduras de bruñido acero, cuyas láminas resguardaban los pechos, las cabezas, las piernas y pies inclusive de los gigantes.

Un habitante de Trapper Lake había salido de su cabaña, rifle en mano.

Afinó la puntería y disparó.

La bala del rifle chocó con el casco que llevaba uno de los monstruos en la cabeza y le ladeó sobre la oreja descomunal.

El monstruo era negro y tenía la cabeza acabada en punta, a juzgar por la forma del casco.

—¿Te acuerdas de les tres cabezas de alfiler que llevaba el circo? —interrogó Monk a Doc—. Pues ese negro debe ser uno de ellos.

Tras colocar el casco en su sitio, el salvaje la emprendió con el hombre del rifle. Este se metió en su cabaña, la atravesó en un vuelo, saltó por la otra puerta y se ocultó entre las verdes cañas del exterior.

Suponiendo que continuaba dentro de ella, el monstruo bajó la cabeza y penetró a su vez, en la cabaña.

Evidentemente cansado de recorrer inútilmente las habitaciones, abrió un agujero en la pared y sacó por él la cabeza y hombros.

Luego sacó ambos brazos. Con fuerza insospechada, arrancó los tablones para ensanchar el agujero y los arrojó lejos de sí. Finalmente, salió de entre la casa derrumbada.

—Son terriblemente vigorosos —observó Monk—, aun para su tamaño y parecen mudos también, o, de lo contrario, no emplearían su fuerza en derrumbar tontamente una pared tan gruesa.

El cabeza de alfiler siguió a sus compañeros fuera de la ciudad.

Doc Savage voló con el giro en pos de ellos, manteniéndose a una altura considerable con los faros encendidos. Estos iluminaban a los gigantes.

Los monstruos corrían carretera abajo en dirección a la playa del

lago.

Doc Savage movió el acelerador del aparato. La aeronave no iba movida por una hélice de tipo usual. Se regulaba su velocidad mediante la inclinación de unas palancas dependientes de los mandos fijos al extremo de las alas.

Mediante un impulso del acelerador, las aletas batían el aire en mayor ángulo.

Doc descubrió que los gigantes iban tras un coche. Este coche llevaba sobre la capota cuatro grandes altavoces.

—En él va el hombre que ha hecho fuego sobre nosotros —exclamó Monk.

Doc descendió un poco. Cuando estuvo cerca del auto, un individuo asomó la cabeza sobre la portezuela lateral.

Era Griswold Rock. El gordinflón se defendió con los puños mantecosos, asestó golpes violentos sobre un blanco invisible. Imploró, pidió socorro, con expresivos ademanes.

De pronto tiraron de él y desapareció en el interior del vehículo.

Otro individuo salió por la portezuela y se situó de pie sobre el estribo.

Sujeta al cinto de cuero llevaba una pequeña ametralladora. Con una mano levantó el arma. De su boca salió roja llamarada.

La rociada de balas —hilo rojizo que surcó el aire a poca distancia del giro— no hizo blanco por unos cien pies de distancia, aunque le anduvo muy cerca.

Un coche en marcha no es lugar a propósito para hacer buena puntería.

—Voy a arreglarle las cuentas a ese bribón —gritó Monk.

Disparó su ametralladora y el hombre vaciló. Monk era notable tirador.

Los disparos de gracia de su arma habían reducido al bandido a un súbito estado de inconsciencia.

Del interior del coche salieron empero unas manos y tiraron de él.

—Ahora voy a ver si pongo fuera de combate al chofer.

Pero no se le dio ocasión de probarlo. De repente Doc alejó el giro del coche.

—¡Eh! —gritó enfadado el químico—. ¿A qué viene eso?

Doc le indicó por señas el depósito de la gasolina.

—Es verdad —gimió Renny—. Como no me he detenido ni una vez durante el viaje, no he podido renovar el carburante.

—Por ello lo mejor es alejarse de los gigantes —declaró Doc—, y así no presenciarán nuestro aterrizaje.

Cesó el zumbido del motor, falto de combustible, mientras el hombre de bronce descendía con el giro unas millas hacia el Norte.

Para el aterrizaje había escogido un punto vecino a la playa del lago.

—¡Vaya un final desastroso! —gimió el químico.

CAPÍTULO XX

EL PELIGRO ALADO

NO lo había escogido sin tener sus razones para ello. De una caja situada debajo del asiento reservado al piloto sacó unos prismáticos y, con ellos en la mano, se alejó del giro.

Corrió hacia la playa. Allí, lo mismo que en toda su extensión, había bosque. Doc buscó un árbol corpulento. Pero no se valió de la lámpara, sino del tacto.

Al descubrir un pino elevado, subió por su tronco y, perplejos, Monk y Renny emprendieron a su vez la ascensión.

A juzgar por la dirección que habían tomado los monstruos, debían hallarse en aquellos momentos en la playa, sólo que a una distancia de dos millas al Oeste. Doc miró con los gemelos en aquella dirección.

—¿Cuál es tu plan?

Doc le pasó los prismáticos a Renny.

—Mira —le dijo.

Renny obedeció. Dada la oscuridad de la noche no podía distinguir a los gigantes, pero sí vio puntos rojizos que brillaban con fantástico resplandor.

—Oye: ¿qué son esos puntos luminosos? —preguntó.

—Una composición química parecida al fósforo —le explicó el hombre de bronce—. Comienza a brillar después de haber estado expuesta al aire por espacio de una hora o poco más.

Monk, que estaba a horcajadas sobre una rama del pino, emitió un resoplido de satisfacción.

—Ese compuesto estaba metido, sin duda, dentro de las balas que disparaste sobre los gigantes, ¿no es eso?

—Eso es —admitió Doc.

Y contempló en silencio los puntos brillantes que señalaban la posición de los monstruos. Se adentraron en el lago y después se estacionaron.

El gran altavoz de Hack, tan potente que sonó como un trueno, les trajo su voz a través de las dos millas de distancia que le separaba de ellos.

—¡Eh! Traed acá las gasolineras —decía.

Poco después, como en respuesta a su demanda, palpitaron los motores de las embarcaciones. Habían aguardado lejos de la playa, al parecer, y ahora se acercaban a ella.

—Son tres —dijo Monk, después de haberlas contado.

Los gigantes subieron a bordo y partieron lago adelante.

Aun cuando se alejaban, aumentaron de tamaño los puntos brillantes que descubrían su presencia.

—Sin duda han tratado de quitarse, frotando, la substancia química —adivinó Renny, el de la voz tonante, y sus esfuerzos han servido para extenderla más.

Doc tomó nota de la dirección seguida por las embarcaciones.

Finalmente se perdieron en la oscuridad de la noche.

Doc y sus acompañantes bajaron por la playa del lago hasta el punto exacto donde atracaron las gasolineras y hallaron el coche vacío y estacionado en la playa.

Más tarde, Doc logró averiguar dónde estaba comprado, gracias al número de matrícula, y supo quo lo había adquirido en Detroit un tal Pere Teston, cuyas señas respondían a las del asesinado Caldwell.

Sobre los costados llevaba el coche los carteles de propaganda de un partido político en campaña a la sazón. Sin embargo, también se supo que el coche no tenía nada que ver con dicho partido.

—Le han colgado esos carteles con objeto de que no llamaran la atención los altavoces —opinó Renny.

Los cuatro hombres regresaron a Trapper Lake. La población continuaba sobresaltada. Las mujeres gemían todavía, sollozaban o se entregaban a transportes histéricos. Los hombres corrían de un lado para otro, atemorizados.

La casa en que había estado el cabeza de alfiler, había quedado hecha una ruina. También habían sido derribadas muchas vallas y pisoteados los jardines.

La puerta del Guide's Hotel estaba demolida. Por doquier se divisaban las huellas nutridas y deformes de los pies gigantescos.

—Uno de esos seres infernales ha derribado la puerta y se ha metido en el interior del hotel —les comunicó el peripuesto Ham.

Les indicó la puerta en cuestión con el estoque.

—Yo traté de contener a la bestia, mas pareciéndome oportuna la retirada, salté por la ventana más próxima —añadió.

—Venían en busca de Griswold Rock —concluyó Long Tom.

Doc y sus hombres se diseminaron y se dedicaron a atender a los heridos.

Los gigantes se habían apoderado de cuatro infortunados habitantes de Trapper Lake durante la incursión. Valiéndose sólo de las manos, les habían quitado la vida.

—Yo he presenciado el asesinato de uno de ellos —gimió un anciano—. Uno de los gigantes lo alzó en vilo, le cogió la cabeza entre ambas manos y se la aplastó, como nosotros la cáscara de un huevo.

Tras de permanecer en vela toda la noche, Trapper Lake se vio invadida por los periodistas.

Aun cuando carecía de líneas telefónicas exteriores, los postes del telégrafo corrían a lo largo de la vía férrea y sus hilos propagaron la noticia sensacional de la incursión de los monstruos a través de los Estados de la Unión. La Prensa se puso en movimiento. Casi la mitad de los pasajeros que arribaron a la población en el tren matinal eran periodistas y reporteros gráficos. Más corresponsales llegaron por vía aérea.

En todas las redacciones periodísticas de los Estados se había llegado ya a comprender el por qué de los anuncios misteriosos, aquel grito de “Ya llegan los monstruos” que se habían estado publicando en los últimos meses.

Un aeroplano trimotor trajo las máquinas fotográficas de una empresa de cine. Dos periodistas emprendedores montaron en Trapper Lake dos estaciones radiotelegráficas servidas por los operadores que tenían consigo.

Antes del mediodía, el nombre de la población ocupaba la primera plana de todos los diarios. Se tomaron fotografías y se sacaron mapas donde una X marcaba el lugar ocupado por la población de Trapper Lake.

Algunos osados editores de Nueva York impulsaron a sus dibujantes a trabajar en la composición de diversos carteles dedicados a los gigantes.

Historietas exageradas corrían de boca en boca, de modo que los dibujantes representaron a los monstruos en el acto de derribar las casas a su alrededor.

Como se corriera la voz de que Doc Savage se hallaba en la población, todos los periodistas corrieron a interviuvarle.

El director de una conocida revista neoyorquina telegrafió a su corresponsal de Trapper Lake que si llegaba a obtener una entrevista del Hombre de Bronce le concedería un año entero de vacaciones en Europa, con todos los gastos pagados.

El periodista hizo lo imposible por conseguirla, pero no pudo. Consecuente con sus ideas que le impedían dar su consentimiento para que apareciera su nombre en letras de molde, Doc se había retirado a una casita de las afueras que distaba varios kilómetros de Trapper.

Allí, él y sus camaradas se consultaban y discutían sus asuntos cuando lo requería el caso.

Antes de que la nube de periodistas cayera sobre la población, hicieron diversas diligencias.

—He estudiado las impresiones digitales dejadas por la mano gigante que ha desenterrado Renny —comunicóles Long Tom en una de esas ocasiones—. ¿Recordáis a aquel Bronson —agregó, limpiándose el sudor de la pálida frente— que escapó de la cárcel aquí, en Trapper Lake?

—¿Pues qué? —replicó Monk.

—Las impresiones digitales de la mano gigante y las de Bronson son iguales.

—¡Demonio! —exclamó estupefacto Johnny—. ¿Es decir que sacaron de su encierro a Bronson para convertirle en un gigante?

Ham se aproximó a sus camaradas llevando el bastón estoque bajo el brazo.

Hasta aquel momento había estado junto al aparato portátil de radio.

—Como me has ordenado —dijo a Doc,— acabo de radiar la descripción de los gigantes a la Jefatura de Policía de Nueva York y corresponden exactamente a las señales personales de los criminales

puestos en libertad por Caldwell.

—Entonces ya sabemos por qué Caldwell se mostraba altruista —observó Monk—. Les reunía con objeto de que Pere Teston les convirtiera en gigantes.

Y, al propio tiempo, le tiró de una oreja al cerdo.

El presumido Ham miró con ceño fruncido al químico vulgarote y a su animal favorito.

—Cuando os hicieron a los dos —comentó—, debieron romper el molde.

Monk exhaló un suspiro, con impaciencia. Habeas Corpus miraba atentamente al abogado, como si le hubieran ofendido sus palabras. Luego abrió la boca:

—Ya me estoy cansando del llamado buen humor de este tonto.

Aquellas palabras, que parecían escaparse de la boca del animal, tenían la virtud de enfurecer a Ham.

Rojo de indignación, empuñó el estoque.

—¡Bah! Comedia —siguió diciendo la voz del cerdo—. ¡Qué ridículo está con ese traje harapiento!

En cuestión de indumentaria Ham era quisquilloso. Todavía llevaba puesto el traje convertido en andrajos después de su paso a través del muro espinoso, pero, desde luego, no era porque le agradase.

Ofendido, levantó el bastón. Monk corrió al extremo opuesto de la sala.

Había aprendido ventriloquia con el deliberado propósito de criticar la conducta y vestimenta del abogado y, aun cuando moviera a risa oír hablar al cerdo, Ham perdía los estribos.

La conversación recayó de nuevo sobre los gigantes.

—¿Con qué objeto habrá convertido Teston a esos criminales en seres monstruosos? —se dijo Renny, en voz alta.

Aquella misma tarde obtuvo una respuesta de la pregunta. Por correo les llegó una misiva a los alcaldes de cuatro importantes ciudades.

Eran éstas Detroit. Cleveland, Nueva York y Chicago. Las cuatro cartas llevaban el matasellos de Trapper Lake.

Pero lo curioso era que habían sido escritas durante la incursión de los gigantes. Una vez que las hubieron leído, los cuatro alcaldes se enteraron de lo ocurrido en Trapper Lake.. No podían ignorarlo,

puesto que la misiva recibida les hablaba de aquellos sucesos.

Los cuatro habían abierto las cartas llenos de curiosidad. Los cuatro sintieron, una vez concluida la lectura, la impresión más fuerte de su existencia.

El primero que recibió la suya fue el alcalde de Detroit. He aquí lo que leyó:

"Señor alcalde:

"¿Ha leído recientemente el anuncio impreso en todos los periódicos locales referente a los monstruos? Pues esos anuncios han formado parte de mi campaña. Es muy posible que a estas horas sepa ya lo ocurrido en Trapper Lake. Si así no fuera le aconsejo que se entere.

"Anoche mis gigantes visitaron la población mencionada y a ello no les ha movido el exclusivo objeto de apoderarse de Griswold Rock, con todo y hacerse indispensable su secuestro. Mi deseo es que el mundo —y en particular las ciudades de Detroit, Cleveland, Nueva York y Chicago — se den cuenta del poder de mis gigantes.

"Celebre una consulta con los principales banqueros de esa ciudad y aconséjeles que reúnan la cantidad de cinco millones de dólares. Esa suma deberá reunirse en billetes pequeños sin marcar.

"Mañana recibirá usted otra carta de instrucción referente a la manera de hacer llegar el dinero a mis manos. La carta en cuestión ya ha sido echada al correo.

"Si por casualidad no accediera a complacerme, mis gigantes le harían una visita a esa ciudad. No gastaran ceremonias. Matarán a sus habitantes y le acarrearán perjuicios de consideración.

"He asignado a un gigante la tarea particular de atrapar a usted.

"Quizá crea que las ametralladoras o los gases de que pueda echar mano serán eficaces. No se haga ilusiones. Mis gigantes llevan armaduras a prueba de bomba y poseen máscaras antigás especiales.

"Confío en que no cometerá el error de tomar esta carta por el pasatiempo de un desocupado.

Pere Teston".

Tras leer lo expuesto el alcalde de Detroit se retrepó en su sillón y prorrumpió en una carcajada estrepitosa que duró un largo rato.

A continuación mandó buscar un periódico y leyó lo ocurrido la noche anterior en Trapper Lake. Cuando hubo terminado la lectura ya no tuvo valor para volver a reírse.

El artículo daba una detallada descripción del estado a que

habían quedado reducidos los infelices aplastados por los gigantes.

Entonces el alcalde reunió a los directores de distintos Bancos locales y les mostró la misiva.

—¿Para qué se ha creado el Cuerpo de Policía? —le respondieron ellos.

El alcalde hizo comparecer ante él al Jefe de Policía y el Jefe, a su vez, mandó a sus hombres que engrasaran las armas y preparasen las bombas de mano.

Vehículos provistos de aparatos de radio recorrieron todos los caminos anexos a la población y los botes de la Policía cubrieron el frente del lago.

En Cleveland, Nueva York y Chicago la reacción fue similar, con la sola excepción de que en la segunda los destróyers adoptaron silenciosas posiciones en torno a la isla de Manhattan.

En Nueva York el nombre de Doc Savage gozaba de una fama muy merecida. Se le asociaba a los combates librados en el pasado contra males que el Cuerpo de Policía no había podido reprimir o evitar.

Por ello, si andaba mezclado al caso de los gigantes, no era cosa de tomarlo a broma.

Todos los periódicos hablaron del nuevo giro que tomaba la cuestión.

Algunos de ellos salieron a la calle con los epígrafes impresos en tinta roja.

No era posible que pudiera darse en el año caso más sensacional.

Se investigó la personalidad de Pere Teston y su historia contribuyó a acrecentar la expectación general.

Desde la infancia había sido dado a los estudios y en particular a hacer experimentos químicos. Sólo que no había hecho de la Ciencia una profesión.

Se ganaba la vida de otra manera.

Sus compañeros de trabajo declararon que durante muchos años seguidos había sostenido la tesis de que era posible inventar compuestos químicos mediante los cuales aumentara el volumen de los seres vivos.

Aquella idea había movido a risa a los compañeros de Pere y en su fuero interno le tuvieron por loco.

El día en que salió su nombre a la calle, los compañeros lograron

pingües ganancias por el mero hecho de relatar esta historia a los periódicos.

Al final se mostraron unánimes en declarar que Teston había hablado varias veces de aplicar su descubrimiento a las vacas, para que de este modo dieran una enorme cantidad de leche, y también a los caballos de tiro dedicados a las faenas agrícolas.

Mas ninguno de ellos recordaba haberle oído decir que proyectase organizar un ejército de gigantes con el fin de aterrorizar a las ciudades.

—Tal vez pensó en ello más adelante —observó uno.

—¿Cuándo desapareció? —preguntó otro.

—Hará cosa de un año o dos —fue la respuesta que obtuvo.

Lo cierto era que ninguno recordaba con exactitud la fecha de su desaparición.

Antes de caer la noche, casi quinientos aeroplanos iban camino de Trapper Lake cargados de corresponsales y de fotógrafos.

También antes de anochecer, Doc Savage y sus cinco camaradas salieron de casa dispuestos a desempeñar cierto cometido. La idea había partido de Doc.

—Recordaréis —dijo a sus compañeros—, que las provisiones destinadas a la manutención de los gigantes llegan por ferrocarril a Trapper Lake y del tren pasan a una gabarra. A ello deduzco que han instalado su cuartel general en un punto desconocido del lago.

—¿Dónde estará? —se dijo, pensativo, el ingeniero.

—Anoche descubrimos algo sobre ello —replicó Doc.

Los tanques del giro se llenaron de combustible a rebosar con el carburante adquirido en Trapper Lake, y se emprendió en él la dirección del lago.

Después de una media hora de vuelo el giro pasó por encima de una isla cubierta de rocas y de maleza que no podía albergar a los gigantes, Doc siguió adelante. La noche anterior había sido nublada y muy oscura. La presente prometía ser espléndida, iluminada por la luz de la luna.

El giro volaba, muy alto, descendiendo únicamente en las ocasiones en que se distinguía una isla.

Transcurrió una hora, luego otra. El combustible disminuía poco a poco.

Gracias a la construcción especial del giro los cinco camaradas

pudieron examinar de cerca todas las islas que encontraron al paso.

Como una media docena fueron dejadas atrás. Antes de llegar a la que servía de asilo a los gigantes.

Al fin surgió ante sus ojos una nueva isla, mayor que todas las anteriores. Ham consultó el reloj.

—Son las diez en punto —les dijo—, y todo va bien.

Se engañaba. De la isla habíase levantado un aeroplano y avanzaba ya al encuentro del giro, disparando sobre él cuando se halló a unos trescientos metros de distancia.

Diminutos puntos rojos les señalaron la posición de las ametralladoras. Las balas que pasaban rozando el aparato de Doc parecían chispas de fuego.

La nave que les atacaba era un aparato de ala baja, sumamente veloz.

—Es la nave en que salieron de Nueva York los bandidos capitaneados con Caldwell —exclamó, al verlo, Long Tom.

Doc obligó a ascender al giro, desviándose continuamente de la línea recta para evitar los disparos de la ametralladora.

Al pasar junto a él la nave contraria, Doc le ladeó y encendió los faros.

Su luz le descubrió un rostro en la cabina de mandos del otro aeroplano.

Era el de la muchacha de los cabellos plateados. Esto es: el de Juana Morris, la ex domadora de leones.

CAPÍTULO XXI

LOS GIGANTES NADAN

COMO si le hubiera asustado el resplandor de los faros, el aeroplano enemigo se apartó del giro, volando rápidamente.

Luego describió una vuelta y tornó a la carga. Otra vez las ametralladoras les mostraron los puntos rojizos de sus bocas encendidas.

Doc Savage se cernió con el giro en el espacio y observó fijamente la trayectoria seguida por las postas, dispuesto a sacar el giro de su inmovilidad transitoria apenas se le acercara el aeroplano.

Tras de ver el rostro de la muchacha en la cabina, Doc se había abstenido de dirigir sus tiros al motor del aparato enemigo, mientras cegaba al piloto con la luz de sus faros.

—¡Vaya una arpía! —comentó Monk—. Nunca la hubiera creído capaz de una acción semejante.

—Sí, sí. En Nueva York la mirabas con buenos ojos —observó Ham, con sonrisa.

Monk sonrió.

—¡Eh! No te diré que no vuelva a hacerlo. Tenemos que confesar que es guapísima.

Las balas comenzaban a caer muy cerca del giro, por cuyo motivo Doc le hizo descender en línea vertical. El movimiento fue tan brusco que sus ocupantes tuvieron que asirse a los asientos para no rodar por el suelo.

Rojos hilos de fuego surcaron el espacio en el punto que acababa de abandonar.

—¿Qué vamos a hacer? —se dijo Monk.

Doc hizo descender rápidamente el giro. El otro aeroplano les

siguió, describiendo una prolongada espiral.

Al llegar a unos cien pies de altura sobre las aguas del lago, Doc enderezó el giro. Tocando el acelerador, avanzó vertiginosamente.

Al parecer trataba generosamente de suicidarse, pues el otro aeroplano cayó sobre su cola, despidiendo fuego por la boca de sus ametralladoras.

La superficie del lago parecía un espejo y los pequeños "geisers" levantados por las balas eran visibles delante del giro.

De agua parecían saltar chispas debido a la estela que dejaban al paso.

Doc hizo danzar el giro ora a la derecha, ora a la izquierda. El otro aeroplano trató de imitar sus maniobras, logrando solamente con sus círculos salirse de la línea recta y errar la puntería.

Renny se enjugó la frente bañada de sudor con la enorme manaza. Sabia el peligro en que estaban y la conocida pericia de Doc en el manejo del aparato no podría impedir que les alcanzara, al cabo, una bala.

Bruscamente, sin que pudiera adivinarse el motivo, abandonó el aeroplano su persecución. Se bamboleó y pareció que iba a tenderse de costado.

El piloto apenas podía manejarle. Trató no moderar la velocidad que llevaba y por poco no cae en barrena. Entonces buscó el aterrizaje.

—A estas horas la muchacha se halla ignorante todavía de lo que ocurre. —observó, riendo, Monk.

Mas, si estaba desconcertada, no era ella la única. También Ham se hallaba perplejo.

—¿Pero qué es lo que sucede?

Monk se dio un golpe en el pecho.

—Yo soy el culpable de lo ocurrido —declaró, con orgullo.

—Pues yo no te he visto hacer nada...

—Desde luego, lo ha soltado Doc —siguió diciendo Monk—. Yo lo compuse antes de que entrara en contacto con el aire. Aludo al gas, bobalicón, que va dentro de un depósito en la trasera del giro. Doc se ha limitado a abrir una válvula del depósito y el gas ha salido. Como hay luna, la domadora no lo ha visto.

Ham miró al aeroplano.

—Te creo porque lo dices —repuso.

—¿Eh?

—Quiero decir que el gas no produce su efecto.

Examinaron: los dos constataron, sorprendidos, que el aeroplano se había enderezado y ascendía.

—No ha hecho efecto del todo a causa de la cabina cerrada del aparato, que le ha impedido el paso —les explicó Doc, viendo su desconcierto—. Pero ha causado a la señorita un desmayo temporal.

Y aproximó el giro al aeroplano. Sus facciones metálicas continuaban tan inexpresivas como antes. Extendiendo un brazo, gritó:

—Trae acá la ametralladora, Long Tom.

El pálido mago de la electricidad se apresuró a cederle al arma pedida.

El aeroplano volaba en línea recta por encima del agua, sin pensar en volver a entablar combate.

—Dadle tiempo para que se le despeje la cabeza —propuso la voz atronadora de Renny.

La conversación era posible en el interior del giro debido a la eficiencia poco usual de la sordina que ahogaba el zumbido del motor. También las alas rotatorias habían sido hechas de modo que apenas silbaban al azotar el aire.

Doc corrió en pos del aeroplano, y como éste volaba muy lentamente, lo alcanzó enseguida.

—Es cosa sencilla, a lo que veo —observó, optimista, el químico.

La lucha se había ido entablando en distintos puntos del espacio, por lo que entonces los dos aparatos distaban poco más de una milla de la isla que Doc había venido a examinar.

Era una mera extensión rocosa, salpicada aquí y allá con algunos árboles corpulentos retorcidos por el viento, entre los cuales se divisaban grandes peñascos.

Doc abrió la ventana de la cabina. Por ella penetró en su interior una bocanada de aire y el zumbido prolongado del motor. Apuntó con la ametralladora, pero antes de que pudiera disparar se abrió un pequeño agujero en el fuselaje del otro aeroplano que aparentemente había sido hecho con un cuchillo, tal vez con un hacha.

Se introdujo en la abertura la boca de una ametralladora y de ella surgió un fogonazo. Ahora la puntería era más certera que la

vez anterior.

Entre silbidos y siseos chafó la lluvia de plomo contra el fuselaje del giro por su parte baja y se le abrieron diversos boquetes.

Habeas, el cerdo de Monk, gruñó, alarmado.

Doc movió los mandos con vertiginosa rapidez para escapar a aquella granizada de balas que mordía en el fuselaje, y lo consiguió.

Luego la granizada cayó de nuevo sobre el giro.

Esta vez las postas mordieron en el tanque de la gasolina haciendo un ruido aterrador. Otra vez Doc consiguió alejarse de su radio de acción.

—¡Por el toro sagrado! —exclamó Renny, con voz de trueno—. Nos han tocado.

Poco después la incolora gasolina bañaba las planchas del suelo y penetraba en el interior de la cabina.

No sospechaba el piloto enemigo la suerte que había tenido. El tanque del combustible se hallaba revestido de una capa de materia refractaria que le defendía de las llamas o ahogaba éstas en el momento de nacer, de modo que parecía imposible que hubieran podido tocarle las balas del aeroplano.

Sin duda alguna de ellas habría abierto una vía en la esponjosa capa protectora y de aquí la catástrofe.

Sombría expresión nubló los rostros de los cinco hombres. La lucha se desenvolvía de modo tan mezquino que no dejaba lugar a sentimientos caballerescos.

El giro se lanzó veloz sobre el aeroplano y se le colocó el costado.

—¡La señorita no es quien lleva los mandos! —la exclamación salió de labios de Monk.

Era verdad. Iba ligada a uno de los asientos delanteros del aeroplano, el lado del piloto. Lo veían entonces, porque luchaba por desasirse de sus ligaduras y estaba a punto de conseguirlo.

—Ya decía yo que era una buena chica —exclamó Monk.

El verdadero piloto era un sujeto vigoroso que vestía un mono de cuero.

Mas, debido a la oscuridad, no lograron distinguirle el semblante.

—Sin duda se hacía para atrás o se agachaba cada vez que nos colocábamos cerca de él,y por ello no le hemos visto hasta ahora —

decidió Monk.

Mientras se hablaba de él, el piloto descubrió los esfuerzos de la señorita, y se arrojó sobre ella; trató de golpearla sirviéndose de la ametralladora.

Miss Morris se desvió de la trayectoria seguida por el arma en su descenso, y asió su cañón con ambas manos.

Al forcejear, saltando de aquí para allá lo mismo ella que el piloto, descuidaron la vigilancia de los mandos y el aeroplano se inclinó sobre un ala, con un bramido del motor.

El robusto piloto se dio cuenta del peligro. Soltó a Juana Morris y se apoderó de la palanca. Pero llegó tarde.

Miss Morris dirigió una mirada al agua y se tapó los oídos con las manos para suavizar la fuerza del estampido próximo.

Un ala del aparato hendió el agua primero y luego penetró en ella, cortante como un cuchillo. El aparato saltó de un lado a otro, bamboleándose.

El ala que le restaba se desprendió del fuselaje como si se la hubieran segado. El resto del aparato se revolcó un momento y finalmente se detuvo.

Doc se acercó con el giro al lugar de la catástrofe. Como aquél era anfibio, hubiera podido amarar fácilmente, lo mismo que aterrizaba.

Mas ni lo intentó siquiera. Describió varias vueltas en torno al aparato náufrago y entregó los mandos a Renny.

—Veré lo que puede hacerse para obturar esa vía abierta en el tanque —le dijo.

Y se tiró de cabeza por la borda. Cayó limpiamente en el agua, sin apenas un chapoteo. Su cuerpo vigoroso, sabiamente curvado en el momento de su encuentro con las ondas, se zambulló de modo que apenas se mojó la espalda.

Mientras volvía a la superficie, tropezó con el fuselaje del aeroplano.

En él se abría un boquete. Se asió a él con una mano y miró por la ventana de la cabina.

En su interior el agua llevaba, de aquí para allá, el cuerpo del piloto. En la parte alta del cráneo tenía una profunda herida.

Cerca del muerto nadaba torpemente la muchacha de los cabellos plateados.

No estaba seriamente lesionada; sólo un poco aturdida.

Doc la sacó al exterior. Ya era hora. Arrastrada por el peso del motor, la nave se hundía rápidamente. El remolino de las aguas le llevó, con su carga, debajo del agua. De un impulso vigoroso tornó de nuevo a la superficie.

Burbujas del tamaño de un cubo de agua surgieron en torno al aparato que se hundía, y estallaron con ruidos semejantes a detonaciones.

Doc miró a lo alto y luego en torno. El giro se hallaba sobre la superficie del lago. Había amarado, mientras él se hundía momentáneamente bajo el agua.

—¡Cuidado, que vais a hundiros! —advirtió, a voces, a sus camaradas—. Las balas le han agujereado el fuselaje por la parte de abajo.

—Es que no tenemos gasolina —le respondió la voz de Renny—. Se ha agotado.

No ha habido medio de tapar el boquete.

Sus compañeros echaban al agua los botes extensibles de lienzo. Una vez que los hubieron botado, arrojaron a su reducido interior el equipaje.

El giro se mecía suavemente sobre las ondas. Doc no dijo más. Urgía que sus compañeros transportasen cuanto antes los equipajes de los botes.

Tras de ellos Monk sacó el cerdo del aeroplano amenazado. Se completó la carga de los botes en pocos segundos y se pasó corriendo a los botes plegables, escapando por un pelo de caer bajo las grandes alas del aparato, que comenzaban a hundirse.

Doc se aproximó a nado a uno de los botes, levantó en sus brazos a la muchacha y la depositó en su interior.

Luego, procurando no volcar la embarcación, se metió, a su vez, en ella.

Ya repuesta, miss Morris miró a Doc cuyo rostro estaba iluminado por la luz de la luna. Habló y su voz era serena a pesar de la excitación pasada minutos antes.

—Me ataron al asiento de la cabina —manifestó,— para que ustedes creyeran que era yo quien les atacaba.

—Ya lo hemos supuesto —le contestó Monk, deseoso de congraciarse con la hechicera joven.

Doc abrió la boca. Sin duda deseaba dirigirle varias preguntas, pero lo pensó mejor. Levantó un brazo, diciendo al propio tiempo:

—Ahora comienzan de veras nuestros apuros, camaradas.

El cerdo Habeas se alzó del sitio que ocupaba a los pies de su amo.

Miró en dirección a la isla y sacudió las largas orejas, emitiendo una serie entrecortada de gruñidos. A continuación se metió bajo de la borda del bote, como si quisiera no ver lo que iba a ocurrir.

Tres cabezas gigantes sobresalían del agua, en dirección a la isla. Grandes brazos negros aparecían y desaparecían llevados por el acompasado movimiento natatorio.

—¡Ah! —Vienen a apoderarse de nosotros— gritó miss Morris.

Junto a la ligera armazón de metal de los botes plegables, se veían sujetos los remos. Los seis hombres los desataron apresuradamente y comenzaron a remar.

—Lo único que me consuela —dijo el huesudo Johnny—, es que esos bandidos no nadarán tan deprisa como remamos nosotros.

En efecto, remaban veloces. Los seis eran hombres dotados de un vigor muscular poco común. La ex domadora, que se empeñó en remar también, exhibió una fuerza desproporcionada a su condición de mujer.

Los gigantes se fueron quedando atrás.

Sin dejar de remar, Doc le dirigió la palabra.

—¿Verdad que la banda ha querido que usted le enseñe el lenguaje de los cabezas de alfiler, para poder dictar órdenes a esos tres salvajes? —interrogó.

Ella hizo un gesto de afirmación.

—Sí —repuso—. Me han hecho repetirlas varias veces hasta que ellos comprendieron cómo era su pronunciación. Ya he descubierto por qué se mostraban tan deseosos de aprender el lenguaje de los salvajes. Los tres odiaban a Bruno Hen. No sé qué les habría hecho. Una noche se escaparon de la isla y le asesinaron. No lo hubieran hecho de haberles ordenado su jefe que no lo hicieran.

—¿Sabe por qué motivo se asesinó al gigante muerto por la explosión de la mina? —tornó a preguntar Savage.

—Sí: he oído decir que se negaba a obedecer las órdenes de Pere Teston y por ello le temían.

—¿Pere Teston? —repitió con viveza Doc Savage.

—Es el jefe —le explicó miss Morris—. No le he visto, mas le he oído nombrar en diversas ocasiones.

—¿También a Griswold Rock?

—Ése está en un punto determinado de la isla. Tampoco lo veo.

Monk les interrumpió para manifestar:

—Lo que no comprendo es para qué se han apoderado de él por segunda vez.

—Ni yo —contestó miss Morris.

—¿Conoce alguno de sus planes?

—Sólo que Pere Teston intenta lanzar sus gigantes sobre la ciudad de Detroit mañana por la noche.

A los oídos de los siete llegó el zumbido del motor de una gasolinera. Debía ser sumamente veloz, porque, a poco, la vieron doblar un recodo de la isla.

Viró de costado con objeto de mantenerse lejos de la línea de fuego, en el caso de que se disparase sobre ella. Y describió un círculo en torno a los botes para colocárseles delante.

—¡Por el toro sagrado! —gimió Renny—. Lo menos avanza a sesenta por hora.

La gasolinera les cerró el paso. Un trípode montado sobre el capot de proa sostenía una ametralladora. Ésta entró en acción, enviando al otro extremo del lago una larga cinta de plomo.

Los hombres de Doc trataron de responder al fuego con sus pequeñas ametralladoras portátiles.

Sin embargo, la ametralladora cubría un radio mucho mayor, y se vieron obligados a retroceder, sin consentir que sus tiros dieran en el blanco.

Los gigantes cabezas de alfiler les alcanzaron muy pronto.

CAPÍTULO XXII

LA ISLA

RENNY, el de las manos grandes y fuertes, era el tirador más experto del grupo, a excepción del propio Doc. Levantó la ametralladora e hizo fuego.

Las balas trazaron una línea espumosa sobre las ondas; buscaban y hallaron a uno de los negros.

El gigante lanzó un rugido de ira resonante y se zambulló debajo del agua.

Cuando salió estaba más cerca del bote.

De la gasolinera salió un vozarrón, palabras que procedían de un altavoz del tipo que se coloca de ordinario bajo un ala de los aeroplanos anunciadores.

Era la voz de Hack.

—Venga aquí todo el mundo para ayudarnos —decía.

En respuesta a la llamada, aparecieron en la isla más gigantes. Semejantes a los genios de los cuentos de hadas que acuden por el frotamiento de una lámpara maravillosa, surgieron de lo que parecía raso páramo espolvoreado de rocas.

Y, con ruidoso chapoteo, se sumergieron en el lago, velando en socorro de sus compañeros, los cabezas de alfiler.

Dentro de poco caerán sobre nosotros —dijo, melancólicamente, Renny—, y nos harán trizas.

La gasolinera salió con la velocidad de una flecha, al encuentro de los botes plegables, y su ametralladora despertó con sus salvas los dormidos ecos de la isla.

Todos los proyectiles eran disparados con un cuidado minucioso a fin de que dieran en el blanco, y, arrinconados, los ocupantes de los botes tuvieron que aproximarse a los gigantes.

Postrado de hinojos en uno de los botes, Long Tom abrió un pequeño estuche de metal. En su interior había alineados objetos que parecían husos metálicos. Eran los cartuchos de las ametralladoras en miniatura.

—Algunos de ellos son explosivos —participó a sus compañeros.

Los otros ya se habían dado cuenta de ello. Doc llevaba siempre toda clase de cartuchos. Sus proyectiles eran de una calidad asombrosa.

Renny introdujo uno de los cartuchos explosivos en la ametralladora.

Apuntó con cuidado, tras de colocar el arma en posición de disparar un solo tiro, e hizo fuego.

Brillo un fogonazo, sonó un estampido. El gigante tomado por Renny como blanco, lanzó un aullido. La bala explosiva le había abierto un agujero en el hombro.

La voz aguardentosa de Hack tornó a dejarse oír desde la gasolinera.

—No matéis al hombre de bronce ni a ninguna de las personas que le acompañan —ordenó.

Y, acto seguido, repitió el mandato en el lenguaje aglutinante de los cabezas de alfiler.

Los hombres de Doc cambiaron una mirada a la luz de la luna. Estaban estupefactos.

—¿Habéis oído? —dijo Monk—. Por lo visto, no quieren matarnos.

—Quizá sea un ardid —sugirió miss Morris—, para que se rindan ustedes.

Doc eligió una caja de las que acompañan el equipaje y la abrió, sacando de su interior unos aparatos llamados pulmones artificiales por los buzos.

Consistían en clips para mantener cerradas las narices y en unas boquillas o cierra bocas de caucho unidas a tubos que iban a parar al receptáculo condensador del aire.

Doc se colocó el aparato a la espalda y mostró a sus compañeros cómo funcionaba.

El cerdo asistía a aquellos preparativos con la mirada fija. Su inteligencia privilegiada se demostró al lanzar unos cuantos gruñidos lastimeros.

—¡Caramba! No hay que abandonar al animalito —exclamó, angustiado, Monk.

—¿Sabe nadar? —preguntó Ham.

El abogado demostraba una ansiedad sorprendente, dado su deseo expresado en más de una ocasión, de ver ahogado a Habeas.

—Sí; es excelente nadador —gruñó Monk.

Le cogió por el morrillo y le levantó en vilo, mostrándole, al propio tiempo, la isla.

—Allí nos encontraremos, pimpollo —le dijo, optimista.

El cerdo cayó junto a la borda y comenzó a nadar en dirección a la rocosa protuberancia.

Doc se escurrió dentro del agua y los demás le imitaron. Cada uno de ellos llevaba a la espalda su equipaje y se hundieron bajo la superficie del lago.

Al llegar a su fondo, Doc encendió la lámpara de bolsillo, que era impermeable, y sus camaradas se agruparon en torno a la luz.

Tan pronto como se vieron reunidos se dieron las manos, convertidos en cadena viviente, y Doc apagó la lámpara. No quería que los gigantes que nadaban en el lago distinguieran su resplandor.

Andando, por el fondo del lago se encaminaron a la isla.

Doc llevaba en la muñeca derecha un excelente cronómetro, hecho enteramente de un metal refractario, de modo que no podía imantarse, y pendiente de un soporte de piedras, entre las manecillas y el cristal, iba la aguja de una brújula.

Ésta era luminosa, y, como la caja del reloj era impermeable, podía utilizarse de bajo del agua.

La presión que ella ejercía sobre el grupo no era penosa, pues el lago tendría escasamente veinte pies de profundidad. Por encima de sus cabezas, un nebuloso resplandor plateado les indicaba la posición de la luna.

Las ondas bañaban aquella luz con sus sombras movibles. El fondo que recorrían estaba, por contraste, muy oscuro.

Que el agua transmite los sonidos de manera más eficaz que el aire, lo demostraba la claridad con que todos ellos oían los ruidos originados por los gigantes al nadar.

Claramente también sonaba el latido del motor de la gasolinera. Ésta se aproximaba.

Inesperadamente, de manera terrible se conmovieron las aguas.

Dedos invisibles penetraron, al parecer, en los oídos de Doc y de sus camaradas, y les oprimieron el tímpano, produciéndoles un dolor intolerable.

Sus cuerpos sintieron el choque, un impacto desde los pies a la cabeza.

Doc Savage se dio cuenta, en el acto, de lo que acababa de suceder. Sus enemigos tenían explosivos en la lancha motora y los estaban tirando al fondo del lago.

La primera explosión, aterradora como sus efectos, había sonado a cierta distancia. Otras detonaciones más próximas les ocasionarían la muerte.

Doc dejó caer al suelo la caja de un aparato de que se servía en calidad de peso y subió a la superficie. Miss Morris y sus camaradas le siguieron.

—Es duro —dijo con acento sombrío, apenas estuvo a salvo—. Pero nuestra permanencia abajo hubiera sido suicida.

Con terribles alaridos, los monstruos convergieron al punto ocupado por su presa. Su aspecto era feroz y parecían dominados por el ansia de matar.

El gran altavoz colocado en la proa de la gasolinera dejó escapar las siguientes palabras:

—No les hagáis daño. Los retendremos en nuestro poder hasta recibir órdenes del jefe.

En voz baja, dirigió Doc la palabra a sus hombres y a la ex domadora.

—Tengamos paciencia, ya que no podemos hacer otra cosa. Comienzo a creer que de veras no intentan hacernos daño.

Un momento después, llegaba junto a él uno de los gigantes. Casualmente era uno de los negros cabezas de alfiler.

Doc Savage, que sobresalía por su estatura entre los demás mortales, quedó convertido en enano junto al ser gigantesco que tenía al lado.

Una mano monstruosa se posó sobre uno de sus brazos. Deseoso de comprobar la fuerza que poseía el gigante, Doc luchó por desasirse de aquella mano.

El resultado no podía ser más sorprendente. Pues, a pesar de toda su energía, se sintió como niño frente a un hombre maduro. No deseando enfadar tontamente al monstruo, permitió que aquél le

arrastrara a la playa.

La muchacha, Monk, Ham y sus compañeros fueron capturados de igual modo y también se les llevó a la playa.

Mientras nadaba en dirección a la isla, Habeas había descrito amplio círculo en torno a los gigantes. Una pequeña, apenas perceptible estela de espuma, señalaba su posición.

Una vez alcanzada la costa, desapareció entre las rocas, con infinito alivio de Monk.

La isla rocosa les reservaba una sorpresa. Su altura, lo mismo que su composición, no eran las entrevistas a la luz de la luna.

Contemplada desde lo alto les había parecido cubierta de peñascos, el mayor de los cuales surgía de las ondas, cerca de la playa.

Un examen más detenido les demostró que aquellas protuberancias eran viviendas camufladas, en su mayoría.

Al poner el pie en tierra firme, los prisioneros pasaron bastante cerca y se fijaron en los detalles de su construcción.

Vigas de metal componían el armazón. Sobre ellas, y entrelazados a la manera de una red, aparecían tendidos gruesos hilos de alambre que sostenían una cubierta de lona, hábilmente pintada y veteada de modo que parecía de piedra. Todas las casas eran muy espaciosas.

Cada una de ellas encerraba un aeroplano trimotor extremadamente grande.

Una luz brillaba dentro de uno de aquellos hangares camuflados, permitiendo que un individuo reanudara la tarea de probar un motor, faena que, sin duda, había interrumpido la llegada de Doc Savage.

Gracias a esta luz y a la casualidad de estar abierta la puerta de la cabina del trimotor, logró el grupo vislumbrar el interior del aeroplano.

El asiento de mimbres propio del piloto faltaba en aquella cabina.

—¡Caramba! No tiene asiento —murmuró Monk.

—¡Por el toro sagrado! —exclamó Renny—. Esos aeroplanos han sido hechos exprofeso para los gigantes.

Monk contempló a sus secuestradores y tomó nota «in mente» de su peso.

Satisfecho, hizo un gesto de afirmación.

—Eso es —observó en voz baja—. Son demasiado pesados y por ello se ha suprimido el asiento de esas naves aéreas.

—¡Cállate, oso peludo! —gruñó Hack, desembarcando de la gasolinera provista de la ametralladora y de los altavoces.

—Reflexionaba cómo es posible que mueva usted a sus compañeros gigantes de una parte a otra —explicó, en tono amable, Monk.

—¡Digo que te calles! —le gritó Hack, apretando los dientes.

Long Tom clavó la mirada en los apresadores de estatura normal.

—Algunos son los mismos que me apresaron en Nueva York. Me refiero a los que me metieron en el camión, ya sabéis.

Hack sacó un revólver de la funda sobaquera que llevaba puesta y la blandió con expresivo ademán, para acentuar la orden de silencio.

Aparecieron cuatro hombres de tamaño normal Tenían caras patibularias y eran pendencieros y fanfarrones.

Doc los contempló sin decir nada, pero miró a Renny. El ingeniero de los grandes puños hizo un gesto de asentimiento.

La seña informó a Doc de que sus apresadores —lo mismo los bandidos de estatura normal que los gigantes— eran reos sacados de los presidios de los Estados Unidos por el malaventurado Caldwell.

Ellos arrastraron al interior de la isla al hombre de bronce y a sus camaradas.

En ella había un prisionero. Se dieron cuenta de eso poco después.

Desde luego, no le distinguieron con claridad. Hack y otro bandido se acercaron a él y le sacaron de debajo de lo que parecía ser una gran roca, lisa.

Densa oscuridad reinaba entre los peñascos. La pareja que se llevaba al misterioso cautivo se mantuvo a su sombra, bien por cálculo, bien por casualidad, y así Doc no logró identificar el cuerpo que sostenían entre ambos.

—Sera Griswold Rock —murmuró Monk.

Lo mismo él que Doc, la muchacha y sus camaradas, ocuparon el sitio que dejaba vacante el preso.

La gran roca lisa, era, en realidad, un cobertizo camuflado de tamaño más que regular. Estaba techado y disimulaba un pozo muy hondo.

Aunque mucho mayor, daba la impresión de una tumba.

Se registró a Doc y a sus compañeros por ver si llevaban armas. En cuanto a la muchacha de los cabellos plateados, se vio que no llevaba ninguna, gracias a los vestidos húmedos a causa de su inmersión en las aguas del lago, que se adherían al bien modelado cuerpo.

Después se les obligó a descender por una cuerda al interior del pozo, cuya profundidad era extraordinaria.

Allí exploraron las paredes y el suelo del abismo. Lo mismo uno que otras, eran de roca lisa como la palma de la mano, sin aristas ni salientes a qué agarrarse.

—¡Por el toro sagrado! —exclamó Renny—. Estamos en una tumba.

—Tú lo has dicho, grandes puños —gruñó la voz de Hack desde arriba.

Renny levantó la cabeza y le dirigió una mirada centelleante. A su alrededor reinaba profunda oscuridad y arriba había un poco más de luz, solamente a causa del techo del cobertizo.

—O. K. —dijo Renny—. Pero te participo que no te saldrá bien el plan. Los habitantes de las ciudades, por ejemplo los de Detroit, no se avendrán a entregaros tan gruesas sumas.

—Eso te crees tú —replicó Hack desde lo alto—. Los anuncios referentes a los monstruos excitaban la curiosidad pública, y han servido de base a nuestros proyectos. Por de pronto, el público ya se ha dado cuenta, a estas horas, de que no es cosa de juego.

—Estás loco si piensas que se echarán a temblar y te entregarán el dinero —exclamó el ingeniero.

—En principio es posible que no lo hagan —replicó, con acento sombrío, Hack—. Pero mañana por la noche les enviaremos a nuestro cargamento de gigantes. Todos irán provistos de su armadura correspondiente, con la cual pueden desafiar incluso a la artillería y también llevarán máscaras antigás. Lo que harán en Detroit servirá de advertencia para las otras ciudades y al cabo, se someterán.

—Los aeroplanos bombardearán a los gigantes.

—¿Ah, sí? Antes se apresará al alcalde y otros personajes principales de la población.

—Pero, ¿cómo es posible que hagan tantas cosas a un tiempo? —interrogó curiosamente Renny—. ¿Y para qué quieren el dinero? Con él o sin él, no dejan de ser seres anormales, monstruosos. Ni pueden gozar de la vida ni siquiera hablar coherentemente.

—Es que después de todo esto —replicó Hack con acento de triunfo—, se les volverá a su estatura ordinaria.

—¿Podrá Pere Teston volverlos pequeños otra vez?

—Tú lo has dicho, grandes puños.

Doc Savage terció en el diálogo para interrogar a su vez:

—Así, ¿los gigantes toman parte en la lucha sólo porque creen que volverán a recobrar su tamaño normal?

—No lo creen: lo saben —replicó Hack.

Y dio órdenes a dos gigantes que se estacionaron al lado del pozo para vigilar a los prisioneros.

—¿Se ha devuelto ya a alguno de los gigantes la estatura corriente?

—No. Pero puede hacerse sin esfuerzo. Pere Teston lo ha hecho ya con monos y gallinas de Guinea. Incluso con una vaca.

—¿Pero le ha devuelto la estatura corriente a un hombre?

—¡No, diantres! Ni ha habido necesidad de ello todavía.

—¿Y estás seguro de que esos animales de que me hablas, han disfrutado de una vida larga y segura?

—¿Qué quieres decir, hombre de bronce?

—Que al reducir su tamaño quizás hayan muerto —replicó Savage, tranquilamente.

La declaración pareció impresionar al bandido. Hubo un instante de silencio.

Luego se oyó un juramento proferido en voz baja.

—¿Es que tratas de asustarles? —dijo luego—. Ya sabes que te escuchan.

Y se retiró.

—¿Es ese un «bluff», Doc? —deseó saber Renny—. ¿De veras no lograrán devolverles a la normalidad?

Doc no contestó. En vez de hacerlo dio una vuelta en silencio en torno del pozo y reunió a sus compañeros.

CAPÍTULO XXIII

FUGA Y CAPTURA

ELLOS se sorprendieron, de momento, pues no comprendían el motivo de que los reuniera. Luego se dieron cuenta del porqué, y sin que Doc les transmitiera ninguna orden aparente, entraron en acción.

Renny se colocó junta a una de las paredes del pozo. Con agilidad increíble, dada su corpulencia, Monk se subió sobre sus hombros y se mantuvo allí, guardando el equilibrio.

Johnny se encaramó hasta sus hombros, y pronto formaron una pirámide palpitante, alcanzando una altura casi igual a la de la pared del pozo.

Doc Savage ascendió aquella escala formada por sus hombres. Puesto de pie sobre la espalda de Long Tom, que era el menos pesado, pudo alcanzar el brocal del pozo y asomó la cabeza.

A la luz de la luna que inundaba de resplandor la parte del cobertizo que no estaba resguardada por el techo, distinguió a los dos gigantes guardianes.

Uno se hallaba situado cara al Norte; el otro cara al Sur. En torno al cobertizo se extendía un suelo desprovisto de accidentes, liso como la palma de la mano, por lo cual le pareció a Doc imposible cruzarlo sin llamar la atención.

Del otro lado de la isla llegaban hasta el cobertizo voces y risas, estruendosas carcajadas atronadoras. Estas eran sin duda los únicos sonidos que se permitían lanzar las cuerdas vocales de los monstruos.

La predicción de Doc no les había impresionado, evidentemente, y continuaban creyendo que podían recuperar su estatura normal.

Sin hacer ruido, Doc saltó por encima del brocal. Fue entonces

cuando sorprendió un movimiento apenas perceptible en la oscuridad del cobertizo.

Se detuvo y aplicó el oído, convencido de que era Hack el que se había movido. Pero no era él.

Era el cerdo. Habeas Corpus, que fue a frotarse contra la pierna del hombre de bronce. La acción produjo leve ruido. El animalito se las había compuesto de manera que había llegado al cobertizo sin llamar la atención de los gigantes.

Doc le tomó en brazos. Valiéndose de gestos y de caricias, hizo comprender al inteligente animal que debía salir a escape del cobertizo.

El cerdo se alejó galopando.

Los gigantes le vieron. Tan poco usual era el aspecto del cerdo, que les llamó la atención.

El cerdo corriendo les distrajo un momento tan sólo. Pero fue suficiente para que Doc pudiera escapar del cobertizo sin que le vieran y volara a esconderse detrás de un montículo rocoso.

Convertido en fantasma de bronce, color que se confundía con el matiz terroso de las peñas y se fundía por completo en las sombras, se dirigió en línea recta a la playa.

Los grandes hangares camuflados se destacaban de las sombras como grandes masas oscuras. Pasó por delante de ellos sin detenerse y llegó junto al lago.

Apenas si el chapoteo natural señaló su entrada en el agua. Llenóse los pulmones de aire y se sumergió.

Como nadador era infatigable, capaz de recorrer largo trecho sin salir a la superficie. Había adquirido esta habilidad de la misma manera que lo aprendía todo, esto es, estudiando los métodos de los maestros.

Los artificios de que se valía para nadar bajo el agua eran los mismos usados por los expertos nadadores de las islas del Sur.

Saliendo a la superficie del agua a largos intervalos, para llenar sus pulmones de aire, Doc avanzó lago adelante, hasta llegar al punto donde sus ayudantes, miss Morris y él mismo se habían visto precisados a abandonar las cajas y maletas que utilizaban a guisa de pesos para mantenerse adheridos al fondo.

Conocía dicho punto gracias al cuidado de retenerlo en la memoria que había tenido en el momento en que fueron apresados

por les gigantes. Y como no había dado muestras de ello, el hecho había pasado inadvertido.

Se atrevió a asomar la cabeza, levantó los ojos y vio el alineamiento de grandes peñascos que señalaba el punto donde estaba el equipaje.

Tan acertado había estado en sus cálculos, que tropezó con él a la tercera zambullida.

Sus manos, de tacto tan sensible, exploraron un recipiente. Estaba familiarizado con las cajas que él mismo construyera. No. El recipiente no era el que buscaba. Registró las oscuras profundidades del lago hasta tropezar con otras cajas. Pero no quedó satisfecho hasta que no hubo palpado la cuarta.

Llevando la pesada caja debajo del brazo, subió a la superficie. El regreso a la isla, nadando por debajo del agua casi todo el trayecto, no era cosa fácil, ya que el peso de la caja retardaba su avance.

Comprendiendo que podía haber guardias cerca de los hangares por la parte de la playa, Doc salió del agua en el lado opuesto a ellos.

Una vez en la playa, no perdió tiempo en descansar. El esfuerzo hecho durante la vuelta, no había menguado apenas su fabulosa reserva de energías.

Llevando a la espalda la caja de metal que había sustraído al equipo, se internó en al isla. En el lado opuesto continuaban sonando risas y voces. Doc se aproximó al punto de donde partían.

Ningún ser fabuloso se hubiese acercado con tanto sigilo.

Las risas salían de una gran cabaña camuflada que era, a juzgar por las trazas, un dormitorio común. Doc no se acercó demasiado.

No deseaba arriesgarse a que le descubrieran.

A continuación realizó, paso tras paso, un examen de la isla.

Cerca de la casilla de los botes, descubrió un edificio de gran tamaño, que parecía ser un laboratorio. Sus estantes de madera sin pulir sostenían prodigiosa cantidad de material químico.

Doc revisó los frascos, fijándose, sobre todo, en lo que contenían. Para leer los rótulos que ostentaban empleó los fósforos de una caja que encontró junto a un mechero.

Y para que no se apagara, mantuvo pegado el fósforo junto a la pantalla formada con la palma de su mano.

También halló tratados de química cuya primera hoja ostentaba el nombre de Pere Teston. El mismo carácter de letra descubrió en varios cuadernos y libritos de notas. Estos últimos estaban fechados con relación a los experimentos hechos para aumentar el tamaño de los animales. Los casos descritos eran, aparentemente, los primeros esfuerzos realizados por Pere Teston en la materia.

También estaba anotada la fecha del anormal desarrollo de una vaca. Pere Teston le consideraba de una gran importancia, pues había escrito: "Repárese en que la capacidad productora de leche del animal corre pareja con el desarrollo de los huesos y tejidos. Esto significa que el proceso de aumento de volumen dará por resultado la creación de animales valiosísimos para la agricultura.

"Particularmente confío en que mediante nuevos experimentos llegaré a limitar los efectos de mi invento a ciertos órganos del animal. Con ello el ganado adquirirá la capacidad de producir grandes capacidades de leche."

Otras notas relacionadas con el mismo asunto seguían a la primera. En un cuaderno descubrió Doc apuntes sobre el crecimiento de un caballo de tiro.

En estos primeros experimentos, que se remontaban a varios años atrás, Pere Teston no expresaba la idea de aplicar su invento al desarrollo de los seres humanos, para aterrorizar con él a las ciudades.

Tampoco halló la fecha de los trabajos realizados en época más reciente.

Dejando el laboratorio, continuó su registro de la isla. Entró en varios edificios para salir de ellos enseguida.

Eran almacenes que encerraban provisiones en gran cantidad, destinados con seguridad a la manutención de los gigantes.

Casi en el extremo sur de la isla descubrió un pequeño cobertizo de lienzo y metal combinados. Delante de él, en la grotesca actitud de un ídolo oriental, divisó a uno de los gigantes.

El monstruo parecía estar alerta, y llevaba en la mano una larga pipa.

Vertió tabaco en la descomunal cazoleta y, a continuación, trató de encender una cerilla. Sus dedos gigantes, faltos de tacto, rompieron algunas y la brisa nocturna apagó otras.

La dificultad que encontraba en realizar la sencilla operación le

distrajo un momento.

Doc dio un rodeo y se dirigió a rastras hacia el cobertizo. Para atravesar una pequeña extensión rocosa debía exponerse a que le vieran los ojos del coloso.

Lo hizo aprovechando un momento en que este rascaba cuidadosamente una cerilla. Llegó al cobertizo sin ser visto.

Los costados metálicos de aquél eran abiertos y se habían levantado las tiras de lona, para renovar el aire.

En caso necesario se bajaban, convirtiendo el cobertizo, para la persona que lo observara, ya desde lejos, ya desde el aire, en una roca angulosa.

Doc Savage se deslizó dentro, deseoso de ver qué era lo que guardaba allí el gigante. Pronto quedó aclarado el misterio.

En el suelo del cobertizo reposaba un hombre.

En el punto donde estaba tendido era tan densa, tan total la oscuridad, que parecía de una materia sólida. Doc le descubrió por el tacto y por el uso de sus ultrasensibles órganos del olfato.

Sus dedos de bronce recorrieron aquel cuerpo inerte y el ligero contacto con el hombre transportó a su cerebro impresiones tan claras como las de la vista.

De este modo se dio cuenta de la estatura del prisionero y, probablemente, de su peso. Descubrió férreas esposas en sus muñecas y tobillos.

El sujeto yacía en una total inmovilidad: no movía ni siquiera uno solo de sus músculos. Sin embargo, estaba vivo.

Doc hizo presión sobre determinado centro nervioso con objeto de provocar una reacción de los músculos. Su conocimiento de las drogas, de sus efectos y de sus síntomas era verdaderamente extraordinario.

Por ello llegó a una conclusión: la de que los miembros del preso se hallaban sometidos a la influencia de un anestésico administrado en forma de inyecciones locales de cierta substancia similar a la cocaína u algún otro alcaloide de los usados por los dentistas.

Después tornó a examinar los tobillos. A las esposas iba unida una cadena muy fuerte, sujeta mediante una vuelta a los postes metálicos que sostenían el cobertizo.

Doc sometió sus eslabones a una prueba. Eran resistentes.

Animado por la intención de envolverles en tela, a fin de que

quedara amortiguado el sonido producido por su rotura, se despojó de la camisa.

En aquel crítico instante y movido, sin duda por la idea de resguardarse del viento y encender la pipa, penetró el gigante en el cobertizo.

Doc no se hizo ilusiones. La llama del fósforo iba a descubrir su presencia.

Abandonó al cautivo, en silencio, y se escurrió fuera del cobertizo por el lado opuesto.

Sin embargo, no abandonó, por el momento, los alrededores. Sólo se alejó en vista de que el gigante parecía albergar la intención de abandonar el cobertizo.

Continuó su ronda y halló al paso más viviendas, construidas de modo que no podían ser descubiertas desde arriba. Al fin, localizó la que buscaba.

Era una construcción que servía de cuartel general. En su interior vio Doc varios mapas señalados con líneas rojas para indicar el camino a seguir en el momento de poner en práctica el proyectado plan de ataque sobre Detroit y las otras tres ciudades.

También había una gran caja de caudales en la vivienda.

Aquí era donde, cuando se hospedaba en la isla, había sentado sus reales la persona que manejaba a los gigantes.

Doc llevaba todavía consigo la caja de equipaje rescatada del fondo del lago.

La abrió, y de su interior extrajo varios rollos de alambre, algunas cajas pequeñas. Por encima de su cabeza escondió un disco diminuto, de modo que no fuera descubierto.

Partían de él alambres aisladores finísimos y, por consiguiente, apenas perceptibles a simple vista. Doc los arrolló a uno de los postes metálicos que servían de sostén a la cabaña e introdujo sus extremos en una de las cajitas pequeñas, que enterró bajo la seca arena del suelo. Una vez realizada la operación, abandonó aquel lugar. En el extremo opuesto de la isla, se levantaba la casa de troncos que alojaba a los gigantes. Doc se aproximó a ella, con precaución.

En un punto distante tan sólo unos metros de la casa, plantó otro aparato y lo ocultó de manera que no llamara la atención.

Acto seguido regresó junto al pozo donde seguían presos sus

camaradas. El cerdo no había vuelto a aparecer.

Doc estudió a los gigantes guardianes. Los músculos de su garganta adquirieron de pronto una tensión particular.

Procedente del lado oculto por unas peñas, surgió una voz similar a la de Hack.

—¡Venid acá, gigantes! —decía—. Es cuestión de un instante.

Los guardianes titubearon. Miraron en dirección al cobertizo.

—¡Vamos, daos prisa! —insistió la voz desde las rocas.

Los guardianes estaban seguros de que oían hablar a Hack. Pesadamente echaron a andar. Apenas tuvieron tiempo de avanzar doce pasos, tornaron a oír a Hack.

—¡Eh! No avancéis más. He creído que sonaba el zumbido del motor de la gasolinera en el lago. Pero ha sido el croar de una rana.

Los guardianes volvieron a su puesto. Como eran muy zotes, no adivinaron que acababan de engañarles.

Doc era excelente ventrílocuo y maestro en el arte de imitar todas las voces.

Mediante una entonación parecida a la de Hack, había engañado a los gigantes para distraer su atención.

Mientras miraban a otra parte, había cruzado el camino y entrado en el cobertizo, donde encontró a Habeas. Se metió al cerdo debajo de un brazo y se hundió en el pozo.

Sus cinco camaradas retuvieron el aliento para oír mejor el relato que les hizo de sus andanzas por la isla.

Pero ¡oh desilusión! Doc no les dio ni la menor explicación de ellas.

Por dos o tres veces creyeron oír cuchicheos, pero rechazaron la idea, convencidos de que los rumores eran producidos por los granos de arena que la brisa nocturna empujaba hasta el interior del pozo.

En realidad, no se engañaban. En voz tan baja que era apenas un susurro, Doc conferenciaba, lejos de ellos, con la muchacha de los cabellos plateados.

CAPÍTULO XXIV

EL SEÑOR DE LOS GIGANTES

HACK, el individuo tan rubicundo que parecía estar siempre congestionado, surgió junto al brocal del pozo una hora después. Estaba muy excitado.

Lo demostró al encender la linterna que traía en la mano, con súbito arranque.

—Bueno. ¿Qué ha pasado aquí? —dijo bruscamente.

Doc ni siquiera alzó la vista. Su actitud denotaba una gran tranquilidad.

Y no respondió a la pregunta de Hack.

—¡Eh, hombre de bronce! Contigo hablo.

—¿Sí, eh? —le contestó Monk.

—No os pongáis graciosos —siguió diciendo Hack—. Hablo con vuestro jefe.

¿Qué ha pasado aquí?

Doc meditó, al parecer, una respuesta.

—Poca cosa —replicó luego—. Hemos charlado un poco y tenemos apetito.

—Supongo que nos daréis de comer.

—Os daremos otra cosa —replicó Hack con acento seco—. Los gigantes aseguran que hace rato me oyeron hablar con ellos y yo no estaba aquí. ¿Qué será lo que han oído?

—¡Ah! ¿Pero saben hablar? —Doc respondió a la pregunta con otra—. Juzgando por los gruñidos que les he oído emitir, creía que el proceso de su desarrollo había afectado a las cuerdas vocales.

—No pueden hablar, pero sí escribir. ¿Que habéis estado haciendo?

Doc miró a sus compañeros y les interrogó:

—¿Qué es lo que hemos hecho últimamente?

—Que me registren —replicó Renny. Dio una palmada y el choque de sus manos sonó como la colisión de dos piedras.

—Me parece que me estáis tomando el pelo —aulló Hack.

Entonces descubrió a Habeas Corpus, cuya vista le movió a lanzar un furioso grito de sorpresa. Al inclinarse para verlo mejor, estuvo en un tris que no se cayera dentro del pozo.

—¿De dónde habéis sacado esa ridícula imitación de un puerco? —interrogó, en cuanto hubo recobrado la estabilidad.

Monk cogió en sus brazos al animal. Mostrando a Hack una oreja, le preguntó:

—¿La ve?

Hack lanzó un gruñido de desprecio. Monk explicó, muy serio:

—Habeas pertenece a una raza especial y le sorprendería por su inteligencia. Las orejas le sirven para volar. Por ello ha llegado hasta aquí.

Hack tosió, como poniéndolo en duda.

—Y también sabe hablar. Va usted a oírle.

Alzó en vilo al cerdo y el animal abrió la boca.

—Oye, Hack —¿cuándo vamos a comer?— pareció que decía.

Hack, confundido, guardó silencio un momento. Luego se hizo la luz en su entendimiento.

—¡Ah! eres ventrílocuo —exclamó. Riéndose con toda su alma, apagó la luz—. Eso explica la voz oída por los gigantes.

A gritos llamó a cuatro gigantes más que llegaron a poco. Desde el fondo de su prisión oyó el grupo los pesados pasos.

Tras de ordenar a los recién llegados que ayudaran a los dos primeros guardianes en la tarea de vigilar el pozo, Hack abandonó el cobertizo.

—Ahora sí que no veo cómo vamos a salir de aquí —observó, gimiendo, Renny.

Monk se acercó a Doc y le preguntó:

—¿He hecho bien o no en fingir que le hablaba el cerdo?

—No has podido tener ocurrencia más oportuna —le contestó el hombre de bronce.

Las horas subsiguientes se les hicieron interminablemente largas. Monk saltaba, semejante a un mono enjaulado, junto a las paredes del pozo.

Habeas gruñía, pisándole los talones.

—Sin duda el sol se ha olvidado de salir —dijo una vez Monk.

Más tarde le sorprendió hallar a Doc dormido en el centro de su prisión.

Tranquilizado por la calma del hombre de bronce, Monk trató, a su vez, de descabezar un sueño. Mas, como ni siquiera lograba mantenerse un rato con los ojos cerrados, abandonó tal idea.

Sostuvo una consulta con sus camaradas, a quienes preguntó en voz baja, para no despertar al durmiente:

—¿Qué creéis que habrá ido a hacer al exterior?

—¿Se lo ha preguntado usted? —deseó saber la ex domadora.

—Sería inútil.

—¿Por qué razón?

—Es difícil de explicar, sobre todo a las personas que no están familiarizadas con su modo de ser —replicó el químico—. Como no quiera hablar, no hay medio de arrancarle una palabra.

—Pero tampoco usted le ha preguntado lo que ha descubierto en su paseo...

—Desengáñese, señorita, los cinco le conocemos bien, por ello, sabemos cuándo quiere y cuándo no quiere abrir la boca. Recordará que ha guardado a su vuelta obstinado silencio, ¿no? Pues no hablará.

—¡Bah! —exclamó Juana Morris.

Para pasar el tiempo, Monk probó a amarrar diminutos fragmentos de roca al suelo del pozo, y uno a uno se los fue arrojando a los gigantes.

Los monstruos respondieron al ataque con una rociada de fina arena. La nube les ahogó, produciéndoles infinitas molestias.

—Déjales en paz —aconsejó Doc, que se había despertado—. De momento llevan ellos la batuta.

Juana decidió hacerle hablar.

—¿Qué ha visto en la isla? ¿Qué piensa hacer ahora? —le interrogó.

—Se sabrá cuando llegue la hora —respondió Doc.

Y esto fue todo lo que pudo sacarle la muchacha, a pesar de hacerle todavía otras preguntas.

Disgustada, pasó al otro extremo del pozo y allí trató de dormir.

Al cabo de un siglo amaneció. La luz del alba tiñó de rojo el

brocal del pozo.

Su fondo continuó sumido en tinieblas.

Doc Savage se acercó a Juana Morris y le dijo algo que no oyeron sus camaradas. Enojada, aparentemente, por la negativa de Doc a contestar a sus preguntas, ella le contestó ásperamente.

—Recuerdo muy bien lo que me dijo anoche —observó—, pero usted debe enterarme de lo que descubrió en la isla.

—No grite tanto —recomendó él. Y la dejó.

Sus camaradas cambiaron entre sí una mirada de sorpresa. Aquella era la primera noticia que tenían de que Doc hubiera hablado ya con la señorita.

—Debió sostener una conferencia con ella, cuando oímos los cuchicheos que nos llamaron la atención —manifestó a los demás el químico.

Los cinco miraron a Doc. Les devoraba la curiosidad y no pudieron disimularlo.

—Oye, Doc: ¿puede saberse por qué nos dejas al margen de este asunto? —quiso saber Monk.

—Es cuestión de psicología —replicó Doc enigmático.

—¿Eh?

—Si os dijera lo que va a resultar de este embrollo o por lo menos, lo que espero, según mis cálculos se avivarían vuestras esperanzas. Es posible que alimentarais la convicción de que podemos salir airosos de esta situación.

—Y nos volveríamos locos.

—Locos, no. Pero se decaerían mucho vuestros ánimos cuando vierais que no sucedía lo que esperabais.

—Vamos, Doc, desembucha de una vez. Tras de la noche pasada en este agujero necesitamos que nos animes.

—Si mi plan sale mal —replicó Doc con cierta indiferencia—, vais a sentir una gran decepción. Sufriréis mucho más conociéndolo que si lo hubierais ignorado. Por ello no quiero deciros nada.

—Por de pronto ya nos tienes nerviosos —dijo, sonriendo, Monk.

Doc les miró con atención. Aparentemente reconocía su derrota y se decidía a hablar.

—Bueno. Voy a deciros lo que he pensado —les notificó.

Mas, no pudo hacerlo. El zumbido de un aeroplano llegó a sus

oídos traído por el aire de la mañana. Había comenzado por un débil susurro semejante al trompeteo de un mosquito, y aumentaba con sorprendente rapidez.

El acontecimiento tuvo la virtud de interrumpir la discusión entablada, y de suscitar el interés de los seis hombres.

—Suena como el motor de un “bus” sumamente rápido —sugirió Renny; y se contempló los puños en la oscuridad del pozo.

El aeroplano pasó, raudo, por encima de ellos. Había descendido tanto que el viento originado por su hélice agitó las tiras de lona del cobertizo, y una nube de arena fina penetró en el fondo del pozo.

—Es el amo —gritó la voz de Hack desde un punto invisible de la isla.

El aeroplano tornó a volar por encima del pozo. Aterrizó al fin, entre explosiones. Los guardianes gigantes expresaron su satisfacción con significativos gorgoteos.

—Parece que se alegran de la llegada de su jefe —observó Long Tom.

—No es extraño —replicó Ham—, ya que es el único que puede volverles a su estado. Pobres de ellos si algo le ocurriera.

Entre gritos de alborozo se acercaron algunos hombres al cobertizo.

Sobresalía la voz de Hack, que venía explicando al jefe los últimos acontecimientos.

—Hemos atrapado toda la banda de Savage —le oyeron decir—, y está dentro del pozo. Ya no puede hacernos daño, porque la hemos desarmado.

—Entonces, ¿por qué demonios no os habéis desembarazado de ella?

El jefe de los gigantes era quien acababa de proferir tales palabras, no cabía duda. Su voz vibraba con arrogancia.

—¡Pere Teston! —exclamó Monk.

—No me parece una voz natural —susurró miss Morris.

—En efecto. Suena a hueco —convino Monk.

—Sin duda habla por medio de un tubo, para disfrazarla —dijo Doc.

Oyóse la voz seca de Hack que contestaba:

—Les hemos conservado la vida, mi amo, por si desearas interrogarles.

—Y ¿qué pueden decirme que yo no sepa? —replicó con orgullo el jefe.

—Por ejemplo, los preparativos que se están llevando a cabo en Detroit para recibirnos —dijo Hack en tono lastimero, servil, como quien desea congraciarse.

Su jefe se rió por el tubo que usaba para disfrazar la voz.

—¡Qué hagan lo que quieran! —exclamó—. ¡Poco me importa!

Hack tornó a decir, lloriqueando:

—Mas, en el caso de que piensen valerse, para derrotarnos, de sus aeroplanos, y nos bombardeasen...

—Es que no atacaremos a Detroit esta noche. Vamos a sorprender a Milwaukee.

—¿A Milwaukee en lugar de Detroit? —inquirió, atragantándose, Hack.

—Hack, amigo mío, en ocasiones eres muy torpe —observó el jefe con su voz cavernosa—. No creas que sólo los gigantes que hay aquí, a pesar de sus armaduras, pueden lanzarse al ataque de una ciudad dispuesta a recibirles.

—Es que son imponentes...

—El volumen no es lo que se tiene en cuenta hoy en día. Es la inteligencia.

Bombas y ametralladoras acabarían con ellos.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—No te apures por tan poco —dijo riendo la voz cavernosa—. Mi plan se basa en la psicologia de las gentes. Si hubieras leído hoy los periódicos, comprenderías lo que quiero decir. El tamaño de nuestros gigantes ha sido exagerado. Ya ves cómo han servido de mucho los anuncios insertados en estos últimos meses.

—No comprendo.

—El pueblo americano tiene imaginación. En estos momentos cree que poseemos gigantes de un tamaño descomunal. Realicemos una incursión sobre Milwaukee bombardeando, ante todo, el edificio de la Compañía de gas y electricidad con objeto de que la población se quede a oscuras, y a continuación los gigantes romperán los cristales, cogerán a unos cuantos habitantes y les retorcerán el pescuezo. Dada la oscuridad producirán desastrosa impresión y, después del ataque, todo el mundo les tendrá por más vigorosos de lo que son en realidad.

—Así, ¿bastará esto para que las ciudades nos entreguen los cinco millones que necesitamos? —preguntó Ham.

—Por lo menos bueno es intentarlo. —El jefe se volvió a reír.

—¿Y si no tuviéramos éxito?

—Entonces nuestros gigantes cometerán otros crímenes, amigo mío. Como sabes, el compuesto que les ha desarrollado los hace al propio tiempo muy duros y no mueren así como así. No les afectan las heridas que darían fin a la vida de hombres más normales.

—Tienes razón.

CAPÍTULO XXV

MUERTE EN GRAN ESCALA

NADA más se dijo durante unos minutos.

Los gigantes gritaban y palmoteaban, llenos de gozo. La perspectiva de lanzarse al ataque de una ciudad dispuesta a la lucha no les atraía.

En cambio el asalto a Milwaukee les parecía un entretenimiento.

En el interior del pozo reinaba un profundo silencio. Renny sudaba, abría los puños y volvía a cerrarlos maquinalmente. Monk estaba muy serio y abstraído, le rascaba al cerdo detrás de las orejas.

Miss Morris había palidecido y tenía el busto rígido. Sólo el hombre de bronce continuaba imperturbable, como de costumbre.

Sin embargo, sabía que la muerte rondaba en torno del pozo.

Hack interrogó al jefe:

—¿Cómo descenderán los gigantes sobre Milwaukee?

—En los aeroplanos —le recordaron—. Tengo anotada la posición que ocupan las fábricas de gas y electricidad y las bombardearemos. Luego desembarcaremos en la playa. Desde ella, los gigantes podrán internarse en el corazón de la ciudad, cosa sencilla dada la oscuridad.

—¡Excelente idea! —aprobó Hack.

—Ahora hay que desembarazarse de los prisioneros.

—¿De qué manera?

—Utiliza la ametralladora y luego haz que los gigantes llenen el pozo de rocas.

Hack dio, en voz alta, la orden de que le trajeran el arma. Le obedecieron.

Sonaron «clics» significativos y se insertó en la ametralladora

una serie de cartuchos. Hack apareció junto al brocal del pozo.

Iba a darles la muerte.

La muchacha de los cabellos plateados lanzó un gemido y se tapó los ojos.

Monk lanzó un aullido, agazapóse como si fuera a saltar sobre el presunto asesino.

Doc posó las doradas pupilas en la persona de Hack.

—Anoche permanecí fuera del pozo largo rato —le dijo.

—¡Vaya! No trates de engañarme —replicó Hack con sorna.

—Los gigantes oyeron tu voz entre las rocas —recordó Doc—. Desde luego, era un luego de ventriloquia como has supuesto, pero con la intención de que se distrajeran los guardianes y miraran a otro lado. No se dieron cuenta de mi regreso al pozo.

Hack parpadeó, inquieto.

El jefe de los gigantes que le oía dialogar, preguntó:

—¿Qué hay de nuevo, Hack?

—Que quieren engañarme.

—No es esta ocasión de bromear —le aseguró Doc con grave acento.

—Los guardianes no se han engañado. Han oído, efectivamente, una voz —le advirtió Hack al jefe.

Luego, volviéndose a mirar a Doc con ojos centelleantes, le preguntó:

—¿Qué es lo que hiciste anoche, hombre de bronce?

—Cuando lo sepas será tarde para que te beneficies de ello —replicó Doc con rostro inexpresivo.

—¿Qué quieres decir?

—Que perecerás víctima de una catástrofe.

De súbito miss Morris bajó las manos con que se tapaba la cara.

—Yo sé lo que hizo —chilló—. Es algo que ocasionará la destrucción de la banda. Sacadme de aquí, ponedme en libertad y diré de qué se trata.

—¡Ah, bruja! —exclamó Renny; y trató de cogerla.

—¡Atrás, el de los grandes puños! —gritó Hack, desde arriba.

La orden era innecesaria. Ya, Renny había bajado los brazos.

Su intención había sido poner ambas manos sobre los labios de la muchacha, para que callara. Mas ya era tarde.

La voz hueca del jefe de los gigantes se mezcló a la discusión.

Pero no se mostró a los prisioneros.

—Sacad a la muchacha —ordenó—, y oiremos lo que tiene que decir. No podemos arriesgarnos a sufrir algún percance.

—Antes, prométame que me dará la libertad —dijo gimiendo miss Morris—.

Prométamelo.

—Te lo prometo —tronó el jefe.

Una cuerda descendió ondulando hasta el interior del pozo. Hack amenazó a Doc y a sus camaradas con la ametralladora, manteniéndoles separados del cabo de la cuerda.

Entonces la muchacha se ató con él por debajo de los brazos, y la subieron.

Doc contempló cómo ascendía hasta el brocal del pozo. Cuando ella se encontró frente al siniestro jefe de los gigantes, sufrió violento sobresalto e hizo un movimiento con los brazos.

—¡Oh! —exclamó. Es…

—¡Silencio! —le ordenó la imperiosa voz del jefe.

Obediente, la joven dominó su emoción. Luego dijo:

—Lo que deseo comunicarle es puramente confidencial. ¿No habrá un sitio donde le pueda hablar a solas?

Siguió una pausa. El jefe reflexionaba. Al cabo respondió:

—Dispongo de mi cuartel general. No conozco sitio más apropiado para conversar.

Se alejó, acompañado de la joven y, a poco, dejaron de oírse sus pasos. Los cinco hombres de Doc se miraron trastornados. Les hería en lo vivo la defección de la muchacha.

—Yo la creía otra cosa —gimió el químico—. Mira que traicionarnos cuando nos debe la vida…

—¡Bah! —replicó Renny—. Pero estará dentro de poco de vuelta en este pozo.

Aunque más pálido que de costumbre, Long Tom interrogó a Doc:

—¿De veras le has hablado de tus proyectos?

—¿No recuerdas que anoche estuve conferenciando con ella? —repuso Doc.

Tornó a reinar un silencio relativo allí dentro. Los seis gigantes vigilaban el brocal. Hack permanecía junto a él, ametralladora en mano.

Volvieron a oír voces al cabo de unos cinco minutos, pero les pareció que había transcurrido más tiempo.

La muchacha de los cabellos plateados conversaba con el jefe de los gigantes. Sus voces salían evidentemente, de un altavoz, porque eran metálicas, aunque no muy fuertes.

Ahora el dueño de los gigantes ya no desfiguraba su voz, y les pareció a sus prisioneros que aquella voz tenía un timbre familiar.

Doc tomó nota del asombro experimentado por sus hombres. La voz del jefe les tenía algo a la memoria. Monk abrió la boca cavernosa para pronunciar el nombre que le recordaba la voz.

Pero la importancia de las palabras que decía le obligaron a guardar silencio.

La conversación se sostenía evidentemente en la cabaña del Jefe, aun cuando los altavoces lo transmitieran a toda la isla.

—¿Qué hizo anoche Doc Savage? —había interrogado el jefe a miss Morris.

—Se preparó a decirles una cosa a los gigantes —replicó la ex domadora.

—¿Qué es ello?

—La verdad sobre una cuestión capital. Usted les está engañando.

—No diga disparates.

—No los digo. Savage quiere que sepan que ya no podrán recobrar nunca su estatura normal.

—¡Por todos los demonios del infierno! ¿Cómo lo sabe él?

—Porque estuvo en su laboratorio. Allí se enteró del proceso de su desarrollo. Posee vastos conocimientos en materia de química y en el acto se dio cuenta de que usted ha estado engañando a los gigantes. No podrán volver a recuperar su estatura normal, porque ello les acarrearía la muerte.

EL jefe de los gigantes lanzó un recio juramento.

—Has hecho bien en avisarme, hermana —declaró. Esos hombres son irreductibles y si se enteraran de lo que acabas de contarme se volverían contra mí. ¿De qué modo pensaba Doc decirles la verdad?

Desde el fondo del pozo, Doc y sus ayudantes observaban a Hack. Las facciones del bandido se estiraban y asumían una sombría expresión mientras escuchaba las palabras transmitidas por el

altavoz.

Palabras que no eran bastante sonoras para que pudieran ser oídas en el interior del cuartel general donde se sometía a miss Morís a un interrogatorio.

Los guardianes del pozo permanecían en silencio. Su tranquilidad aparente presagiaba una explosión, pues habían oído todo lo expuesto más arriba.

De súbito una alegre sonrisa desplegó los labios de Monk.

Se volvió a Doc.

—¿De qué medio te has valido? —inquirió, aludiendo al altavoz.

—Plantando junto a la cabaña un micrófono ultrasensible, —le confió Doc— conectando el transmisor portátil de mi aparato de radio. Cerca de la casa —dormitorio de los gigantes, se encuentran el receptor y el altavoz. El mismo que oyes ahora.

—¿Fue anoche cuando lo colocaste?

—Precisamente.

—Ahora lo comprendo —dijo Monk—. La señorita no nos ha hecho traición. Ha llevado al jefe de los gigantes a la cabaña y le ha movido a decir la verdad.

Fuera del pozo se iniciaban grandes acontecimientos. Los gigantes lanzaban violentos, feroces aullidos de rabia.

Comprendían, al fin, que estaban condenados a pasar el resto de su existencia convertidos en seres monstruosos.

Hack descendió del brocal armado de la ametralladora. Debió decidirse a hacer causa común con los gigantes.

Posiblemente su vecindad y su rabia influyeron en aquella determinación.

—El amo nos ha estado engañando —gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—¿Qué vamos a hacer?

La respuesta fue un trueno prolongado.

Los monstruos cargaban contra la cabaña del cuartel general.

—Aguardad —les gritó Hack, corriendo detrás de ellos—. Mi ametralladora puede seros útil.

Gritos estentóreos surgieron al otro extremo de la isla. Los gigantes no se expresaban por medio de palabras, pero el significado de aquellos aullidos no podía ser más claro.

Se volvían contra su amo.

—Haced una pirámide —decidió el hombre de bronce.

Sus hombres se pusieron en movimiento. Como la noche anterior, se encaramó Doc por la pirámide humana hasta el brocal del pozo, y salió al exterior.

Los monstruos convergían hacia la cabaña. Algunos habían cogido piedras casi tan grandes como barrenos para utilizarlas a guisa de proyectiles, y las manejaban lo mismo que si fueran guijarros. Uno de ellos le arrancó la cubierta de lona a una de las casas camufladas, rompió uno de los barrotes como si fuera de hoja de lata y, blandiéndolo, echó en pos de sus compañeros.

Desde el interior de la cabaña, tableteaba ya una ametralladora al servicio del amo de los gigantes.

Sus postas alcanzaron a uno de los monstruos en marcha.

El impacto le conmovió, pero continuó avanzando. La vitalidad de aquel nuevo Gargantúa era prodigiosa. Hasta que las balas de la ametralladora convirtieron la cabeza en una masa, no cayó, abierto de piernas y brazos.

Doc Savage lanzó una mirada en torno. Cerca del pozo descubrió la cuerda utilizada para la ascensión de la ex domadora.

La asió y tiró el cabo a sus compañeros, que treparon por ella.

En menos de lo que se cuenta, los cinco estuvieron al lado de Doc. Monk subió asiendo al cerdo por una pata.

CAPÍTULO XXVI

EL FIN DE PERE TESTON

NI Doc ni sus hombres manifestaron intención de asomarse a la contienda.

Se mantuvieron aparte, en calidad de espectadores. Hasta cierto punto, aquel final se asemejaba mucho a otros presenciados con antelación.

Su política estribaba en no arrancar personalmente la vida a sus contrarios por grandes que fueran sus provocaciones.

Pero, ellos llegaban de usual a un fin más a menos desastroso, como resultado de sus propias maquinaciones.

El jefe de los gigantes era un taimado bribón. Evidentemente tenía tomadas sus precauciones para el día en que los gigantes se le volvieran contrarios y por ello disponía de una regular cantidad de armas.

Otro gigante fue derribado ante la lluvia de plomo vomitada por la ametralladora.

Hack abrió el fuego con la suya. Pero, al hacerlo cometió fatal error, pues se distrajo y no se cubrió debidamente.

Su ex jefe le devolvió la pelota. De súbito Hack dejó caer al suelo la ametralladora.

Un momento se mantuvo en pie, con el cuerpo envarado; luego, se desplomó lentamente mientras que, de los agujeros abiertos en toda la extensión de su cuerpo, salía un arroyo de sangre.

La caída final fue brusca y señaló la completa extinción de su vida.

—Apartémonos de la línea de fuego —aconsejó Doc a sus camaradas—. Estaremos mejor al otro extremo de la isla.

Marcharon a través de su rocosa superficie, deteniéndose con

frecuencia para escuchar los progresos de la batalla.

Vieron que la muchacha de los cabellos plateados se había escapado de la cabaña y se retiraba furtivamente. Su camino debía llevarla necesariamente al punto elegido por los seis hombres para su permanencia momentánea.

El jefe de los gigantes no se había dado cuenta de su fuga. Ocupaba toda su atención la defensa propia contra la embestida de sus monstruosos seguidores.

—No le quitéis la vista de encima a la señorita —recomendó el hombre de bronce a sus compañeros.

—Descuida —repuso Monk—. A juzgar por la ruta emprendida, se reunirá a nosotros al extremo de la isla.

—Acompañadla —dijo Doc. Y retrocedió volviendo al punto de partida.

Monk se detuvo. Miró con ansiosa expresión al hombre de bronce que se alejaba, y le gritó:

—¿Eh? ¿Qué es lo que…?

Ham le interrumpió, asiéndole por un brazo.

—¡Detente, bala perdida! Ea, ven con nosotros —le dijo.

Y continuaron la marcha hacia el cabo. Con el cuerpo inclinado, Doc corrió por entre las rocas, avanzando, en ocasiones, a cuatro pies para pasar inadvertido.

Entretanto vigilaba a los gigantes para evitar una aproximación.

Se dirigía a la cabaña donde se hallaba el prisionero sumido en aquel particular estado de inercia; sometido a la nefasta influencia de una droga.

El guardián de la cabaña, no había abandonado su puesto y saltaba de impaciencia emitiendo sonidos de rabia.

De vez en cuando avanzaba unos pasos; titubeaba, y volvía al punto de partida. De pronto se detuvo y lanzó sobre la casa una mirada centelleante.

Se llenó de ira. Era evidente que aquel ser estúpido y peligroso, consideraba responsable de los sucesos desagradables acaecidos a última hora al infortunado preso.

Lanzando un rugido se lanzó sobre la cabaña, rasgó con el puño la cubierta de lona y comenzó a separar los barrotes que componían la armazón de metal.

Doc salió al campo raso. Sin dejar de correr se inclinó y recogió

del suelo dos pedruscos del tamaño del puño de un hombre, únicas armas de que podía disponer.

Doc lanzó un grito agudo. Con él llamó la atención del monstruo, que se volvió a medias. Convencido de que Doc iba a atacarle, salió apresuradamente del boquete que había abierto en la metálica pared.

Doc no se detuvo en su carrera. Parecía animado por la intención de llegar a una lucha cuerpo a cuerpo; el monstruo abrió las manazas y extendió los brazos, con objeto de recibir en ellos a su enemigo.

Lo que ocurrió después sorprendió al gigante. Doc se dobló hasta tocar el suelo y las manos del monstruo se crisparon en el vacío.

Luego sonaron dos golpes: pam, pam. El gigante lanzó un alarido de dolor.

Con las piedras que empuñaba, Doc le había pegado en las rodillas. Tras del ataque, retrocedió de un salto.

Dejó caer las piedras y cogió dos puñados de arena, arrojándolos a los ojos del monstruo.

Las finas partículas de sílice cegaron al monstruo y dio vueltas y revueltas sin objeto aparente, aullando de rabia, y descargando grandes golpes en el vacío.

Doc Savage se lanzó, como una flecha, al interior de la cabaña, levantó al preso del suelo y le llevó fuera.

Llevándole sobre los hombros, corrió a reunirse con sus compañeros.

La lucha entablada entre los gigantes y su antiguo jefe, tocaba rápidamente a su fin. Como el último se mantenía encerrado en la cabaña, no le habían visto todavía Doc ni sus hombres.

No podían identificarle, porque no se había mostrado a ellos todavía.

Después de valerse de la ametralladora, comenzó a lanzar sobre los gigantes unos pequeños tubos de metal que estallaban sin hacer más ruido que el de un huevo que se rompe. De ellos surgía un vapor color de limón, que se extendía rápidamente. El vapor envolvió a los gigantes en una nube amarillenta; ellos comenzaron a gemir y a retorcerse de dolor.

Desde el extremo de la isla Doc y sus hombres asistían al espectáculo.

—Gases venenosos, sin duda —comentó Monk, a propósito del amarillo vapor.

Ligera brisa acariciaba la isla del lado favorable para la rápida propagación de los gases, que impulsaba directamente sobre los monstruos.

Dos de ellos trataron de huir demasiado tarde. La nube color de limón descendió sobre ellos.

—¡Uf! —exclamó Renny—. Menos mal que no sopla de este lado la brisa.

Hasta mucho después no se dio cuenta de que, en previsión de semejante contingencia, Doc les había hecho dirigirse hacia aquel extremo de la isla, donde, antes de llegar hasta ellos, se habría disipado la nube.

También era evidente que iría a caer sobre el grupo de combatientes, lo mismo sobre los gigantes que sobre los seres normales que luchaban entre sí.

Tras su encuentro con los gases cayeron, casi al instante, los seres de estatura normal. Los gigantes sobrevivieron un momento, debido a su prodigiosa vitalidad.

Pero antes se vengaron, a su manera, de su antiguo señor. El bandido se había apoderado de los tres salvajes cabezas de alfiler y, contra su voluntad, los había transformado en gigantes, alimentándoles, a la fuerza, con el compuesto químico de su invención.

Justamente el tamaño de las cabezas de alfiler era lo que, indirectamente había puesto Doc Savage sobre la fantástica pista, ya que ellos se habían escapado de la isla para vengarse del hombre que les maltratara, de Bruno Hen, el mestizo.

La paliza que este último les había propinado al llegarse a él pidiéndole que les diera de comer, había sido, más tarde, la causa de su muerte.

Y fueron también los gigantes cabezas de alfiler los ejecutores del merecido castigo aplicado al jefe de los monstruos.

Los tres arremetieron a una contra la cabaña del cuartel general, y tornó a presentarse el drama que había dado fin a la existencia de Bruno Hen.

Valiéndose de las cabezas como de un ariete, golpearon sus costados y la echaron abajo.

Después desparecieron en su interior buscando al autor de su triste estado.

Espantosos alaridos indicaron que le habían encontrado.

Entre los tres se apoderaron del cuerpo sin vida, le columpiaron y lo lanzaron a distancia, deseosos de prolongar su venganza.

Pero ya el gas producía su efecto. Los tres se llevaron las manos crispadas al pecho, abrieron desmesuradamente las bocas y cayeron de rodillas.

En aquella posición, oscilaron un instante, y luego se desplomaron, uno tras de otro.

Doc Savage se reunió a sus camaradas. Sobre sus hombros llevaba al hombre que acababa de libertar.

También la muchacha de cabellos plateados fue a sumarse al grupo y todos contemplaron fijamente la carga de Doc, reparando en su semblante pálido y demacrado.

—Por su aspecto se diría que este hombre es Pere Teston —murmuró Monk.

—No cabe duda de que, al fin, resultará que lo es —replicó Doc.

Sin embargo, transcurrieron cinco minutos antes de que se pudiera comprobar, pues hubiera sido peligroso internarse en la nube de gases que se extendía todavía, como fúnebre palio, sobre el otro extremo de la isla.

Mientras aguardaban a que el viento se la llevara lago adentro, Doc Savage se dirigió a nado al punto donde se hallaba el equipaje.

Zambulléndose allí, buscó la caja que deseaba y la sacó a la playa.

Contenía medicinas, analépticos, estimulantes.

Sirviéndose de unos cuantos, logró reanimar a Pere Teston y poco tiempo después el cautivo habló de manera coherente.

—¿Es usted Pere Teston? —le interrogó al punto Doc Savage.

El infeliz respondió con una inclinación de cabeza.

—Llevo aquí preso muchos meses —manifestó.

—¿Por qué?

—A causa de mi invento —dijo, con un lamento, Teston—. Yo pretendía tan sólo aumentar el volumen de los animales domésticos. Pero esos bandidos lo aplicaron a los hombres. Me tenían preso para que elaborara el compuesto.

—¿Cómo lo descubrió el jefe de los gigantes? —preguntó Doc.

Teston hizo una mueca y se estremeció.

—Se lo descubrí yo mismo —explicó—, al dirigirme a él con objeto de que sufragara los gastos que acarreaba mi invento.

Doc se irguió en toda su estatura. Se pasó un dedo por la lengua y lo levantó para juzgar la fuerza de la brisa.

—Ahora debe haberse disipado ya la nube de gases —decidió—. Marchemos y examinemos al ser que hasta hoy ha llevado los hilos de la farsa.

Monk y sus compañeros se le adelantaron, deseosos de llegar los primeros junto al cuerpo exánime del jefe de los gigantes.

Miss Morris se quedó atrás. Fijó en Doc una mirada penetrante y le interrogó:

—¿Sabe usted ya quién era?

Doc hizo un gesto afirmativo.

—Lo supe apenas los gigantes realizaron su incursión sobre Trapper Lake —replicó—. El sujeto deseaba separarse de nosotros para presenciar las hazañas de sus gigantes y ellos se lo llevaron, como deseaba.

Monk llegó al punto donde yacía el emperador de los gigantes. La sonora exclamación que le arrancó el espectáculo llegó, en alas del viento, hasta Doc y miss Morris.

—¡Griswold Rock! —exclamó, estupefacto—. ¡Era Griswold Rock el jefe de los bandidos, y el autor de tantos crímenes!

El grupo desandó el camino andado. Su avance fue lento, porque corría ya a la izquierda, ya a la derecha, con objeto de examinar los restos de los hombres monstruosos y de los bandidos que se les habían asociado.

—La banda ha quedado totalmente exterminada —comunicó Monk a Doc, en cuanto estuvo a su lado.

Con ello quería decir que concluía la amenaza encarnada por los monstruos.

Y también significaba el comienzo de lo que, para el resto del mundo, seguiría sumido en el misterio. Ni Doc ni sus hombres contaron jamás lo sucedido en la isla.

La ex domadora encontró oportuna colocación en una Compañía de cine, donde mediante una recomendación de Doc, se convirtió en pocos meses en estrella de primera magnitud.

Tampoco habló con nadie de los sucesos que deseaba olvidar.

Ni habló de ellos Pere Teston. Por el contrario, siguió en esto el parecer de Doc. Interrogándole, el hombre de bronce se dio cuenta de que poseía una inteligencia genial, y puso a su disposición una suma respetable con objeto de que la utilizara para sus experimentos.

Pero el trabajo de Teston no versó ya sobre el desarrollo gigantesco de hombres o animales.

—Jamás volveré a hacer uso de mi compuesto —manifestó a Doc.

La gratitud que sentía por el hombre de bronce era profunda.

Más de una vez le expresó estos sentimientos.

—Crea que haré cuanto pueda, para pagarle lo que le debo —decía siempre.

—Olvídelo —le aconsejó Doc—. Yo trabajo en beneficio de la Humanidad.

Ayudado por sus hombres, Doc enterró en la isla a los muertos, destruyó las cabañas, y arrojó al lago el material del laboratorio, quedándose sólo con un frasco, que contenía el preparado de Teston.

Luego lo estudió con calma.

Sí, en efecto, podía aumentarse con él el tamaño ordinario de los animales domésticos en beneficio de los granjeros y labradores, debía hacer una entrega del invento a personas dignas de confianza.

Pero los experimentos le indicaron que los animales sometidos al desarrollo anormal, vivían un tiempo muy reducido.

Así, desde el punto de vista práctico, el invento de Pere Teston carecía de utilidad.

FIN

Título original: *The Monsters*